

PARADIGMA

Revista Universitaria de Cultura

Número 22
Mayo 2019

Índice

03 • Editorial

04 • Los intelectuales y el feminismo • *Enrique Benítez Palma*

10 • Las voces de las mujeres. Los retos de los feminismos actuales • *Inmaculada Postigo Gómez*

16 • ¡Hasta aquí hemos llegado! Ni podemos ni queremos esperar más • *Ana de Miguel*

20 • Feminismo expandido o «collage de planteamientos» • *Clotilde Lechuga*

24 • Fotografía: *Martín de Arriba*

32 • La nueva realidad legal feminista de la explotación sexual en Andalucía afecta a los medios de comunicación • *Emelina Galarza*

36 • Entrevista a Lidia Falcón O'Neill • *Isabel Guerrero*

42 • Abrazar nuestra conflictividad: la lección del feminismo *Mainstream* • *Esther Marín Ramos*

48 • Feminismo como cosmética • *Lola López Mondéjar*

52 • Ilustración: *María Bueno*

60 • Breve análisis del feminismo actual • *Álvaro Botías*

66 • Feminismo desde la periferia nacional • *Inma López Silva*

72 • Entrevista a Laura Freixas • *Cristina Consuegra*

76 • Morir de éxito: el feminismo de la encrucijada • *Juana Gallego*

82 • Las mujeres sin miedo • *Flor de Torres*

88 • Ab imo pectore • *Manuela Caparrós*

92 • La construcción de los discursos sobre las mujeres en el pasado: las aportaciones de la arqueología feminista • *Marga Sánchez*

96 • Reflexiones • *María del Mar Castro*

98 • Fotografía: I am a woman • *Verónica Ruth Frías*

104 • El tren de la Libertad. El Algoritmo. Crear nuevos relatos • *Margarita Borja*

110 • Hasta que alcancemos la igualdad real • *María Gámez*

114 • Por una desobediencia lectora • *Noelia Pena*

118 • ¿Uno grande y libre? Las contradicciones del feminismo hegemónico español • *María Reimondez*

122 • Fotografía: *Virginia Rota*

128 • Debates, desafíos y certezas del feminismo actual • *Pilar Aguilar*

134 • La cuarta ola feminista y la violencia sexual • *Rosa Cobo*

140 • El feminismo de hoy • *María Luisa Balaguer*

144 • Carro de Heno • *Ángelo Néstore*

Consejo Editorial

Cristina Consuegra Abal

Antonio Heredia Bayona

José J. Reina Pinto

Correo Electrónico

paradigma@uma.es

Diseño y Maquetación

Ana Moliz

María Peinado

DL: MA—1343—2005

ISSN: 1885—7604



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA

El equipo editorial de Paradigma quiere agradecer el esfuerzo realizado por todas aquellas personas que hacen posible esta publicación, en especial a los colaboradores, sin cuyas aportaciones este proyecto no podría tener continuidad. Los miembros del consejo editorial de Paradigma no se hacen responsables de las opiniones vertidas por los autores de los artículos, poemas, u otras formas de expresión incluidas en este número.

Editorial

Mayo 2019

Segunda Época
[Paradigma #22](#)

ATRAVESAMOS UN TIEMPO CRUCIAL PARA ESTE PRESENTE CON VOCACIÓN de futuro, un instante de realidad cuyo impulso debemos saber aprovechar para exigir, principalmente, la incorporación urgente y sin ambages de la hoja de ruta feminista a la agenda pública. No hay otra prioridad. La norma sirve para abrir sociedades, modernizarlas y hacerlas más justas. Sin la intervención de las instituciones tardaremos más de lo esperado y necesario en lograr una sociedad feminista plena y real. Esta reclamación se apoya en que, a pesar de este contundente despertar del feminismo que estamos viviendo, continuamos inaugurando los días con los mismos problemas de antaño: violencia machista, brecha salarial, el género como obstáculo en la incorporación a los puestos de decisión, un espacio público patriarcal, representaciones culturales estereotipadas, falta de referentes reales en la educación ... y esto en la parte privilegiada del mundo; en los países en vías de desarrollo hay que incorporar a este sumatorio que la mujer no tiene acceso a la educación y que las prácticas violentas sobre sus cuerpos se suceden con más frecuencia y virulencia que en los países privilegiados.

A los problemas habituales contra los que las feministas llevamos años trabajando, denunciando y condenando, hay que sumar un nuevo reto: la irrupción en el espacio público de la ultraderecha. A día de hoy, el feminismo es el único movimiento capaz de plantar cara a este escenario y hacer que los logros feministas sean conquistas globales, sin determinación de género, y esto es así porque hablar de feminismo es hablar de democracia. El ataque de la ultraderecha al feminismo es un ataque a la democracia pues no hay mayor y mejor garante democrático que el propio feminismo.

Como señala Ana de Miguel en este mismo número, el feminismo «es una visión crítica de la sociedad y tiene un proyecto colectivo para luchar contra las injusticias», señalando así hacia el mismo núcleo de la idea: la labor crítica del movimiento, la revisión del orden social hegemónico fallido para las mujeres, un orden social que nos desactiva, como ciudadanas, en muchos campos de la experiencia de la vida. Esta reivindicación de un orden social justo, libre e igualitario, precisa del hombre y es su responsabilidad sentirse interpelado por las propuestas feministas.

Con la publicación de este nuevo número de *Paradigma* esperamos contribuir al campo de ideas feministas que está en continuo crecimiento. Esperamos sumar debate y diálogo, pero, sobre todo, esperamos que este número sirva de puente de reflexión para acercarse al movimiento más justo jamás creado: el Feminismo.

Los intelectuales y el feminismo

Enrique Benítez Palma

Consejero de la Cámara de Cuentas de Andalucía.

ÉMILE ZOLA PUBLICÓ EN ENERO DE 1898 EL LIBRO QUE SE HA CONVERTIDO en el punto de partida de la historia de los intelectuales en el mundo: *Yo acuso*¹. Un turbio caso de espionaje militar, originado varios años antes, acabó con el capitán Dreyfus, de origen judío, condenado injustamente, mientras que el verdadero culpable, descubierto gracias a las pesquisas familiares, el comandante Esterhazy, no sólo fue absuelto sino que fue protegido y jaleado por los sectores más conservadores, monárquicos y antisemitas de la sociedad francesa. Un esquema de comportamiento social (ya saben: uno de los nuestros) que por desgracia se sigue repitiendo hasta nuestros días.

La cuestión es que Zola consiguió convencer a muchos otros escritores de la inocencia de Dreyfus, y provocar un debate público que está en el origen mismo de la influencia de los hombres más formados e independientes en la volátil esfera de la opinión pública. No está de más recordar que el mismísimo término al que nos referimos, «intelectual», fue acuñado por primera vez por Saint Simon a principios del siglo XIX, en su tercera carta a los «cultivadores, fabricantes, negociantes, banqueros y otros industriales»².

De esta manera, no pueden extrañar dos cuestiones. Por una parte, la amplia atención que estudiosos e investigadores de todo el mundo han prestado a esa figura colectiva de los intelectuales franceses, de Zola a Houllebecq, de Sartre a Derrida³. Por otra parte, parece que en el país vecino se ha configurado una suerte de tradición en torno a la irrupción de hombres (casi siempre) de letras (sobre todo) en el debate colectivo, a través primero de colaboraciones en revistas especializadas, de conferencias universitarias, de intercambios de polémicas, para dar paso

4

- 1 Zola, E.: *Yo acuso. La verdad en marcha*. Editorial Prensa Ibérica, Barcelona, 1998. Nótese la coincidencia de la edición de este libro con la conmemoración del centenario de la publicación original.
- 2 Sand, S.: *¿El fin del intelectual francés? De Zola a Houllebecq*. Akal, 2017, pp. 158—159.
- 3 Podemos citar aquí a Michel Winock (*El siglo de los intelectuales*), Tony Judt (*Pasado imperfecto. Los intelectuales franceses 1944—1956*), Pascal Ory y Jean François Sirinelli (*Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*), Christophe Charle (*Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*). También es muy relevante como «contribución a la guerra en curso» la novedad editorial de Maximiliano Fuentes y Ferrán Archilés (eds): *Ideas comprometidas. Los intelectuales y la política*. Akal, 2018.

«No se conoce autocrítica procedente de los círculos intelectuales, que, además, deberían afrontar con celeridad su relación con la fuerza de cambio más poderosa del momento, que ha plantado cara a la ultraderecha y a los populismos, y que está luchando de verdad y con propuestas razonables y concretas para conseguir una sociedad más sensible y mejor para todos. Estoy hablando, claro, del feminismo.»

en los nuevos tiempos de la sociedad del espectáculo y la diversión a las columnas en prensa, las tertulias televisivas y radiofónicas o la generación de disputas mediáticas sin más objetivo que la persecución de la notoriedad, valor supremo de los tiempos que corren.

Hablar de los intelectuales franceses en el siglo XX supone hablar de una deslumbrante constelación en la que figuran nombres como Benda, Sartre, Simone de Beauvoir, Camus, Malraux, Aron, Bourdieu, Foucault, Bruckner, Debord, Glüksmann, Lyotard, Castoriadis, Levinas, Derrida, Baudrillard, Morin, Barthes, Finkelkraut, Lipovetski, Virilio o Tiquun. Todos ellos han sido adecuadamente traducidos al castellano y publicados en España, en muchos casos por la editorial Anagrama en su fantástica colección de ensayos.

Conviene preguntarse si no se ha producido en España un intento de imitación de esta irreplicable galaxia de pensadores, algunos de ellos polémicos y muy contestados. La propia Historia de España señala las limitaciones para el debate público civilizado, que apenas hizo un esbozo de aparición en el primer tercio del siglo XX, para ser abortado de inmediato por la guerra civil y la consiguiente dictadura.

5

No obstante, los dos grandes debates en torno a la figura de los intelectuales y a su aparente desaparición —se habla del «fin de los intelectuales» parafraseando a Fukuyama y su profecía del «fin de la historia»— tiene que ver con dos cuestiones primordiales. Por una parte, el debate oportuno sobre la independencia de los intelectuales, sujetos todos ellos a las dialécticas binarias de la segunda mitad del siglo XX y a los postulados ideológicos de la Guerra Fría. Por otro lado, de un tiempo a esta parte, con las sociedades cada vez más polarizadas y en proceso de descomposición (regalo de las políticas neoconservadoras de los años ochenta), la pregunta que se formula es sobre la supervivencia de los intelectuales como figuras decisivas en un terreno de juego, el del intercambio noble de ideas que tratan de proteger el interés general, cada vez más sucio y embarrado. Sin embargo, nadie parece haberse preguntado hasta la fecha por qué la liga de los intelectuales es tan masculina, ni tampoco las razones por las que la intelectualidad masculina en general es tan alérgica al feminismo, a sus postulados, a sus investigaciones, a sus reivindicaciones. En 2018, sin embargo, son preguntas pertinentes.

El supuesto «fin de los intelectuales» ha hecho correr ríos de tinta, en muchos casos tinta necesaria, en otros superflua. Demasiadas reflexiones están cargadas de nostalgia de los buenos tiempos, en los que la sociedad escuchaba sumisa a sus hombres brillantes. El declive de los intelectuales, tal y como los habíamos conocido hasta ahora, nos debe remitir de inmediato a la realidad francesa, tan distinta, para poder formular una respuesta sensata. En otros países tan sólo se ha producido una vana imitación, un intento fallido de apropiación de la figura del intelectual de referencia, tan querida en el país vecino como denostada en la tradición española.

Hay al menos tres buenas hipótesis para tratar de comprender la desolación de los intelectuales en este nuevo mundo, veloz, feroz e hiperconectado. La primera surge a partir de una colaboración de Victoria Camps a raíz de la publicación en España en 2011 de *Una historia política de los intelectuales* (Alain Minc). Dice la Camps: «los intelectuales de hoy son los periodistas que escriben artículos de opinión, participan en tertulias y debates. Siguen contribuyendo, como siempre, a formar opinión, pero a través de los medios de comunicación y, por lo tanto, subordinados a las exigencias de cada medio»⁴.

Otra aportación relevante al debate la hace Maurice Blanchot, que escribe lo siguiente para referirse a la «dificultad» del intelectual en el mundo moderno: «esta dificultad puede ser paliada si el intelectual consigue hacer comprender que no lo es más que momentáneamente, y por una determinada causa, y que, para defender esa causa, él sólo es uno más entre muchos otros, con la esperanza (por vana que esta sea) de perderse en la oscuridad de todos y conseguir un anonimato que es incluso, en tanto que escritor o artista, su aspiración más profunda siempre desmentida»⁵.

Last, but not least, como dirían los anglosajones, podemos recurrir a la perspectiva crítica de Shlomo Sand, que afirma vehemente lo siguiente: «en otro tiempo, el intelectual universal y subversivo se caracterizaba por la fuerza de su crítica a las injusticias sociales y, al mismo tiempo, por una tendencia a idealizar demasiado los mundos hostiles al suyo propio. El curso de las cosas se ha invertido: el nuevo intelectual, mediático y consensual, se reconoce por su conservadurismo, que celebra la jerarquía social y la cultura política ambiente, mientras pone en la picota a todos aquellos que, del exterior o del interior, la retan o amenazan»⁶.

El descrédito de los intelectuales, su declive, no tendría entonces que ver sólo con los cambios sociales, el imperio de la tecnología, la aceleración social (de la que tanto habla Hartmut Rosa), la inmadurez colectiva, el fracaso de la Educación, la dictadura de la velocidad, el enjambre o cualquier otra variable exógena. También tendría que ver, y mucho, con su propia subordinación interesada al poder (mediático y político), con su absoluta ausencia de humildad, con su afán desmedido por la notoriedad, siempre rentable en la sociedad del espectáculo (Debord) y de

4 Babelia, nº 1.057: *¿Dónde están los intelectuales?* 25 de febrero de 2012.

5 Blanchot, M.: *Los intelectuales en cuestión. Esbozo de una reflexión*. Tecnos, 2003, p. 113.

6 Sand, S.: Op. cit., p. 167.

**«Harían bien entonces los
intelectuales auténticos en
estudiar el feminismo y dejarse
interpelar por sus preguntas,
siempre incómodas, leer sus
libros y artículos y aprender.»**

la diversión (Postman). Y por supuesto con la defensa de valores tradicionales y conservadores, con su apuesta por el regreso a un *statu quo* ideal en el que ellos, hombres cualificados brillantes, oráculos contemporáneos, merecían el reconocimiento social y todas las recompensas materiales y simbólicas derivadas de su autoridad intelectual, indiscutible por meritocrática.

No se conoce autocritica procedente de los círculos intelectuales, que además, deberían afrontar con celeridad su relación con la fuerza de cambio más poderosa del momento, que ha plantado cara a la ultraderecha y a los populismos, y que está luchando de verdad y con propuestas razonables y concretas para conseguir una sociedad más sensible y mejor para todos. Estoy hablando, claro, del feminismo.

«El autodenominado «intelectual» ha pasado de ser un contrapoder a ser un aspirante al poder. A un poder, además, tecnocrático, incluso sofocrático (el poder de los sabios). Y eso le invalida para convertirse en un referente neutral, en un defensor objetivo del interés general.»

Como se ha dicho, llama la atención en primer lugar la ausencia de mujeres en la mayoría de libros escritos sobre la historia de los intelectuales en los siglos XIX y XX. Hay un nombre fijo en todos ellos: Simone de Beauvoir. Lo demás es silencio. Alain Minc, en su libro ya citado, dedica un breve capítulo (¿quizás por la denostada idea de corrección política?) a dos mujeres francesas, Flora Tristán y Louise Michel. Y de la pléyade de intelectuales franceses mencionados, apenas Bourdieu prestó atención a *La dominación masculina*, publicado hace ahora, precisamente, veinte años. Un libro de obligada relectura.

Pero lo que parece mucho más grave es la ausencia de intersecciones entre la realidad difícil que nos atenaza y los asuntos que ocupan y preocupan (de verdad o de mentira) a los intelectuales (de verdad o de mentira) masculinos. Les enfada por ejemplo la ocupación del espacio público con lazos amarillos, pero jamás les ha inquietado la ocupación de ese mismo espacio por una violencia machista que impide de hecho la circulación libre de las mujeres cuando quieren y por donde quieren, sin sentirse en peligro. Defender esto es también defender la libertad. Les aterra el descrédito de las instituciones, cuando en sus manos la autonomía universitaria ha tenido resultados devastadores para el pensamiento crítico y la formación de los estudiantes. Les produce pavor el populismo, pero no son capaces de destacar ni apreciar (y mucho menos de escribir una columna) que las mujeres se han movilizadado en todo el mundo para defender los valores de la democracia liberal de la que ellos se proclaman orgullosos custodios. Critican con avidez y aspavientos la política cuando «su aspiración más profunda, siempre desmentida», por utilizar las mismas palabras que Blanchot, no es otra que la de conseguir

alguna canonjía relacionada con la diplomacia cultural o la gestión a su antojo del presupuesto de cualquier ente público que disponga de coche oficial. Los intelectuales pretenden convencernos de que su reino no es de este mundo. Pero su reino aspiracional es mucho más terrenal y tangible de lo que nunca serán capaces de reconocer.

Por lo tanto, la crisis de los intelectuales deriva de su conversión, aparentemente invisible. El autodenominado «intelectual» ha pasado de ser un contrapoder a ser un aspirante al poder. A un poder, además, tecnocrático, incluso sofocrático (el poder de los sabios). Y eso le invalida para convertirse en un referente neutral, en un defensor objetivo del interés general. Cuando da ese paso al frente, el intelectual deja de hacer crítica para hacer política, para ocupar el poder que ahora ocupan otros. Y esa política que hace y escribe es por supuesto de parte, política partidista. Legítima, pero con intereses particulares. Subjetiva y no incuestionable. La ideología sale a la luz.

Esto explica que se sientan mucho más cómodos con Mark Lilla⁷ que con Bourdieu⁸. Harían bien entonces los intelectuales auténticos en estudiar el feminismo y dejarse interpelar por sus preguntas, siempre incómodas, leer sus libros y artículos y aprender. La revolución del *MeToo*, con todo su significado y sus implicaciones, ha llegado para quedarse. La reacción de las mujeres de todo el mundo en la lucha por sus derechos (hace poco tuvimos buenas noticias sobre la ablación del clítoris, una práctica terrible en retroceso) ha llegado para quedarse. La implicación activa de las mujeres en la política, defendiendo los verdaderos valores de la democracia liberal es un hecho, y ha ocurrido en Alemania, en Brasil, en los Estados Unidos. Se acabaron los jurados masculinos, los grupos de expertos masculinos, las mesas de debate masculinas (*No sin mujeres*), el pensamiento único masculino.

Las grandes avenidas están hoy llenas de mujeres valientes y libres. Con su menosprecio hacia el feminismo, los intelectuales enmascarados reconocen implícitamente que están haciendo política ideológica, y no crítica luminosa. Ellos defienden la jerarquía social, el *statu quo*; el feminismo reclama la remoción de las barreras, la igualdad de las mujeres, el cambio inclusivo: feminismo o barbarie⁹. Tomar partido es más necesario que nunca. El progreso no puede detenerse. —

9

7 Lilla, M.: *Pensadores temerarios. Los intelectuales en la política*. Debate, 2004.

8 Bourdieu, P.: *Intelectuales, política y poder*. Eudeba, 1999.

9 Parfraseando a Castoriadis.

Las voces de las mujeres. Los retos de los feminismos actuales. Inmaculada Postigo Gómez

Decana de la Facultad de Ciencias de la Comunicación

«Nuestro enemigo es el miedo,
y ese lo llevamos dentro»

Domitila Barrios de Chungara (1937—2012).
Mujer minera, indígena, boliviana,
que logró derribar una dictadura.

«No debemos ser realistas; es un error, porque
si somos realistas siempre adaptamos nuestra
estrategia a la realidad, y lo que tenemos que
hacer es construir una nueva realidad.»

Judith Butler. Filósofa feminista.

LOS CAMBIOS HISTÓRICOS SUELEN ESTAR jalonados por momentos de acción-reacción, si bien ellos suelen ser las gotas que colman los vasos y que generan un cambio visible, pero que se ha ido fraguando por la confluencia de múltiples acontecimientos durante todo el proceso.

Como es bien sabido, existe un generalizado consenso en datar el nacimiento de los movimientos feministas en el siglo XVIII, cuando Olympe de Gouges, y como reacción a la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano promulgada en 1789 en plena Revolución Francesa, responde alzando por primera vez la voz, con la Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana, primer documento que reivindica la igualdad jurídica de las mujeres. A ello le sigue Mary Wollstonecraft en 1792 con *Vindicación de los derechos de la mujer*, considerado como el texto fundacional y tronco común del feminismo. Pero la reacción a estas voces que comienzan a amenazar el *statu quo* del patriarcado no se hace esperar, y en el Código Napoleónico (Código

Civil Francés aprobado en 1804 y, aunque con numerosas reformas, aún en vigor) se anulan los derechos civiles de las mujeres, exigiéndoles, además, la obediencia a sus maridos. Dicho código irradia su influencia en otras legislaciones europeas de la época.

Pero a pesar de la reacción y aparente retroceso, por primera vez, se ha dado un paso importante que retomarán los movimientos sufragistas en EE.UU. e Inglaterra, saliendo del ámbito únicamente intelectual para pasar al activismo social. Es entonces cuando surgen las manifestaciones, los panfletos, las huelgas de hambre, los sabotajes, considerando que el derecho al voto será la base para la consecución del resto de derechos. A partir del final de la Primera Gran Guerra comienza a ser una realidad que las mujeres puedan votar (Inglaterra 1918, EE.UU. 1920...) eso sí, no con carácter universal, pues en la mayoría de ocasiones tenían que cumplir requisitos añadidos, referentes sobre todo a la edad o raza. Es cuando aparece el germen de

10

lo que luego se desarrollará al tomar conciencia de las opresiones superpuestas a las que necesariamente hay que atender: a las que surgen por el mero hecho de ser mujer y que son incrementadas por otras como la etnia o la clase social.

Otro parón de los movimientos sucede entre las dos GM: las mujeres ya tienen voto y comienzan a entrar en la universidad, provocando ello una desmovilización que no se reactiva de nuevo hasta la aparición de Simone de Beauvoir con *El segundo sexo* en 1949, y su conocida máxima «no se nace mujer, se llega a serlo». Se despierta de nuevo la conciencia de muchas mujeres que no se sienten satisfechas con el papel que en este periodo de paz ocupan en la sociedad, y es a partir de Betty Friedan cuando resurgen movimientos sociales como NOW (National Organization for Women), que aún hoy sigue creciendo y evolucionando: en los años 60 con el feminismo liberal que busca la inserción en el mercado laboral y en los espacios de poder, y, paralelamente, con el feminismo radical que lucha contra la opresión derivada del patriarcado, fruto de las estructuras de poder que se muestran en todos los ámbitos de la vida, ya sean públicos o privados, ya sea social, político, científico, o económico.

Pero no es hasta el año 1989 cuando Kimberlé Crenshaw, al acuñar el término «interseccionalidad» por primera vez, hace que aquella semilla sembrada a partir de las sufragistas que a pesar de conseguir el derecho al voto no alcanzaron que éste fuera universal, contribuya a que comience a cuestionarse para qué «mujer» trabaja el feminismo. Se constata que no se puede hablar de un único modelo de mujer, sino de mujeres, ni de un único feminismo que atienda a un colectivo dominante, pues las cuestiones personales, sociales, étnicas, religiosas, nacionales, etc, influyen en los tipos de opresión a los que estamos expuestas, y estos colectivos no pueden quedar excluidos. Se hace necesario hablar de feminismos diversos

que atiendan a las necesidades de cada colectivo (feminismo negro, postcolonial, ecofeminismo, queer, comunitario, etc..)

Y es en el nuevo siglo cuando crecen y se consolidan dichos movimientos, que dando un paso más allá del plano intelectual, toman conciencia de la necesidad de que lleve aparejado un activismo social que sume fuerzas y visibilice y acerque a aquellas personas que nunca antes habían considerado que la desigualdad entre hombres y mujeres fuera un problema relevante. Acciones puntuales y muy concretas centradas en un único aspecto, provocan manifestaciones y adhesiones multitudinarias, cuya eficacia, más allá de conseguir un cambio puntual del hecho concreto, tiene un carácter simbólico fundamental, pues pone en la agenda pública y en la conciencia de las personas la necesidad de lucha contra el patriarcado.

El #MeToo, donde millones de mujeres alzan la voz y exponen la violencia sexual a la que han sido sometidas, cayendo sobre todo el poder de la industria mediática personalizado en el caso Weinstein, que luego se extenderá a otras figuras de la todopoderosa industria de Hollywood; los movimientos de #NiUnaMenos, nacidos en Argentina y que contagian al resto del mundo; las movilizaciones recientes contra el nombramiento del Juez Kavanaugh en el Tribunal Supremo de EE.UU. por estar acusado de violación por diferentes mujeres; las luchas a favor de la legalización del aborto, que si bien algunas no han llegado a cristalizarse con cambios legislativos (Argentina), sí que siembran la semilla para continuar avanzando y ponen el foco en problemas sobre los que hay que actuar. Por eso, más allá del cambio real que en muchos casos no se ha producido aún, sí que consiguen el impacto simbólico que determinará, en un futuro cada vez más próximo, el avance, como se demuestra, por ejemplo, con el resultado de las recientes elecciones legislativas en EE.UU. el pasado 6 de Noviembre de 2018, donde nunca antes se habían presentado ni resultado elegidas

«Todo esto muestra que en el momento actual, la tarea que nos queda por delante y más inmediata es esa conciencia de que no se puede hablar de mujer sino de mujeres, que nuestras luchas han de atender a la interseccionalidad, que todos los colectivos han de tener una respuesta a sus problemas y reivindicaciones.»

tantas candidatas, de perfiles diferentes a los de antaño, fuera de los lobbies de poder establecidos, y que, proviniendo del activismo, buscan traducir ese poder simbólico en poder político.

Nuestro país, históricamente no ha estado al margen de todo ello, mas al contrario. Si bien para la ciudadanía pudiera parecer que todo nació el pasado 8 de Marzo de 2018 donde España entera se movilizó, dicen que a la luz del contagio del movimiento MeToo, la lucha y el trabajo para que todo eclosionará ese día, ha sido fruto del trabajo de preparación de esa acción concreta con años de antelación, comenzando por las marchas

vigente para pasar al estadio anterior de la ley de supuestos del año 85, y que dio como resultado la dimisión del entonces Ministro de Justicia, Alberto Ruiz Gallardón, su principal valedor; pasando por la unión con las mujeres latinoamericanas impulsoras del NiUnaMenos; a través de las asociaciones de mujeres; de los colectivos profesionales, donde hay que hacer una especial mención al movimiento LasPeriodistasParamos, ya que, primero con su acción de huelga ese día, y en segundo lugar al darle visibilidad a la manifestación y organizarse a partir de ese momento con la firma de un manifiesto secundado por más de 8 mil mujeres, se puede observar cómo, en la agenda de los medios, el feminismo se

12

ha incluido de lleno. Dicho movimiento sigue activo, con réplicas descentralizadas regionalmente y permanentemente comunicadas a través de un grupo de Telegram que reúne a más de dos mil mujeres comunicadoras; con la plataforma de MujeresRTVE que tal como recoge su cuenta de Twitter se define como «movimiento amplio y acogedor al que puede sumarse todo aquel que apueste por una RTVE con perspectiva de género, de calidad e independiente»; con todos aquellos movimientos que son el resultado de aquella huelga y que llevan a cabo acciones dirigidas también a los hombres para que se adhieran a la cesión de sus históricos privilegios, como el manifiesto No Sin Mujeres, en el que académicos de Ciencias Sociales se comprometen a no acudir a mesas en las que no haya una paridad real en su composición.

Todas estas acciones simbólicas son las que contribuyen a que estemos ante un nuevo panorama esperanzador, no en vano Ana Patricia Botín se ha declarado incluso feminista, y en un estudio reciente denominado I Barómetro Feminista en España, elaborado por la empresa 40dB para la revista CTXT, presentado el pasado 8 de Noviembre de 2018 en Zaragoza en las I Jornadas Internacionales Feministas, el 52% de la población española ya se declara feminista. Aunque la autoidentificación con el feminismo pueda parecer irrelevante, no lo es en absoluto, porque tras un largo camino, parece que el término feminista y la comprensión de su significado, va ganando la batalla ante aquellos que quieren demonizarlo, y todo ello es fruto del trabajo incansable y permanente de muchas mujeres contra el postmachismo tan peligroso, que quiere instalarse entre nosotros, y al que debemos seguir atentas.

Todo esto muestra que en el momento actual, la tarea que nos queda por delante y más inmediata es esa conciencia de que no se puede hablar de mujer sino de mujeres, que nuestras luchas han de atender a

la interseccionalidad, que todos los colectivos han de tener una respuesta a sus problemas y reivindicaciones, tal como, el pasado 7 de Noviembre de 2018 y dentro del IX Congreso de Para el Estudio de la Violencia contra las mujeres, Ana Peláez, Vicepresidenta del CERMI (Comité Español de Representantes de Personas con Discapacidad), sentenció al decir «no formamos parte de la agenda de la discapacidad, no formamos parte de la agenda de las mujeres».

Para ello, además de luchar por el poder simbólico hay que tomar el poder político, pero velando por no caer en antagonismos falsos cuyo sentido es ofrecer una fractura interna dentro del feminismo, y más allá de ello una oposición que enfrente a la ciudadanía. Una verdadera democracia ha de tener en cuenta y saber conjugar la libertad y la justicia de las llamadas mayorías y minorías. Unas mayorías que a veces lo son en número pero que se convierten en minorías en cuanto se invisibilizan y no tienen voz, pues la mayoría tiene que ver con la influencia en todos los ámbitos, más allá del número de personas que la integran. Los gobiernos tienen que tomar partido, pero no basta solo con pedírsele, nuestra influencia se basa en el poder popular que puede surgir, y que ya ha empezado a hacerlo, a partir de la expansión de nuestras redes, penetrando en los ámbitos internacionales (comisiones internacionales, leyes supranacionales...), en los partidos políticos y sindicatos (ya sean mayoritarios o minoritarios), y consiguiendo intervenir en ellos para que sientan la necesidad de incluir los feminismos en sus agendas como clave que no puedan ignorar, porque así se lo exige la ciudadanía.

Por eso el avance ha de venir de la mano de la atención a todo ser humano pero sin poner el foco en la división, lo que nos ha de unir es el compromiso con los derechos humanos. Esa es la fortaleza de los feminismos, de los movimientos de mujeres, muy diversas, que estamos aquí para quedarnos, para trabajar

cooperativamente no dejando que nos enfrenten pues sabemos que el poder no es algo estático, sino que surge de la mano de la cooperación necesaria y se diluye en su fragmentación. Pero bajo esta idea debemos también ser precavidas, pues es bien sabido que otra manera de acabar con cualquier movimiento social es, en vez de establecer una confrontación abierta con el mismo, apropiarse de él para luego vaciarlo de contenido. Por ello hay que tener ojo avizor sobre quiénes se autoidentifican como miembros de los movimientos y cuáles son realmente sus actos, pues «lo personal es político». No se trata de erigirse en rapartidoras de carnets feministas, pero sí de denunciar aquellas prácticas diarias que se contradicen con sus bases esenciales. Y es que, lejos del modo de liderazgo masculino unipersonal centrado en que se reconozca su valía como figura, nuestras formas han de ser diferentes, preocupándonos por el resultado de nuestras políticas, orientándonos en que sean efectivas, siendo inclusivas, capaces del consenso, y con un estilo distinto, y más productivo.

El gran reto es sin duda plasmar ese poder simbólico en influencia real, llevándolo a lo concreto, el gran peligro es no saber integrar y alejarnos de lo logrado provocando el rechazo que comienza a hacerse palpable en muchos foros, sobre todo masculinos, que nos ven como una

amenaza pues no somos capaces de hacerles entender cuáles son sus privilegios desde el inicio de los tiempos. Es necesario por ello, la construcción de nuevas masculinidades que permitan avanzar en la eliminación de la visión androcéntrica del mundo, pues el progreso y avance social viene de la mano de la eliminación de las desigualdades. Y la base fundamental de todo ha de estar sustentada en la educación, en la reglada, tanto con la introducción de la perspectiva de género en todas las materias, como con asignaturas específicas sobre igualdad en todas las etapas educativas, y en las manifestaciones culturales, donde los medios de comunicación tienen un papel crucial.

Como hemos querido sintetizar, las luchas feministas a lo largo de la historia han ido evolucionando, a los periodos de rápidos avances le han sucedido otros de parada e incluso de ciertos retrocesos, pero estos últimos han dado impulsos para propiciar con más fuerza el momento siguiente. Por ello debemos sentirnos felices y orgullosas de todo lo ocurrido este último año, pero también debemos ser conscientes de que la ralentización en los cambios se va a producir y no podemos caer en el desaliento, pues será entonces, si esto ocurre, cuando hayamos perdido de verdad la batalla. —

14

«El gran reto es sin duda plasmar ese poder simbólico en influencia real, llevándolo a lo concreto, el gran peligro es no saber integrar y alejarnos de lo logrado provocando el rechazo que comienza a hacerse palpable en muchos foros, sobre todo masculinos, que nos ven como una amenaza pues no somos capaces de hacerles entender cuáles son sus privilegios desde el inicio de los tiempos.»

¡Hasta aquí hemos llegado! Ni podemos ni queremos esperar más

Ana de Miguel

Ana de Miguel Álvarez
Profesora titular de Filosofía Moral y Política en la
Universidad Rey Juan Carlos de Madrid
(Artículo publicado en el diario Público)

NO ES FÁCIL COMPRENDER BIEN LAS RELACIONES ACTUALES ENTRE hombres y mujeres sin echar la vista atrás. Si no sabemos de dónde venimos no es fácil que podamos interpretar el presente. Entonces, ¿de dónde venimos? Está claro que de una sociedad que no sólo no condenaba sino que aceptaba y reforzaba la desigualdad como un estado natural, normal y justo de cosas.

Partir de aquí nos permite hacer un diagnóstico rápido y sintético, como exige este artículo, del momento presente y los retos del futuro. Podemos sostener que hoy hemos pasado de la legitimación de la desigualdad a «la condena» de la desigualdad. Y esto es un gran avance. Pero el caso es que nuestra sociedad está hoy anclada en la condena. Un asesinato más, todo el mundo a condenar. Pero no estamos avanzando y eso genera dos tipos de malestares que nos rodean. Primero el de las feministas, que ya estamos hartas de que se hable de un pacto de Estado o de corresponsabilidad y no se haga nada en absoluto para materializarlo en proyectos reales. Y segundo, el de la sociedad, que de tanto oír hablar del tema va percibiendo la idea errónea de que hoy las mujeres están teniendo un protagonismo y unos «privilegios» inmerecidos, por el «solo» hecho de ser mujeres. Hay que fastidiarse. Es una manera bien sutil de neutralizar las ganas de cambiar esta sociedad tan injusta y que todo lo corrompe. Y por eso nos estamos conjurando alrededor de un lema que bien podía ser: hasta aquí hemos llegado.

Uno de los retos principales del feminismo hoy es el de la claridad conceptual. Y es que otra forma de neutralizar el feminismo es mantener, como se está haciendo, que hay tantos feminismos como mujeres y que basta que una mujer diga que hace algo porque le da «la puta gana» para que ese algo sea «feminista». Frente a esto hay que explicar que el feminismo no es una forma de ganar dinero, menos una marca para vender desde «sábanas feministas» a «pornografía feminista», «cocina feminista». Que no nos tomen tanto el pelo quienes quieren vender algo.

«Uno de los retos principales del feminismo hoy es el de la claridad conceptual. Y es que otra forma de neutralizar el feminismo es mantener, como se está haciendo, que hay tantos feminismos como mujeres y que basta que una mujer diga que hace algo porque le da «la puta gana» para que ese algo sea «feminista».»

En la actualidad miles de jóvenes están volviendo sus ojos hacia el feminismo en busca de explicaciones y respuestas a una sociedad que, bajo la apariencia de la igualdad y la libertad, del hedonismo y la transgresión envuelve un neoliberalismo repugnante. Un neoliberalismo que traslada a las jóvenes que su cuerpo es su mejor recurso, para la felicidad personal y el éxito social. Que el cuerpo es una mercancía como otra cualquiera y tontas serían si no le pusieran precio. Pues bien, ante esto el feminismo tiene un mensaje claro: no somos cuerpos y nuestros cuerpos no son nuestra mercancía. De ahí, de ser sólo cuerpos para la reproducción y el placer sexual de los hombres es de donde decidieron salir nuestras hermanas sufragistas, socialistas, comunistas y anarquistas hace más de 200 años.

El feminismo no es una teoría de la preferencia individual, es una visión crítica de la sociedad y tiene un proyecto colectivo para luchar contra las injusticias. Tenemos un rumbo, valores fuertes y no líquidos y un sentido de la vida que queremos legar a las nuevas generaciones. Lo primero que ponemos en el tapete es que el ser humano nace y muere vulnerable: durante muchos años de vida necesitamos ser cuidados o, sencillamente, morimos. Y con toda generosidad los hombres nos adjudicaron esta tarea a tiempo completo, y, ya de paso nos cerraron las vías de la autonomía personal, social y política.

17

Por eso hoy queremos volver a repasar las cláusulas del Contrato Social del que fuimos excluidas. Y, para comenzar, declaramos nuestra voluntad de incluir en el Contrato los cuidados. Estas tareas son tan necesarias como gratificantes, pero a tiempo completo aplastan. Luego una primera reivindicación clara: Esto hay que repartirlo. Hasta aquí hemos llegado. Es un mensaje claro a los hombres, nuestros compañeros de comunidad humana.

También tenemos un mensaje claro sobre todo el orden social. Si tenemos que organizarnos para cuidar y para que algún día nos cuiden no queremos esta sociedad capitalista y neoliberal que lleva al sálvese quien pueda y cada vez se salva menos gente. No queremos jornadas laborales que nos incapaciten para tener un proyecto de vida. Pero tampoco queremos trabajar sólo nosotras a tiempo parcial y que mientras los hombres sigan identificándose como la autoconciencia de la especie. Que sigan definiendo por tod@s lo que es el progreso, lo que son los

**«El feminismo no es una teoría
de la preferencia individual,
es una visión crítica de la
sociedad y tiene un proyecto
colectivo para luchar contra
las injusticias.»**

finde de la ciencia —¿ir a Marte? ¿construir úteros artificiales?— lo que es valioso e importante y lo que no. Que definan a su imagen y semejanza lo que es productivo y lo que no lo es. Y hasta lo que es el deporte, pongamos por caso, que es siempre «el deporte masculino». Luego, de alguna forma, nuestro rumbo exige un cambio radical de esta estructura social en que mucho «post», todo es «post»... y al final parece que estamos regresando a una servidumbre feudal, eso sí, con internet.

Por último y porque no tengo más espacio, ¿estamos ante una nueva ola de feminismo? Hace tiempo que se escribe, sobre todo en inglés, sobre la cuarta ola o alguna escritora deja caer con entusiasmo si no necesitaríamos una quinta ola. Creo que hay que evitar la tentación de coleccionar olas y la tentación de estar comenzando siempre de nuevo. Tal vez sea mejor subirse con decisión a los hombros de las gigantas y de las masas de luchadoras que nos han precedido. La historia del feminismo, de lo que nos une, de lo que nos separa y sobre todo la historia de lo que nos ha hecho avanzar es nuestra «caja de herramientas». Sin ellas, sin aprender a manejarlas no cambiaremos el sistema. Un sistema tan poderoso y universal que se solapa con el aire que respiramos. Y, por supuesto, hay que ir haciéndose también con herramientas nuevas. —

Feminismo expandido o «collage de planteamientos» Clotilde Lechuga

Doctora en Historia del Arte.
Profesora en Ciencias de la Educación de la UMA.

CUANDO A PRINCIPIOS DE LOS AÑOS 90 EL grupo LSD me pidió que les hiciera unas fotografías, no lo dudé y fui encantada a una sesión que preparamos en el entorno del madrileño barrio de Lavapiés, donde solíamos frecuentar la filmoteca, así como algunos espacios de reunión y debate, cafés, bares, conciertos. Desde hacía meses ejercía como fotógrafa, y sí, ponía «fotógrafa» en mi tarjeta de visita. El término aún sonaba de forma extraña acabado en femenino, pero yo me sabía mujer y lo quería reivindicar de ese modo, lo que gracias a todas ha ido cambiado en muchas profesiones. También colaboraba con el incipiente Instituto de la Mujer perteneciente al Ministerio de Asuntos Sociales. Desde allí se confeccionaron y publicaron unas interesantísimas guías de divulgación, relativas a la educación sexual para mujeres adolescentes, usos de anticonceptivos, relaciones de pareja defendiendo el NO a la violencia de género, igualdad, etc., en las que participaba activamente ilustrando el contenido que otras colegas escribían y maquetaban. De igual modo, cubría fotográficamente las reuniones, premios y congresos que celebraba la ONG *Federación de Mujeres Progresistas*, en la que nombres como Amelia Valcárcel o Celia Amorós, entre otras feministas, comenzaron a sonar y brillar con un discurso que escuchaba reconociéndome en él.

Por eso, la propuesta de las combativas compañeras de LSD que entonces reivindicaban la visibilidad de las mujeres del colectivo LGTB, me parecía interesante y justa y, por eso mismo, tampoco dudé en participar en el proyecto desde la creatividad de la imagen artística. Como referente, las *Guerrilla Girls* en EEUU en los ochenta habían presentado *Do women have to be naked to get into the Met. Museum?* tras el artículo de Linda Nochlin que inauguró la crítica de arte feminista en 1971: *¿Why Have There Been No Great Women Artists?* ¿Por qué no han existido grandes artistas mujeres? Nosotras, desde Madrid, nos acercábamos desde la perspectiva de género al tema del desnudo femenino LGBTQ+ y de la cultura en general.

20

Hago un paréntesis para aclarar que he iniciado este artículo con unos apuntes autobiográficos, porque considero prudente presentarme antes de continuar con la propuesta de escribir sobre feminismo, prácticas artísticas feministas o perspectiva de género y subjetividad.

En 1971, Linda Nochlin visibiliza el supuesto «problema de la mujer» y plantea la necesidad de formular pensamiento feminista desde el ámbito académico, intelectual, para, entre otros aspectos, rebatir la naturalización colectiva de los hechos machistas en la construcción de nuestro sistema socio-económico y

cultural. Nochlin incide y desvela lo que llamamos «techo de cristal», esto es, la imposibilidad de liderazgo o presencia de mujeres en los círculos de artistas o la industria cultural patriarcal —y por supuesto en muchos otros ámbitos— hecha por y para ellos, los hombres blancos. De ahí el aplauso a las audaces respuestas, como las presentadas por las *Guerrilla Girls*, en la querrela por la igualdad durante más de 30 años. También a las reivindicaciones de visibilización de distintos colectivos de la sociedad, en ocasiones de las mal llamadas minorías, como es el caso de las mujeres, pues somos una mayoría tratadas como minoría. Nosotras encontramos un punto de encuentro en el debate contra lo establecido como «natural», el patriarcado, omnipresente en la cultura occidental.

Desde los años setenta, el movimiento feminista cuestiona esta construcción no sólo en la esfera intelectual, sino también en la sociedad en general. Karen Cordero e Inda Sáenz, en su libro de recopilación de textos feministas *Crítica feminista en la teoría e historia del arte*, retoman la consigna feminista «lo personal es político», que transformó la estética de los ochenta. Se pone así en entredicho el papel del género sexual en las relaciones de poder, las estructuras económicas y sociales, las vivencias, las percepciones y subjetividades, con lo que se desafía la segregación entre el ámbito de lo privado y lo público. El pensamiento feminista entra en el terreno del arte con un argumento propio que incluye la acción artística, y se inicia un proceso de formación intelectual recomendado por Linda Nochlin. Este hecho afectará a las estructuras de poder como son las instituciones e industrias culturales y también a la educación.

La historia del arte feminista rebate quién ha podido ser artista —tradicionalmente hombre y blanco—, qué temas se representan en las artes plásticas —recogidos del ideario masculino patriarcal—, las técnicas, etc. Esta disciplina está muy relacionada con la historia social del

«Nochlin incide y desvela lo que llamamos «techo de cristal», esto es, la imposibilidad de liderazgo o presencia de mujeres en los círculos de artistas o la industria cultural patriarcal —y por supuesto en muchos otros ámbitos— hecha por y para ellos, los hombres blanco.»

arte de los años sesenta y setenta, que reivindicaba la visibilidad de las categorías sociales, las distintas etnias, razas y culturas no occidentales. Compartían de este modo la perspectiva de género e incidían en que desde la práctica artística se puede combatir la hegemonía institucional.

Por ello, el proceso de identificación desde la conciencia y autoconciencia que integra la diversificación de temáticas, debates y desarrollos de pensamiento feminista perdura hasta la actualidad. Consecuentemente, la perspectiva de género integra las esferas de lo público y lo privado, de las objetividades y las subjetividades. Convenía aclarar esta circunstancia, es decir, cómo aparece el concepto de género en los estudios sociales y humanos, dado que con frecuencia se confunde el binomio sexual hombre / mujer con el género como construcción social.

Otro aspecto a sumar es el resurgir de los referentes biográficos y autobiográficos en relación con los análisis deconstructivos de identidad e identificación, que dan un paso adelante y que pueden apreciarse en los movimientos del 8M y el movimiento MeToo. Existe la necesidad de visibilizar autobiografías que no se ajustan a la exposición de hechos y argumentos machistas y patriarcales, ya que estos ejercen poder cosificando el fenómeno de ser mujer o de ser alguien diferente. Como indican Cordero y Sáenz, la estrategia en la etapa última del feminismo

«Existe la necesidad de visibilizar autobiografías que no se ajustan a la exposición de hechos y argumentos machistas y patriarcales, ya que estos ejercen poder cosificando el fenómeno de ser mujer o de ser alguien diferente.»

consiste en un «*collage* de planteamientos», que integra la cotidianidad y la crítica política, el debate de los espacios intermedios, por ejemplo, la percepción individual, así como la experiencia colectiva. En la actualidad, la teoría feminista se expande hacia la experiencia de la mujer como constancia de una otredad, hacia un análisis de género como construcción social-cultural, en el que las bases y validez de la masculinidad y la femineidad se cuestionan desde múltiples perspectivas transdisciplinares, que dan lugar a una apertura y diversificación de la crítica, con estudios mayoritariamente deconstructivos de la masculinidad.

En una entrevista realizada por Patricia Reguero a Virginie Despentes en *El Salto*, en marzo de 2018, la escritora manifiesta la falta de empatía en los/as lectores —ciudadanas/os— con el referente de mujer emancipada que hace una vida diseñada por ella, en la que no sigue los esquemas propuestos por la sociedad patriarcal. Expone que incluso sus amigos transexuales reflexionan sobre el hecho de ser mejor vistos al ser percibidos como hombres, e insiste en que hay que hacer algo para que las mujeres despertemos igual que ellos «ternura», «esa falta de cariño me da pena, más que otra cosa», añade, una reflexión con la que estoy de acuerdo. Es necesario que nos empoderemos con nuestras decisiones. Tenemos que debatir aspectos fundamentales para las mujeres como nuestra vida sexual o la maternidad que aún permanecen secuestrados por la ideología patriarcal y parece que no son parte de nuestra existencia. De este modo, continuaríamos con el cambio de las relaciones sociales desde el feminismo, desde la «sororidad» o hermanamiento entre mujeres, desde la empatía y la ternura, tal como sostiene la activista estadounidense Angela Davis cuando defiende la interseccionalidad, porque se representará el interés de todas, en el ámbito público y en el ámbito privado.

Por todo lo dicho, deberíamos tener en cuenta las declaraciones de la exministra de Cultura Carmen Alborch recogidas

en *El País* el 25 de octubre de 2018, junto al anuncio de su fallecimiento: «El feminismo, como ha mejorado la vida de todos los ciudadanos y ciudadanas, debería ser declarado Patrimonio Inmaterial de la Humanidad».

Si, como señala la catedrática de Derecho Constitucional, María Luisa Balaguer, en el número 19 de esta misma revista, el futuro en sí es una utopía, el derecho al voto de las mujeres constituyó la primera utopía alcanzada por el movimiento feminista. El feminismo sigue luchando por la consecución de la plena igualdad. Una vez aparentemente asentados algunos de los derechos de las mujeres y colectivos vulnerables en el siglo XX, ya no se justificarían acciones contra el sistema, pero, en realidad, los logros no dan respuesta a los derechos civiles del conjunto de la ciudadanía. Hay una confusión social, cultural, al pensar que todos vivimos en igualdad de condiciones, por lo que tendemos a dejarnos llevar o a adormecernos en la comodidad de un mundo igualitario ficticio, en el que no somos conscientes de los techos de cristal que nos constriñen, que nos ahogan en nuestro cotidiano hacer. Observamos con sorpresa y angustia, la facilidad con la que la ciudadanía retoma costumbres seculares que pensábamos obsoletas, de manera casi inconsciente. Pero, precisamente debemos rechazar esa aparente e inocente inconsciencia. Como resultado de nuestro empoderamiento podremos tomar distancia con respecto a los hechos machistas.

Para concluir, creo que es necesario no solo luchar, sino también establecer lugares de encuentro, objetos de empatía, situaciones de bienestar, sumar la risa y la inteligencia, fortalezas también femeninas, para disfrutar de la sororidad, de lo colectivo. —

Martín de Arriba
Fotografía















La nueva realidad legal feminista de la explotación sexual en Andalucía afecta a los medios de comunicación

Emelina Galarza

Profesora Facultad de Comunicación
Universidad de Málaga

QUE LA VIOLENCIA DE GÉNERO SEA LA PARTE MÁS CRUENTA DE LA DESIGUALDAD existente la sociedad entre hombres y mujeres es una frase que no por muchas veces repetida deja de ser cierta. Es evidente que los medios de comunicación, en tanto que agentes socializadores, tienen un papel trascendental en la construcción de la sociedad. Una vez más esta frase no por muchas veces repetida deja de ser cierta. Lo que no aún no se repite es que hay una nueva realidad legal en Andalucía respecto a que se considere violencia de género la violencia sexual en general y la explotación sexual, incluida la prostitución, en particular. Si el nuevo marco legal relacionado con la violencia de género otorga un papel esencial a los medios de comunicación es lógico extrapolar dicho papel también a este nuevo tipo de violencia en la legislación autonómica (no así en la internacional).

Tanto la huelga feminista como las distintas movilizaciones y manifestaciones del pasado 8 de marzo nos mostraron como el movimiento feminista está más fuerte y cohesionado de lo que ha estado mucho tiempo, en un contexto global que ya estaba identificando las violencias sexuales contra las mujeres y la alianza del neocapitalismo con las mismas. Las distintas manifestaciones de la violencia sexual es de los ejes que vertebran lo que ya se denomina la «Cuarta Ola Feminista». En palabras de la socióloga feminista Rosa Cobo: «Las feministas hemos sabido identificar la política sexual del capitalismo neoliberal y a través de esa identificación hemos podido construir afinidades y convergencias políticas entre sectores feministas distintos». Dentro de esa alianza está sin género de dudas la prostitución por lo que hay un consenso amplio dentro del feminismo en torno a la abolición de esta esclavitud del siglo XXI.

Identifica a un movimiento social que sus reivindicaciones pretendan tener eco en una regulación jurídica, que tengan hueco en las leyes, que tengan eco en lo que ordena las relaciones de la ciudadanía entre sí y

con el Estado. En la reformulación de las dos leyes andaluzas la violencia de género y la de igualdad efectiva se trata de manera específica el papel que deben tener los medios de comunicación. Pero además la nueva ley de comunicación andaluza también tiene un apartado específico relacionado con la violencia de género. Sin entrar a analizar todos los aspectos que dichas leyes tratan, ni siquiera los relacionados con las distintas violencias sexuales que se ejercen sobre las mujeres, haré mención de las novedades incorporadas en relación a la explotación sexual y la comunicación.

Las modificaciones introducidas por la Ley 7/2018, de 30 de julio, por la que se modifica la ley 13/2007, de 26 de noviembre, de medidas de prevención y protección integral contra la violencia de género y Ley 9/2018, de 8 de octubre, de modificación de la Ley 12/2007, de 26 de noviembre, para la promoción de la igualdad de género en Andalucía deben ponerse en correlación con los cambios introducidos a su vez, en el ordenamiento jurídico, por la reciente Ley 10/2018, de 9 de octubre, audiovisual de Andalucía (en adelante, LAA) que, junto con la ley 7/2010, de 31 de marzo, general de la comunicación audiovisual (en adelante, LGCA), viene a completar el régimen jurídico sectorial.

La ampliación del concepto «violencia de género», es introducida por la Ley 7/2018, de 30 de julio, por la que se modifica la Ley 13/2007, de 26 de noviembre, de medidas de prevención y protección integral contra la violencia de género, que en el artículo 3h) establece que es violencia de género «La explotación sexual de mujeres y niñas, consistente en la obtención de beneficios de cualquier tipo, mediante la utilización de violencia, intimidación, engaño o abuso de una situación de superioridad o de vulnerabilidad de la víctima, aun con el consentimiento de la misma, en el ejercicio de la prostitución, la servidumbre sexual u otros tipos de servicios sexuales, incluidos actos pornográficos o la producción de material pornográfico».

Esta legislación incide tanto en la aplicación de la LGCA en el ámbito de la comunidad autónoma andaluza, como en régimen introducido por la LAA. En concreto, por lo que respecta a esta última, habrá que integrar el significado de lo previsto en los artículos que contienen referencias a la expresión «violencia de género» con la conceptualización que de ellas hace la Ley 7/2018, de 30 de julio. Tal sería el caso de los artículos 31.2, que establece las obligaciones ante la ciudadanía de las personas prestadoras de servicios de comunicación audiovisual en Andalucía, frente a la violencia de género y que expresamente dice que «las personas prestadoras de servicios de comunicación audiovisual en Andalucía tienen la obligación expresa, y no sólo limitada a la protección de menores, de no emitir comunicaciones comerciales o contenidos que promuevan o publiciten directa o indirectamente la prostitución, la trata, la explotación sexual o el turismo sexual, cualquiera que sea el medio o soporte empleado».

La Ley 9/2018, de 8 de octubre, de modificación de la Ley 12/2007, de 26 de noviembre, para la promoción de la igualdad de género en Andalucía, dedica su artículo 47 a declarar que «Los poderes públicos de Andalucía adoptarán las acciones necesarias para la atención social a las mujeres

«La nueva realidad legal existente en Andalucía, pionera respecto del resto del territorio español, es fruto de la cohesión y la fuerza del movimiento feminista y asociativo de mujeres de Andalucía, así como de la interlocución que, también a través del Consejo Andaluz de Participación de las Mujeres ha tenido con el gobierno y con el parlamento.»

prostituidas y víctimas de trata y explotación sexual, para lo que elaborarán un Plan integral para la erradicación de la trata y la explotación sexual de mujeres y niñas, que incorporará campañas de información y sensibilización».

Por otra parte, el artículo 17 de la Ley 13/2007, de 26 de noviembre, dedicado a la publicidad y medios de comunicación, en su nueva redacción dada por la Ley 7/2018, de 30 de julio, conecta con el nuevo régimen establecido por la Ley 10/2018, de 9 de octubre, y establece que los organismos competentes de la Junta de Andalucía prohibirán que los medios de comunicación social cuya actividad esté sometida al ámbito competencial de la Comunidad Autónoma difundan contenidos o emitan espacios o publicidad sexistas, discriminatorios, vejatorios, estereotipados o que justifiquen, banalicen o inciten a la violencia de género, de forma directa o indirecta, en cualquiera de sus manifestaciones. Con ello, la Ley da un paso más allá, disponiendo ahora la prohibición de difundir estos contenidos, en lugar de la anterior función de velar para que no se difundieran.

De las funciones atribuidas por el apartado 3 del artículo 58 a la Administración de la Junta de Andalucía, a través del órgano con competencias en la materia, en aras de garantizar la aplicación del principio de igualdad y transversalidad de género en todas las instancias, instituciones, entidades de cualquier naturaleza jurídica y acciones que se desarrollen en el sector audiovisual de Andalucía, al CAA le corresponden: Fomentar el establecimiento de acuerdos que coadyuven al cumplimiento de los objetivos en materia de igualdad de género y erradicación de la violencia de género establecidos en la ley. Una de las novedades de la Ley 9/2018 es que introduce un régimen sancionador por la realización de campañas de publicidad que utilicen la imagen de las mujeres asociada a comportamientos que justifiquen o inciten a la prostitución, cuyas competencia recae el Consejo Audiovisual de Andalucía.

La nueva realidad legal existente en Andalucía, pionera respecto del resto del territorio español, es fruto de la cohesión y la fuerza del movimiento feminista y asociativo de mujeres de Andalucía, así como de la interlocución que, también a través del Consejo Andaluz de Participación de las Mujeres ha tenido con el gobierno y con el parlamento. Una nueva realidad ha surgido a raíz de las elecciones andaluzas del 2 de diciembre y todo apunta a que las políticas públicas de igualdad peligran. Esto significaría un retroceso sin parangón. —

Entrevista a Lidia Falcón O'Neill

Por Isabel Guerrero

«Las mujeres somos una clase social,
lo que hace falta es que exista una
conciencia de clase»

Lidia Falcón O'Neill

LA FUERZA DE LIDIA FALCÓN O'NEILL (Madrid, 1935), histórica dirigente feminista, es prodigiosa, diríase que sobrehumana. Su agenda se parece más a la de cualquiera de las muchas personas que se dedican a girar presentando sus libros feministas por el país en un momento en el que el Movimiento Feminista parece ser carne del *mainstream*. La diferencia con respecto al resto es que esta abogada, política, periodista y escritora atesora una producción —más de 40 títulos publicados— asombrosa. Su compromiso es inquebrantable. Hablamos de toda una vida dedicada a defender la causa de la mitad de la población a través de ensayos, narrativa, teatro, crónicas y memorias. Teoría y praxis. Como marxista en tiempos del neoliberalismo triunfante, insiste en un concepto capital en su pensamiento: el de la mujer como clase social. Clamando por la acción política desde que en 1975 fundó el Partido Feminista de España como la única vía posible para que el segundo sexo abandonase su atávica condición de subalternidad. Por Isabel Guerrero.

Usted escribe *Los nuevos machismos* (Aresta, 2014) hace justo ahora un lustro, en 2013. Si tuviera que reescribirlo ahora, ¿introduciría alguna cuestión palpitante, a la luz de 2018? Supongo que sí, ahora, por ejemplo, los vientres de alquiler. La nueva moda, el nuevo invento del patriarcado aliado con el capitalismo.

En 2014 no era tan de dominio público. Son 1.000 niños los que introducen en España al año, creo, lo cual es demasiado. Es muy simbólico, porque implica, no solo considerar el cuerpo de la mujer como lo hacen en la prostitución, sino su capacidad reproductora. Se compra, se vende, se alquila el cuerpo de las mujeres, y se comercia con los niños también, como si fuesen mercancía.

Muy en consonancia con estos tiempos neoliberales, donde todo parece estar en venta. ¡Claro! Eso el capitalismo lo inventa hace 200 años, lo que pasa es que las técnicas van avanzando. En el siglo XIX esto no se podía hacer porque no había técnica para fabricar niños en las matrices de las mujeres, y hoy sí. Y el día en que se puedan implantar brazos, le cortarán el brazo a un obrero o a alguna mujer para implantárselo a un rico. Es la relación de clase, la explotación de clase. Pero claro, unida a la facultad reproductora que tienen las mujeres.

Se está discutiendo si estamos ante la Cuarta Ola, o no. Se habla del acoso sexual como el detonante de una revuelta que estaba de alguna manera aletargada (Me Too). ¿Cómo lo ve, después de tantos años de lucha? ¡Somos unas papanatas! En cuanto las actrices americanas salieron diciendo «me too, me too»... a mí me encanta que las mujeres despierten y las famosas llamen la

36

atención, pero el Movimiento Feminista lleva en España, como poco, cincuenta años trabajando, y ya ha habido manifestaciones importantes, como la que llevó a 500.000 personas contra la violencia de género en Madrid, en 2015... y ya, ¡como si no hubiéramos hecho nada!

Volviendo al libro, usted eligió la triada revolucionaria («Libertad, Igualdad y Fraternidad») para estructurar su discurso. ¿Qué opina del concepto de «sororidad», que tanto se está usando en estos últimos tiempos? ¿No es una respuesta, de alguna manera, a la falta de fraternidad hacia nosotras, por parte de los hombres, que usted misma denuncia en su ensayo? Evidentemente. Pero me gustaría que hubiera menos teoría y más práctica, que discutiéramos menos de los conceptos, eso es muy universitario y también muy idealista, claro, no entra en el análisis materialista del momento. Lo que hace falta es que nos organicemos todas juntas, por supuesto con sororidad, aunque las diferencias ideológicas estarán ahí. La unidad del Movimiento de Mujeres como clase ha de articularse, porque si no, no tendremos fuerza ninguna.

Me ha llamado la atención las dos citas con las que arranca la introducción de *Los nuevos machismos*, en especial la de Louise Michel. Simone de Beauvoir le dedica unas palabras en *El segundo sexo*... Algo más que unas palabritas se merece...

Sí, pero la referencia de Simone a Michel no es muy positiva, aunque conecta con algo que le va a interesar. Escribe Simone de Beauvoir en *El segundo sexo* (Cátedra, 2005): «El feminismo revolucionario retoma la tradición sansimoniana y marxista; hay que destacar además que una tal Louise Michel se pronuncia contra el feminismo porque este movimiento desvía fuerzas que deben utilizarse en su totalidad en la lucha de clases» (p. 203). Es curioso como mujeres tan revolucionarias como Michel,

líder de la Comuna de París, adoptaran una idea que a posteriori ha sido tan asumida dentro de la izquierda: el feminismo como algo «aplazable». La trampa de que la causa general era la social, la causa «urgente». ¿Conocía esta faceta «antifeminista» de Louise Michel? De Louise Michel no sé si me acuerdo, pero desde luego, de **Rosa Luxemburgo**, sí. Rosa Luxemburgo se manifestaba de una manera muy agria contra el movimiento feminista. Bueno, eran los tiempos que corrían... **Clara Zetkin** se mostraba un poco más comprensiva... pero el movimiento feminista se explica por sí mismo, ha demostrado que la mujer es una clase. Las cifras están ahí, la explotación está ahí, las causas están ahí y los objetivos están ahí. Y naturalmente, como decía también Rosa Luxemburgo, «si la izquierda no es feminista, le falta profundidad». Si el feminismo no es de izquierdas, le falta estrategia. Eso es así. Y no hay una sola clase revolucionaria que defiendan los hombres, eso es claramente un discurso masculino... hay dos clases importantísimas que pueden unirse para hacer la revolución, que son los trabajadores y las mujeres. Y las mujeres son siempre trabajadoras.

Andrea Dworkin, la feminista radical estadounidense, también hablaba de la mujer como clase social. ¿Cómo se las ha visto usted, a lo largo de todos estos años, para explicar a sus compañeros de lucha este concepto? E importante, ¿ha conseguido convencer alguna vez a alguno? Este concepto fue una conmoción, sobre todo dentro del mundo comunista. A los liberales, los capitalistas, no les interesaba, no le entendían. Como llevo 40 años repitiéndolo [risas], pues alguien se ha enterado. Ahí están *Mujer y poder político* y *La razón feminista*. El asunto es que teníamos, por un lado, la hostilidad manifiesta de los partidos de izquierda ante la idea de que la mujer era, por sí misma, una clase revolucionaria, cuando deberían tenernos de aliadas. Deberíamos estar en todos los proyectos de la izquierda. Por

otro lado, el movimiento internacional, tanto las francesas como las estadounidenses, han estado también bastante tiempo defendiendo esto. Luego están los datos, si hacemos un análisis materialista resulta evidente. Es que las cifras internacionales son terribles: mientras las mujeres trabajan los $\frac{2}{3}$ de horas de trabajo del mundo, perciben el 5% de los salarios y poseen el 1% de los bienes. Si esa no es una clase explotada, ¿qué es?

Los cuidados no están en el centro de la economía... Es que en esos cálculos no entra la reproducción. No entra el hecho de quedarte embarazada y parir, ni la lactancia maternal. Claro que somos una clase social, lo que hace falta es que exista una conciencia de clase. Que es otra cosa.

Aborda la cuestión multicultural en uno de los capítulos de la segunda parte del libro, el dedicado a la libertad. Llama la atención que en el debate sobre el burka, en el Parlamento catalán, fuese Ciutadans el único partido que defendió su prohibición (sobre todo con la deriva antifeminista de su extensión nacional, C's). ¿Ese relativismo cultural de las fuerzas progresistas va en aumento? ¿Cómo puede combatirse? Bueno, eso son grupos, partidos, que no tienen ideología. Que se suman a una situación concreta. Además, allí estaba Carina Mejías, la diputada, que es bastante feminista, que fue la que defendió la moción. Entonces el resto, solo por oponerse a aquel partido, no la apoyaron. Aquí, en cuestión de principios, hay pocos. Todo es oportunismo. Y podría haberse prohibido el burka.

El multiculturalismo lo toca un poco... Lo toco en toda una parte del libro. Porque está todo el drama de la clitoridectomía y la infibulación en los países africanos, especialmente. Las culturas son planetarias. La quema de viudas en la India, que sigue haciéndose, es una cosa horrible. Los matrimonios de niñas...

Me ha gustado mucho, en su intervención de esta mañana [en el Feminario cordobés], que haya hecho criticado eso tan falangista de demonizar a la política y a los partidos políticos en general. Escribí un artículo contra la políticofobia en *Público*, porque es un fenómeno muy preocupante y avanza con gran difusión popular, llegándole al obrero que gana 800 euros al mes, al que se le dice que el hecho de que un diputado gane 3.500 euros es una fortuna... mientras que nadie le cuenta que el consejero delegado del BBVA se llevó 80 millones de euros hace dos años. Porque eso no conviene. Lo que no puedes es enfrentarte al capital, entonces diluyen esa situación de explotación absoluta cebándose en los representantes populares. Esto no puede ser porque, ¿adónde vamos? Fue José Antonio [Primo de Rivera] quien declaró que el único sentido de las urnas era el de ser destruidas.

Los fascismos siempre estuvieron en contra los partidos políticos. ¡Pues claro! Para gobernar ellos. Esos sí que son listos, porque saben que el poder reside quien gobierna. Y las izquierdas andan como pollos sin cabeza buscando aquí diversas explicaciones... Ahora, piensa que ya ha habido algún comentarista que ha dicho que España y Portugal son los dos países europeos donde las formaciones que definen estas ideas no han calado todavía, porque posiblemente estén vacunados. Hemos aguantado dictaduras cuando no había este tipo de regímenes en otras partes de Europa. De momento, esas formaciones racistas, xenófobas, fascistas, con el imperio y el nacionalismo, tienen muy poca aceptación aquí. Tenemos Vox, que no es nada. Lo peor es que todo siga igual, que el capital siga teniendo el mismo poder que tiene, además del complejo militar e industrial, y que los obreros sigan ganando 800 euros y las mujeres frieguen suelos por 300. Las camareras de piso, no sé si las he mencionado, ahí están, además de las olivaderas de Sevilla, las plataneras de Canarias, las de la fresa en Huelva, las trabajadoras textiles...

«El planteamiento de la libertad de hoy consiste en que te dejas esclavizar por gusto: en la fábrica, en el burdel, y en el hecho de dejarte preñar. Mira, el capital te domina, te machaca, o bien te aprisiona, o bien te compra, porque los Estados del Bienestar solo sirvieron para afianzar el capital.»

El concepto de la libre elección se ha impuesto, de manera perversa, como usted escribe, en los discursos pro-legalización de la prostitución.

¿En qué medida es responsable de esto la propia cultura? Eso es la difusión de una ideología. La clase dominante establece la cultura dominante, desde el Antiguo Egipto, con los sacerdotes. La Iglesia ha sido, por ejemplo, una de las instituciones fundamentales para elaborar ideología. Llegamos a la Revolución Francesa y la burguesía se hace con el poder, ¿cuál es su primera enseñanza? La libertad, ¿no? Bueno, ¿libertad para qué, como se preguntaba Lenin? Pues libertad para comerciar, que era lo que necesitaban. El mundo feudal de aquel momento estaba dividido en 40.000 estados, feudos, abadías... ponían unas aduanas a cada paso y no había manera de vender las mercancías. ¿Y qué necesita el capital? Vender. Esto es elemental, pero ya podían haberlo aprendido, ¿no? Desde entonces, el discurso de la libertad sirve para que la clase dominante establezca sus reglas, sus explotaciones... ¿La libertad para prostituir mujeres? Pues estupendo, tenemos una mafia de la prostitución infinita, un lobby prostituidor horroroso, y ellas lo hacen porque quieren... seguramente porque gozan mientras las violan. Y la libertad sirve para los vientres de alquiler ahora, claro.

La libertad que se enarbola para cuestiones poco emancipatorias. ¡Ninguna! ¿Pero cómo va a ser emancipatorio? El capital nunca va a establecer normas emancipatorias, eso es un contrasentido, un oxímoron. Aquí de lo que se trata es de convencer a los dominados, a las subordinadas, de que lo que hacen lo hacen por gusto. El obrero va a apretar tornillos porque quiere, ya no hay esclavitud. Las cuestiones fundamentales ya están descritas por los marxistas desde hace 150 años, lo que pasa es que... el otro día me dijo un amigo «Lidia, creo que eres la única marxista que queda en España». Pero claro, es que hay que leer. El planteamiento de la libertad de hoy consiste en que te dejas esclavizar por gusto: en

la fábrica, en el burdel, y en el hecho de dejarte preñar. Mira, el capital te domina, te machaca, o bien te aprisiona, o bien te compra, porque los Estados del Bienestar solo sirvieron para afianzar el capital. O bien te engaña. De ahí que mi próximo libro, que podré terminar si me dejan en paz [risas], lo titule *La filosofía del engaño*, porque abordo cómo la filosofía dominante se construye para engañarte. De lo que se trata es de convencer a las masas de que si viven mal es porque no se han esforzado lo suficiente, o tienen una mente muy corta.

Usted es muy crítica con la Ley Integral contra la Violencia de Género. ¿Es suficiente el Pacto que se plantea ahora? Diga violencia machista, si no le importa.

Bueno, violencia machista. Violencia de género es un constructo que se inventaron las universidades norteamericanas y francesas para despolitizar los términos, porque ya no existen las mujeres. ¿Les pegan las bofetadas al género? ¿Y las mujeres? ¿No hay feminismo? ¿No hay machismo? ¿No hay lucha de clases? Es el encubrimiento del lenguaje para engañarte mejor. Bueno, siga.

Si le parece bien el Pacto. ¡El Pacto nada, nada! El Pacto este es basura, cosa que desde el Partido Feminista lo hemos estado diciendo todo el tiempo. Entre los 90 expertos que declararon, ningún partido nos citó. Nos lo prometieron Izquierda Unida, Podemos y Esquerra Republicana, y luego no nos llamaron... nueve meses de trabajo después, 90 expertas entre las que estaban las de Hetaira, que defienden la legalización de la prostitución... han sacado un Pacto que es para leerlo. He escrito sobre ese artículo que habla de cómo hay que cambiar la ley en cuanto al consentimiento de la mujer, y a retirar la denuncia... que no se entiende nada el redactado, además, y que lo único que pretende en definitiva es conseguir que haya dinero para que lo den los ayuntamientos, porque hay muchos del Partido Socialista, y quieren

más fondos. Hablas con ellas y te dicen «porque los huérfanos reciben 300 euros de pensión» y yo digo, vale, hay que darles más, sí, ¡pero lo que yo quiero es que no haya huérfanos! Es que a las mujeres maltratadas las meten en casas de acogida, y no meten a los maltratadores en la cárcel.

Dentro de las redes machistas que circulan por la red se leen argumentarios relacionados con el origen de los maltratadores. Obviamente esto no solo alimenta el racismo y la xenofobia sino que establece una división entre hombres violentos «locales» y «extranjeros». ¿Por qué cuesta tanto asumir que la violencia es estructural?

Forma parte de la cultura machista desde los tiempos del patriarca. El racismo y la xenofobia se pueden utilizar para todo, y además así los españoles quedan mejor, son más buenos. Pero el racismo es esto.

Gracias a *Vindicación Feminista*, entre 1976 y 1979, muchas mujeres encontraron una publicación donde difundir el conocimiento necesario para activar sus luchas. ¿Les preocupaba no poder alcanzar a un grueso de población, en esos años, lastrado por el analfabetismo y la falta de formación? Naturalmente. *Vindicación Feminista* tuvo un éxito, de todas maneras, que no se podía ni soñar, con la falta de medios que teníamos, que era absoluta. Llegamos a publicar 35.000 ejemplares cada mes.

Hace poco, en un intervención suya colgada en la red a propósito de la presentación de este libro, creo recordar, usted habló de esas personas que apelan, muy serias, a «los excesos del feminismo». ¿Nos reímos o lloramos?

Claro que me río... fue una anécdota representativa de alguna tendencia. Estábamos en el Ateneo de Madrid donde estaba Paloma Pedrero, escritora dramaturga, y le preguntan si era feminista, y dijo que sí, pero de repente le entró el ataque de pánico y contestó que «bueno, sin los excesos del feminismo». Me pareció

una cosa tan desproporcionada, tan ridícula, que pedí la palabra y dije: mira, yo estoy dispuesta siempre a reconocer los errores que hayamos cometido, y pedir disculpas... pero en un siglo, el siglo XX solo, en que los hombres han organizado dos guerras mundiales, han montado los campos de exterminio y han tirado la bomba atómica... hablar de «los excesos del feminismo»... yo nunca he visto a una compañera ni abofetear a otra siquiera. Hemos discutido, agriamente, hemos escrito. ¡Pero somos ángeles! —

Abrazar nuestra conflictividad: la lección del feminismo *mainstream*

Esther Marín Ramos

Doctora en sociología de la cultura
Crítica en *Pikara Magazine*

«Todas estamos aquí porque nos equivocamos de camino al ir a misa»
Poussey Washington en *Orange is the new Black*

EL FENÓMENO DE LAS SERIES *STREAMING* ESTÁ DANDO LUGAR ESTOS últimos años a una atomización de excelentes y arriesgadas producciones que han favorecido de manera sustancial al discurso feminista. La oferta ha cambiado tanto en este sentido que el feminismo ya no puede seguir considerando la ficción audiovisual como al tramposo enemigo de antaño, reproductor y potenciador de estereotipos de género disfuncionales, sino también (y parece que cada vez más) como a un valioso adalid de su causa. La confluencia entre la creatividad de las cineastas, un público más concienciado que nunca y un canal que retroalimenta oferta y demanda ha permitido que la cultura *mainstream* de la mano de las series se postule como una valiosa fuente de análisis del movimiento por la emancipación de la mujer y uno de los mejores vehículos para su divulgación social.

42

Sin embargo, como el cambio se está llevando a cabo de manera muy veloz, existe todavía cierta confusión a la hora de identificar a una serie o película como feminista, especialmente cuando olvidamos que se tratan de productos culturales que no solo están conformados de un material ideológico, sino también ficcional, artístico o simbólico que no puede ser interpretado de manera literal.

La ficción se nutre por un lado de un componente inconsciente relacionado con los temores y deseos personales de sus autor@s que, en la medida en que confluyen con los de un público extenso, van a determinar en parte el éxito y la repercusión de la obra. Pero, como ocurre en nuestros sueños, la ficción también se nutre de unos restos de realidad que tienen una función de vital importancia: conseguir la identificación del público y que la abstracción ideológico—ficcional atreviese la



[Mujeres incorrectas](#)

burbuja ideal y pueda materializarse. Esto hace que incluso en las producciones más feministas siempre se den trazos del patriarcado en el que vivimos. El objetivo entonces, respecto a la perspectiva de género, no es velar porque las producciones culturales visibilicen un empoderamiento idealizado de la mujer, sino la forma en que se resuelven los restos de la realidad sexista en la que vivimos y si las salidas que proponen constituyen aportes necesarios (dentro del contexto en que aparecen) de cara al objetivo feminista.

43

Por otro lado, la ficción tiene otra peculiaridad, que es la de tratar lo abstracto de manera concreta a través de una historia personal y subjetiva, de manera que lo ideológico se expone de forma indirecta y simbólica. Precisamente en esta cualidad descansa la mayor potencialidad comunicativa e instituyente (con capacidad de ofrecer alternativas) de una obra de ficción porque permite adentrarnos más allá de lo conocido, penetrar en ese territorio que dice el lacaniano Slavoj Žižek «es más real que la propia realidad» y que, de manera directa, resultaría inabordable porque lo impiden nuestros muros conscientes. Esto conlleva que, por un lado, no solo se puedan considerar feministas las narraciones audiovisuales que tratan de manera directa o más o menos literal el feminismo; y también que haya películas que puedan ser consideradas feministas porque contribuyan a la emancipación de las mujeres aunque ofrezcan miradas y aportaciones que no han sido consideradas nunca por la teoría o el activismo feminista debido a que, interpretadas de manera literal, resultan políticamente incorrectas. Pongo como ejemplo, la serie *Big little lies*, que propone acabar con una situación de

violencia machista a través del asesinato (llevado a cabo por mujeres) como factor redentor.

La nueva oleada de series online, de hecho, está mostrando una categórica tendencia por las antiheroínas, mujeres desastrosas, (como las de *Girls*, *Olive Kitteridge*, *Orphan Black*, *Better things*, *Glow*, *Fleabag*, *Marcela*, *Rita*, *Paquita Salas*, *The Marvelous Mrs. Maisel*, *The End of The F***ing World*, *Heridas Abiertas...*) incluso criminales (como las protagonistas de *El cuento de la Criada*, *Weeds*, *Orange is the new Black*, *Alias Grace*, *The sinner*, *Killing Eve*, *Westworld*, *Chicas buenas...*): todas estas producciones pueden considerarse feministas porque operan simbólicamente (por favor, no pueden interpretarse de manera literal, como a veces leo por ahí) a favor de la emancipación psico-social de las mujeres y subrayan un argumento nuevo y muy necesario a este respecto: la liberación del opresivo corsé de la docilidad, la reconciliación con nuestra conflictividad, la transgresión como forma de avanzar y propiciar el cambio deseado. Las chicas buenas, perfeccionistas o impecables han desaparecido prácticamente de la ficción audiovisual, pero esta nueva *femme fatale*, creada ahora desde la mirada de la mujer, no pretende recriminar la insurrección sino alentarla y convencernos, incluso, de que es lo que mejor que podemos hacer.

Una de las principales conclusiones del viaje que he llevado a cabo a través de la ficción audiovisual para comprender nuestra sociedad al escribir el ensayo *La (re)evolución social a través del cine* (2018), es que no es posible la evolución social, no es posible el cambio real eludiendo el conflicto, sin adentrarnos en aquello que se encuentra sin resolver. Ocurre entonces como en las buenas historias, como en las buenas películas: Sin confrontar lo extraño, lo oculto, lo diferente, no hay nada interesante que contar. La potencia de una historia, ya sea ficticia o real, reside en lo conflictivo. Y quizá eso explica por qué la mujer se ha encontrado tan menguada en nuestra sociedad. Hemos aprendido históricamente a plegarnos al deseo del otro, a convertir sus intereses en los nuestros, a representar el papel de observadoras, de apoyo, de conciliadoras, de afines (aunque no lo seamos). Hemos aprendido, en definitiva, a no ser problemáticas. Pero nada de ello tiene fuerza suficiente para protagonizar historia o relato alguno.

44

Hemos sido formadas en el deseo del hombre. Leyendo sobre sus pensamientos e ideas, sobre sus enfoques. Pretendiendo disfrutar a través de su deseo manifiesto en todos los ámbitos de la cultura: en el cine, en el conocimiento, en la estética en general, en las fiestas tradicionales, en la música, en el sexo... Parece mentira que aún así, o precisamente por eso, tantas mujeres hayamos necesitado desarrollar una perspectiva alternativa desde la que pensar la realidad. De hecho, no hubiéramos creado nada, si no hubiéramos tenido la necesidad de infringir de alguna manera el orden impuesto, aportando algo nuevo. El origen más profundo de toda nueva expresión creativa estriba en última instancia en la indignación; como ha mencionado más de una vez la prolífica Erika Jong: una de las cosas que te llevan a escribir es la agresividad.

Las mujeres no podemos contribuir a un cambio desde la corrección, desde el discurso pedagógico o instructivo, desde el hacer comprender,

«Una de las principales conclusiones del viaje que he llevado a cabo a través de la ficción audiovisual para comprender nuestra sociedad al escribir el ensayo *La (re)evolución social a través del cine* (2018), es que no es posible la evolución social, no es posible el cambio real eludiendo el conflicto, sin adentrarnos en aquello que se encuentra sin resolver.»



Mujeres incorrectas

desde el «cuidar el tono que ellos son capaces de tolerar», es decir: en ese lugar desde el que seguimos una vez más empleadas en el cuidado del otro, incluso, en la responsabilidad abrumadora de educar a una sociedad entera, como adalides de lo civilizado. Es necesario no solo que nos permitamos identificar nuestros propios deseos y emociones, sino también que nos consintamos exponerlos y desarrollarlos en nuestra vida convirtiéndonos en un problema. Solo así quizá obliguemos a que el deseo arrasador y abusivo, enquistado en el comportamiento patriarcal se limite. Porque no lo dudéis: implementar algo nuevo es irreductiblemente conflictivo y si no podemos soportarlo tendremos que seguir escondiéndonos tras las ventanas.

46

La incorrección ante la que nos expone las nuevas series *mainstream* está mostrando un aspecto del feminismo que no era posible percibir ni desde el ámbito académico ni desde el activismo. No es lo mismo defender teóricamente la importancia de romper con los estereotipos tradicionales que experimentarlo u observar cómo es la vida de las mujeres que los rompen; tampoco es lo mismo participar en un movimiento a favor de la igualdad de género que tratar de aplicar las premisas feministas a la vida personal, integrar la ideología con nuestros deseos más profundos, con los resortes de nuestra personalidad de los que somos menos conscientes. El intento de asimilar el feminismo a la esfera personal muestra innumerables dificultades y contradicciones y en la ficción podemos encontrar un canal de excepción para la expresión de nuestro enfado, de la impotencia que sentimos cuando la intención y el esfuerzo choca una y otra vez con estructuras que no solo son externas.

Tras la II Guerra Mundial, el cine generado desde la mirada masculina expresó la amenaza que supuso el cambio de los roles tradicionales femeninos en un momento en el que la mujer irrumpía en la vida social, política y económica, y entraba en competencia directa con los hombres que se incorporaban a un sistema productivo muy debilitado tras la guerra. La *femme fatale* del cine negro fue el chivo expiatorio de una sociedad en recesión, de la desubicación y la pusilanimidad que sintieron los hombres tras su vuelta de las trincheras. La coyuntura actual tiene demasiado en común con la de entonces, suenan amenazan—tes las cornetas de una ultra derecha en ascenso que considera al feminismo y la inmigración los responsables de la fragilidad sistémica. Como ya lo hiciera el fundamentalismo islámico, ante el cambio, el fascismo trata de hincar sus uñas para aferrarse a los antiguos feudos identitarios. Por suerte, la omnipotencia de la mirada masculina en la ficción popu—lar no es la de finales de los años 40 y con ello el patriarcado ha perdido un aliado de gran poder. Series como *El cuento de la criada* nos han puesto mundialmente en preaviso de lo que podría pasar a una sociedad que se dejara arrastrar por el discurso del miedo, de cómo podría en pocos años aniquilar los avances desarrollados desde hace más de un siglo. No sabemos si el desarrollo experimentado estos últimos años por la cultura popular en materia feminista será suficiente para frenar al mamut que trata de huir embravecido de un cambio cultural irreductible, pero sin duda es una de las manifestaciones más revolucionarias que han acontecido socialmente desde los albores del movimiento.

Si algo podemos aprender tras el fracaso del feminismo norteamericano ante el ascenso de Trump, es que la alianza con la cultura popular puede redundar en beneficio de la lucha contra el patriarcado, por eso hay que persistir en el uso de registros divulgativos, cercanos a las necesidades reales de las mujeres en su entorno. Un feminismo intelectualizado que desprecie las emociones y contradicciones corre el riesgo de provocar una reacción que concentre la inconsciencia reprimida y proyectar frente a él la irracionalidad más aberrante. Por eso considero vital amistararnos con aquella ficción capaz de sacudir los resortes del género de la sociedad más extensa, alentar y dejar paso a la juventud para liderar un feminismo cercano y comprensible, aplaudir sus registros y formatos culturales populares menos ortodoxos, pero también más arriesgados, espontáneos y reales.

De esta manera las mujeres quizá nos estemos convirtiendo ahora en algo lo suficientemente problemático para no poder eludirlo más. Para obligar al resto de la sociedad a volverse hacia nosotras, a mirarnos e intentar conocernos. En algo lo suficientemente problemático para acaparar el foco de la historia, la potencia de una historia propia que jamás debimos perder. Y, así, quizá consigamos alentar igualmente al hombre a confrontar lo conflictivo y no excluirlo que es en lo que consiste la auténtica heroicidad como nos revelan todas las mejores películas de la historia del cine y también la vida misma. —

Feminismo como cosmética

Lola López Mondéjar

Escritora y psicoanalista.

EL FEMINISMO VENDE. LOUIS VUITTON en la contraportada, Gucci, Emporio Armani, Max Mara, Guess, Calvin Klein, Dolce&Gabbana, Marella, Longchamp, Mango, Michael Kors, liujo.com, Marina Rinaldi, Elisabetta Franchi, Sahoco, sudaderas de Fendi de 7.000 euros con «gorro de borrego a juego» por solo 590; las tiendas de moda tienen que reinventarse y convertirse en centros culturales de encuentro, se afirman; entrevistas con Encarnación Roca, primera catedrática de Derecho civil y vicepresidenta del Tribunal Constitucional; con Renzo Piano, Stella McCartney o Soledad Sevilla, junto a un espacio de reflexión donde, con textos de Paka Díaz y fotos de Chema Madoz, se reseña un libro de Marta Sanz, otros de Barbara Ehrenreich y de Rosa Cobo. Además de algún que otro artículo sobre Educar en igualdad o sobre las camisetas que rezan «NO es NO» (desde Dior hasta Zara las proponen), apuntes sobre Pikara o sobre alguna noticia esperanzadora que insiste en el auge del feminismo. El toque feminista «moderniza» el extra *S Moda* de *El País* de septiembre 2018, cuya editorial, firmada por Empar Prieto y titulada Grandeza, no tiene desperdicio como síntoma de una industria del lujo que coquetea con palabras como austeridad, racionalizar el consumo, o dotar de contenido, sentido y racionalidad el acto de adquirir, «*un verbo al que urge una transfusión de sangre*» —según afirma la periodista—, mezclándolo todo

en un batiburrillo sin vertebrar de tintes feministas y reivindicativos, e insertando ese *totum revolutum* en un soporte visual que solo incita al consumo, con un coste insostenible desde el punto de vista ecológico. En un tono que parecería crítico, si tuviese algún sentido en su conjunto, la directora del magazine dedicado a la moda más cara, afirma: «*Vistámonos de «ricas»; no hay más que ver el resurgimiento del vestido de gala, en la página 54, en pleno cuestionamiento del rol tradicional de la mujer y en curioso contraste a (donde debería poner «con») los retos cruciales (pag. 82) a los que se enfrenta hoy el feminismo*».

Así es, no hay reparo en utilizarlo, el feminismo se adapta como un guante de fina piel al capitalismo suntuoso; sin contradicción alguna, eludiendo el conflicto intrínseco que comporta incluir las tesis feministas en una revista de moda. Aunque el feminismo tenga como objetivo alejar a las mujeres de la objetualización que cierta moda persigue, separarnos del consumo insostenible (ecofeminismo) que propone la industria cosmética, o de la frivolidad patriarcal que hace de la belleza física el sostén de la seguridad y estima personal; aunque deseemos una representación propia y ajena por fuera del cuerpo, que apunte a nuestro intelecto, a nuestros modos de relación y a nuestros logros, el capitalismo neoliberal lo engulle e integra todo

48

«... la sexualidad pornográfica y patriarcal ha contaminado el erotismo de las jóvenes, que disciplinan y niegan sus necesidades para adaptarse al modus operandi de fórmulas consumistas como Tinder.»

hasta fagocitarlo, y neutraliza la necesaria y estructural tensión que ha de existir entre feminismo y capitalismo.

Por otro lado, mujeres jóvenes con poca formación teórica feminista parecen entender como igualdad comportarse tal y como lo hacen los varones. Lo observamos en las fiestas de despedida de solteras, donde el tradicional rito masculino se ha extendido a las prácticas de las mujeres, que han copiado el baile de la *stripper* sustituyéndolo por el del *boy*, han imitado la hipersexualización del festejo, su ramplona representación de la vida de pareja como una cárcel, su vulgaridad estética, el uso del otro como objeto. Y lo repiten. Las mujeres, y esto es lo más preocupante, no han sabido crear un rito diferente que las distinga del que inventaron los hombres para ¿festejar? este momento biográfico. No han sabido inventar una alternativa a esta celebración con su cortejo de prostitución y de exaltación de la sexualidad más prosaica, más pública.

Pero, ¿existe acaso hoy algo que podamos llamar una vida sexual íntima? Lo dudamos, la sexualidad pornográfica y patriarcal ha contaminado el erotismo de las jóvenes, que disciplinan y niegan sus necesidades para adaptarse al modus operandi de fórmulas consumistas como Tinder.

La película *Paraíso: Amor* (2012) de Ulrich Seidl, muestra las vacaciones de ciertas mujeres europeas que viajan a Kenia en busca de jóvenes kenianos que se prostituyen para satisfacer sus necesidades.

La película identifica acertadamente la prostitución como un efecto del poder: cuando las mujeres europeas tienen más dinero intentan satisfacer sus necesidades de sexo (y, sobre todo, de afecto, aspecto este muy interesante en el film, pero en el que no podemos detenernos ahora), comprándolo en el tercer mundo, como siempre hicieron los hombres con las mujeres. Esto será así, es así, de hecho, al menos que se produzca una verdadera conciencia feminista.

Apuntamos aquí a distintas formas de banalización de un feminismo descafeinado, cosmético, que identifica el empoderamiento y la autonomía de las mujeres, la deseada igualdad, con el copiado clónico de las formas patriarcales más deplorables de la masculinidad hegemónica. Este no es el camino, y está plagado de peligros.

Por una parte, el capitalismo ha encontrado en la etiqueta feminista una marca rentable para vender sus productos: revistas, ropa, películas, libros... neutralizando el mensaje revolucionario de la propuesta feminista, que cuestiona íntegramente el capitalismo neoliberal por considerarlo indivisiblemente unido al patriarcado, hasta convertirlo en un eslogan publicitario para vender más productos. Por otra, el patriarcado está inconscientemente inscrito en las propias mujeres y las lleva a imitar los modos masculinos en los ámbitos en los que las mujeres comienzan a ejercer poder, bajo la bandera de una cacareada igualdad ficticia.

No nos cansaremos de repetirlo: o incorporamos a la lucha contra el patriarcado lo mejor que la diferencia de género patriarcal depositó en las mujeres, o las relaciones humanas serán cada vez más toscas, más descuidadas, más embrutecidas e inciertas.

El cuidado del otro, la atención a las necesidades afectivas y no solo sexuales, la capacidad de establecer vínculos íntimos y tiernos, una educación más discreta y

«Aunque el feminismo tenga como objetivo alejar a las mujeres de la objetualización que cierta moda persigue, separarnos del consumo insostenible (ecofeminismo) que propone la industria cosmética, o de la frivolidad patriarcal que hace de la belleza física el sostén de la seguridad y estima personal; aunque deseemos una representación propia y ajena por fuera del cuerpo, que apunte a nuestro intelecto, a nuestros modos de relación y a nuestros logros, el capitalismo neoliberal lo engulle e integra todo hasta fagocitarlo, y neutraliza la necesaria y estructural tensión que ha de existir entre feminismo y capitalismo.»

menos ostentosa, más respetuosa con los espacios que compartimos con los demás (pensemos en el *mansplaining*, la explicación paternalista que ofrecen algunos hombres a las mujeres sin que estas se lo soliciten; o en el *manspreading*, la costumbre, también de los hombres, de ocupar el doble de espacio en los asientos que compartimos), la capacidad de empatía, son cualidades en las que las mujeres hemos sido tradicionalmente educadas, y que no debemos excluir de la construcción de una sociedad más igualitaria, sino intentar exportarlas a los hombres. Estas «cualidades» que la diferencia entre los géneros nos asignó, no son esenciales en un género ni en otro, sino que se adquieren en el largo proceso de socialización que nos separa, por lo que podrían aprenderse y universalizarse como, desgraciadamente, lo están haciendo las que denunciamos aquí a favor de una universalización de los modos tradicionalmente masculinos. O lo hacemos así, o «feminizamos» la sociedad, invirtiendo el proceso de la masculinización universal de los modos de relación al que estamos asistiendo en estas y en otras manifestaciones, o habremos perdido la batalla.

Es cierto que el simple hecho de acceder al poder incrementa formas de relación afines a él: competitividad, eficacia,

descuido de los afectos y de las relaciones a favor de la dinámica que impone el ejercicio mismo del poder: Es cierto que las mujeres tenemos de nuevo que hacer un sobreesfuerzo por intentar asumirlo sin olvidar el ethos de cuidado (de los otros, del planeta), pero se me antoja que este noble esfuerzo es indispensable para transformar las estructuras que nos oprimen a todos.

La revolución feminista no se inició para alcanzar una igualdad a la baja, homogenizando el comportamiento de los géneros en los valores atribuidos a la masculinidad, sino para cambiar la sociedad hacia formas más humanas de relacionarnos, más educadas y consideradas con los demás, menos invasivas de los espacios públicos y privados, más igualitarias y respetuosas con cualquier diferencia entre los seres humanos.

Si las mujeres nos limitamos a repetir las formas patriarcales y no a crear formas nuevas, a inventar celebraciones distintas que incluyan y festejen nuestra particular concepción de la vida, publicaciones que respeten nuestra complejidad, nos encontraremos con un patriarcado elevado al cubo, con una sociedad más fea y más homogénea, con un feminismo cosmético que dejará de lado los valores

revolucionarios de nuestra propuesta, que será asimilada cómodamente por el patriarcado y el capital, por más a la moda que aparentemente el feminismo esté.

Ahora bien, las dificultades para integrar las formas excluidas son muchas, y se requiere de un atento pensamiento crítico que interrogue la condición humana y las necesidades de la especie y del planeta, alejándose de cualquier inercia repetitiva.

La reflexión es más costosa en términos personales y sociales que la reactividad rápida y vindicativa y que la mera imitación actual. Hemos de repensar las relaciones erótico afectivas y sociales, contemplando las distintas necesidades que, hasta hoy, sienten hombres y mujeres, sin homogenizarlas en un único modelo sexual masculino, pornográfico y coital, que excluye lo afectivo y sigue obligando a las jóvenes a disciplinarse y negar sus experiencias y necesidades ante las de los jóvenes que desean; hemos de reinventar el sistema de cuidados integrando la vida profesional con la personal; diseñar el mundo laboral de forma que logremos una sociedad más equitativa, que atienda a las necesidades humanas, con menos diferencias entre el salario mínimo y el máximo (que ahora puede llegar a ser injustamente abismal); hemos de repensar la justicia retaliativa, vengativa y punitiva que aplicamos hoy, a favor de una justicia restaurativa, donde se contemple el daño de la víctima, el arrepentimiento, el perdón y la reparación, y no solamente el castigo. El objetivo de este programa radical sería modificar las relaciones de poder existentes a favor de un intercambio intersubjetivo y no de amo—esclavo en todas las facetas de la vida.

En otras palabras, debemos alejarnos del patriarcado y de todos sus efectos, sutiles y rizomáticos, y construir una sociedad nueva, imaginativa y distinta.

El feminismo que deseamos necesita de todas las disciplinas para impregnar los

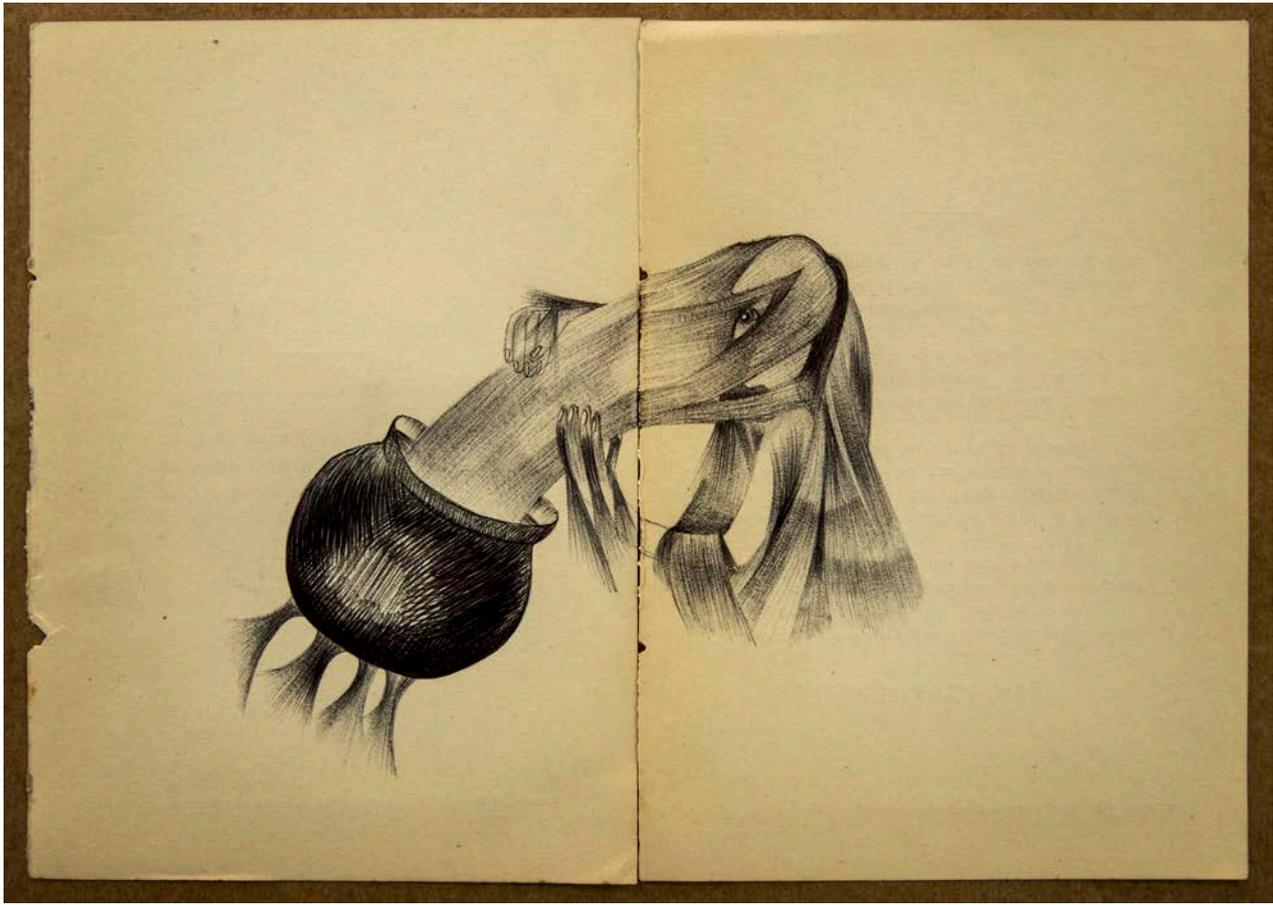
discursos y llegar a la sociedad sin simplificaciones estériles o perversas como las que aquí tratamos de denunciar, y tiene en la educación un poderoso aliado. Pues educación y formación continuada de todos los agentes sociales implicados son la base de un edificio cuya construcción no se completará nunca, pues siempre habremos de enfrentarnos con nuevos retos, contradicciones nuevas.

Se trata, nada más y nada menos, que crear un nuevo sistema de convivencia en el que las diferencias entre los seres humanos no se conviertan en desigualdades, como sucedió hace más de cuatro mil años con la inversión original que produjo el sistema patriarcal que combatimos. —

María Bueno
Ilustración



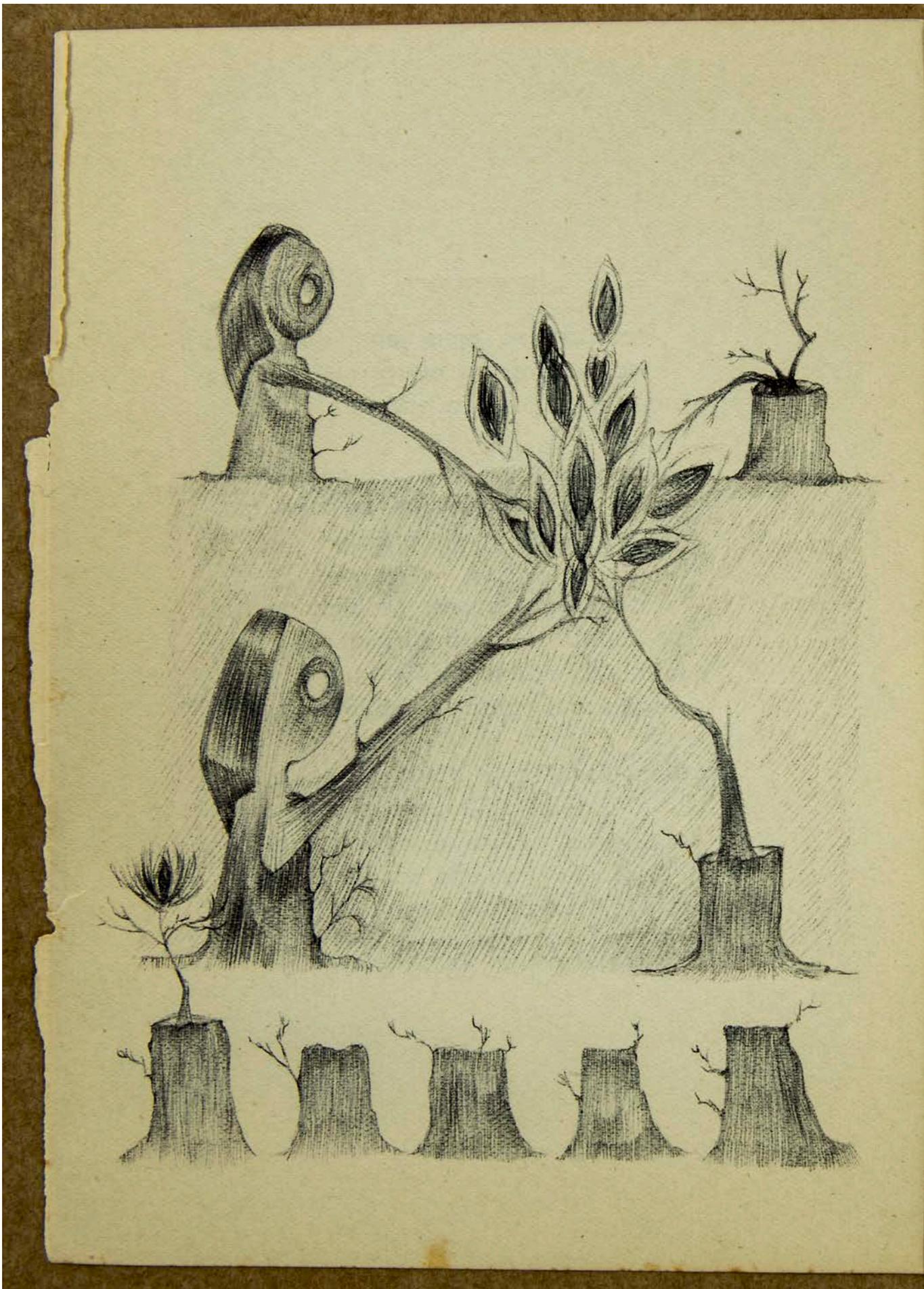
Reunión. María Bueno

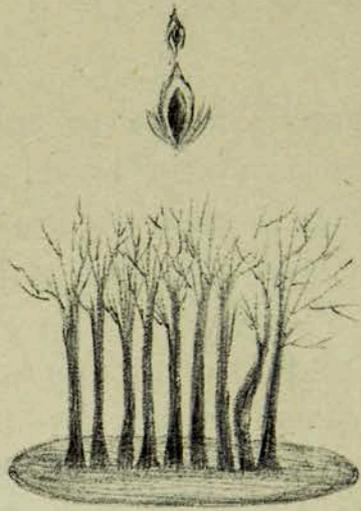


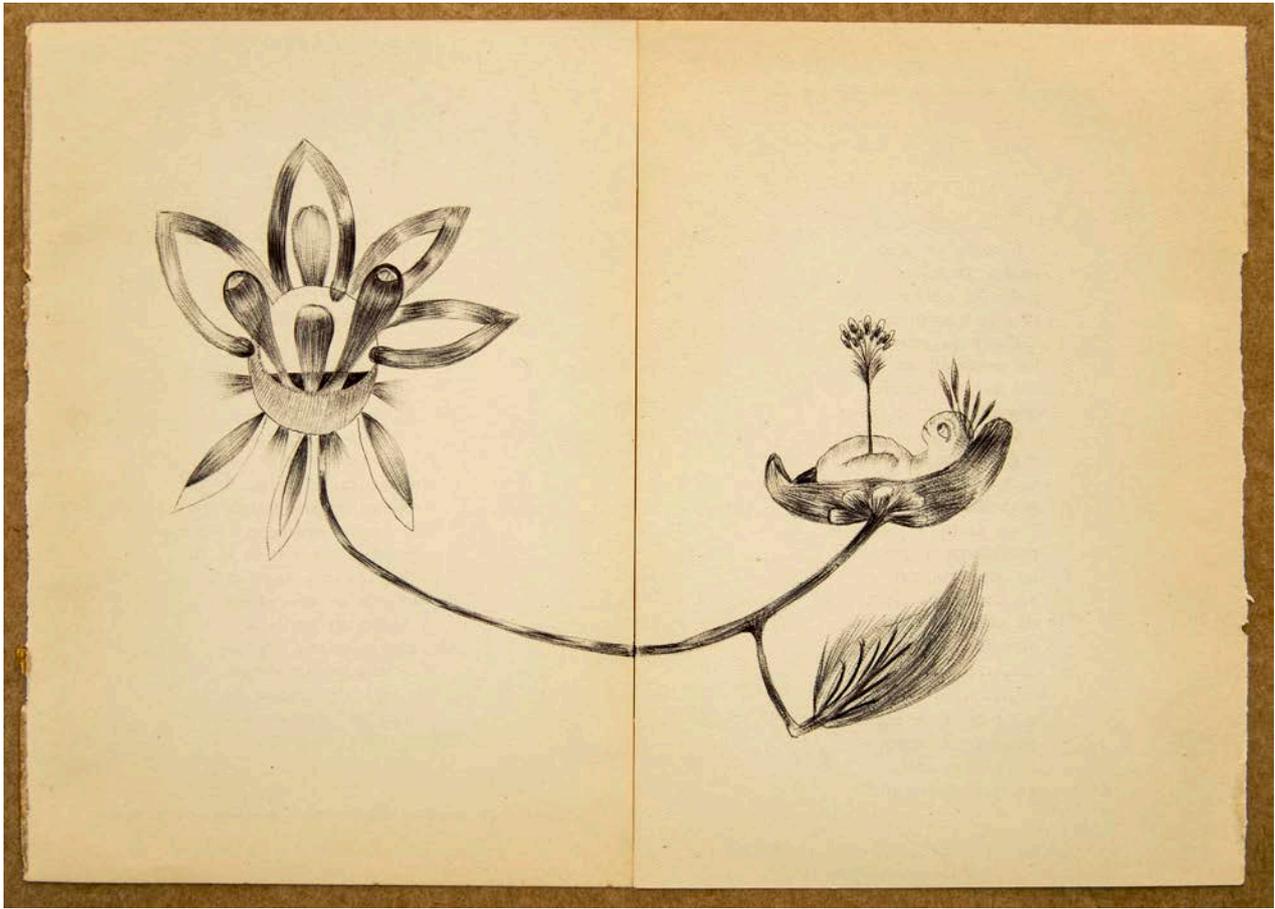
Brebaje. María Bueno



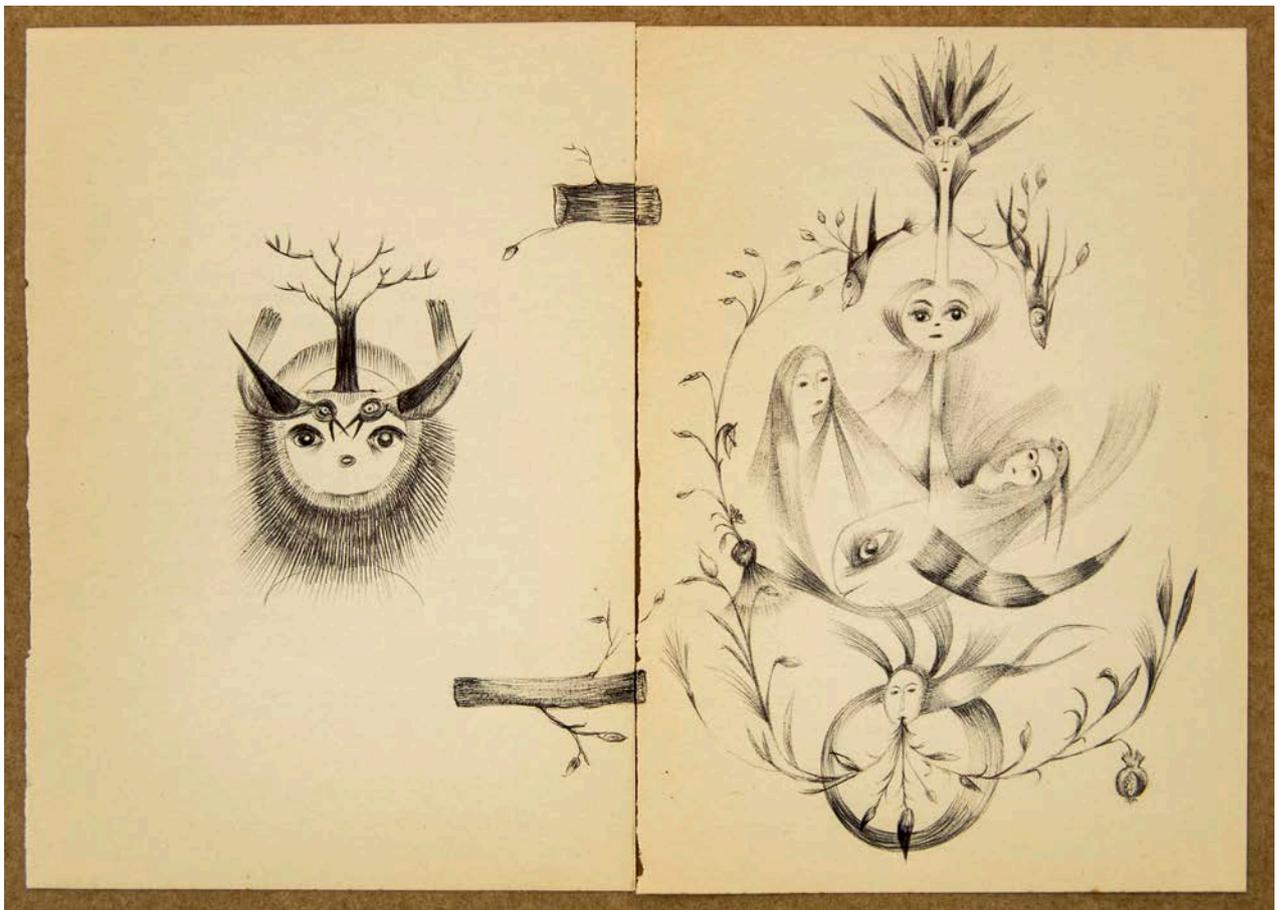
Brebaje II. María Bueno







[Otoño. María Bueno](#)



Primavera. María Bueno

Breve análisis del feminismo actual

Álvaro Botías

Inspector jefe de la UFAM de la Policía Nacional en Málaga.

*EL PROBLEMA DEL GÉNERO ES QUE PRESCRIBE CÓMO TENEMOS QUE SER, en vez de reconocer cómo somos realmente. Imagínense los felices que seríamos, lo libres que seríamos siendo quienes somos en realidad, sin sufrir la carga de las expectativas de género; con este extracto del ensayo *Todos deberíamos ser feministas*, de Chimamanda Ngozi Adichie, doy comienzo a mi particular análisis del feminismo actual. Pero, ¿qué es el feminismo? Muchas y muchos lo han definido, incluso antes que la RAE lo reconociera recién iniciado el siglo XX —concretamente en 1914—. En cada definición, sin embargo, hay constantes que se mantienen: igualdad real de derechos y oportunidades entre hombres y mujeres; erradicación de la discriminación por razón de género; persecución del equilibrio de poderes; son algunas de las más relevantes. Mi propio concepto, acuñado con motivo de una entrada en mi blog el pasado mes de junio (*El creciente impulso del feminismo*), reza: **es una forma de vida; es la búsqueda activa de la igualdad de derechos y oportunidades entre hombres y mujeres; es condenar la discriminación por razón de género; es el fomento del respeto, de la corresponsabilidad.***

Como movimiento o complejo proceso social, el feminismo acoge a seguidoras y seguidores. Personas que no solo afirman compartir esta «forma de vida», sino que también predicán con el ejemplo. Actúan, para que nos entendamos. A ellas y ellos se les conoce como **feministas**.

De nuevo recurro al ensayo *Todos deberíamos ser feministas* por su claridad de conceptos y frescura: *La definición que yo doy de feminista es todo aquel hombre o mujer que dice: «Sí, hay un problema con la situación de género hoy en día y tenemos que solucionarlo, tenemos que mejorar las cosas. Y tenemos que mejorarlas entre todos, hombres y mujeres»*. A esto le añado —cosecha propia, por cierto—: en esta lucha social la mujer ha de llevar la voz cantante. No podemos perder de vista que el problema del género les afecta a ellas; y como colectivo oprimido, han de encabezar el movimiento. El hombre que ansíe portar el calificativo feminista ha de empezar por quitarse el traje de privilegios con el que el patriarcado lo ha revestido. Ha de deconstruirse para volver a edificarse; ha de desaprender lo que la cultura machista en él ha inculcado. Una vez consigamos esto, pasaremos a la segunda fase: la acción. Nos uniremos a nuestras compañeras como aliados. Buscaremos que nuestro ejemplo sea seguido por otros muchos hombres.

Sexo y género no son la misma cosa. El primero alude a las diferencias biológicas, es decir, aquellas que nos acompañan desde el momento del nacimiento. El ejemplo más claro de estas es la genitalidad. El segundo, por su parte, es una construcción cultural. La sociedad educa a hombres y mujeres de distinta forma. Asociamos el azul con los niños y el rosa con las niñas; los coches con los primeros y las muñecas con las segundas; y así habría que continuar durante una eternidad. Enseñamos a los hombres a comportarse y vivir de una manera, y a las mujeres de otra. Es en esta socialización desigual donde surge la discriminación.

Dicho esto, que ha de servir como introducción, pasaré sin más preámbulos a desarrollar el esquema que previamente me he planteado. En primer lugar, me gustaría aprovechar estas líneas para hablaros de mi especialidad en esta lucha sin cuartel: la violencia de género. Se trata de la máxima expresión de la situación de desigualdad existente; el culmen de la diferencia de poderes entre el hombre y la mujer; la agresión sin fundamento, más allá del simple hecho de pertenecer al sexo femenino. Mientras escribo estas líneas todavía está muy reciente en mi memoria el trágico 25 de septiembre de este año. Ese día tuvieron lugar un total de 4 asesinatos: 2 mujeres y 2 niñas. Estas últimas a manos de su propio padre, quien perseguía «castigar» a quien hubiera sido su esposa. Su estrategia, con la que desde 2013 se ha segado la vida de 27 menores, la ha descrito de forma magistral Miguel Lorente, en un artículo publicado recientemente en *El País* digital: *Los agresores han aprendido a usar la violencia, y ahora saben que la forma de ocasionar más daño a la mujer no es matarla, sino asesinar a sus hijos y dejarla a ella atrapada en la celda del recuerdo*. Y es que, por mucho que el orden machista imperante se empeñe en esconderlo e incluso, desvincularlo de la violencia de género; un maltratador no puede ser un buen padre.

El arma con mayor capacidad destructiva del patriarcado es el machismo. A través de éste se ejerce violencia sobre las mujeres con un solo objetivo: mantener el *status quo*. Mi aventura feminista, de hecho, comienza a raíz de mi incorporación a la Unidad de Familia y Mujer de la Policía Nacional el pasado 2015 —un principiante en la materia, todo sea dicho—. Sentir esta violencia estructural en primera persona supuso un antes y un después en mi todavía corta existencia. Cualquier persona con un mínimo de empatía, cuando escucha los desgarradores relatos de mujeres que han vivido sometidas por sus parejas, ha de encender todas las alarmas. Automáticamente te asaltan preguntas del tipo: «¿Por qué ocurre?, ¿qué estaremos haciendo mal?, ¿cómo se puede revertir esta situación?»

Mal, por desgracia, se hacen muchas cosas. La diferencia radica en que, en un asunto de la magnitud del que nos ocupa, no se pueden permitir errores ni fisuras. Aquí entramos en juego las y los feministas: hay que visibilizar el problema y generar conciencia social, para empezar. En esta línea Marina Marroquí, superviviente y feminista, escribe en su perfil de Twitter: «*Internet a los machistas les ha dado el porno, pero a las feministas Twitter y no nos vamos a callar.*» No lo hubiera descrito mejor.

Las redes sociales son, sin duda, un caballo de batalla muy importante. A través de ellas nos comunicamos en cuestión de segundos. No solo eso,

sino que llegamos a miles o incluso millones de personas con nuestras publicaciones. La acción de la que hablaba al principio consiste, en parte, en eso: en hacer llegar el mensaje de igualdad a la ciudadanía; en divulgar y predicar a los cuatro vientos las ventajas de vivir en una sociedad ausente de discriminación. Alguno se preguntará: «Bueno, si acabas de decir que los privilegios caen del lado del hombre, ¿qué ganamos nosotros con renunciar a ellos?» Pues la ganancia está fuera de toda discusión. Los hombres también sufrimos el machismo, aunque no lo parezca. Nos han educado en una masculinidad hegemónica inflexible, en la que no tiene cabida la diversidad. Tal cual: es como una coraza que nos ponen y de la que cuesta una barbaridad desprenderse. «Los hombres no pueden permitirse mostrar sus emociones, eso los haría vulnerables; en el género masculino tampoco tiene cabida el miedo ni la duda, ambos son portadores de debilidad»; son algunas de las premisas y enseñanzas que se nos inculcan desde la más temprana infancia.

El feminismo actual se plantea la siguiente pregunta: ¿estamos ante una cuarta ola? Conviene recordar que la tercera, conocida como feminismo

«El arma con mayor capacidad destructiva del patriarcado es el machismo. A través de éste se ejerce violencia sobre las mujeres con un solo objetivo: mantener el *status quo*.»

contemporáneo, podría tener como punto de partida a Betty Friedan y su obra: *La mística de la feminidad* (1963). Yo, personalmente, he percibido un cambio muy significativo. Un giro en forma de visibilidad, manifestaciones multitudinarias y conciencia social. Gran parte de la culpa recae sobre las redes sociales. Como ya he descrito, éstas se han convertido en el vehículo perfecto para hacer llegar el mensaje feminista a todos los rincones. Sin excepción.

Por esto mismo a mí, personalmente, me da la impresión de que la cuarta ola es una realidad. Creencia que por cierto es compartida con la mayoría. De hecho, si echo la vista atrás unos años —a mi adolescencia, de la que no hace tanto tiempo—, no recuerdo que el feminismo fuera un debate central. Tampoco consigo rescatar de mi frágil memoria nada relacionado con movilizaciones de peso y su correspondiente cobertura en los medios. La estructura construida en olas anteriores, a base de una lucha incansable, está bien apuntalada. Depende de vosotras y nosotros poner en valor lo conseguido por tantas mujeres valientes —y también algún hombre, por supuesto—. Está, por tanto, solo en nuestra mano que el barco de la igualdad consiga llegar a buen puerto: el de la real; el del fin de la discriminación.

Como hombre feminista, para ir poniendo un punto y final a este artículo, os diré de qué manera intento cada día aportar mi granito de arena a esta justa causa. Tal vez me equivoque —seguramente con habitualidad y en varias cosas—; lo asumo. Ya lo decía Roxane Gay en su obra *Mala Feminista*: «Prefiero ser una mala feminista que no ser feminista

en absoluto». Yo probablemente sea mucho peor que ella y aquí me tenéis. Sin más, vamos a ello:

- El primer paso es callarse y escuchar. ¿Qué y a quién? Os estaréis preguntarlo. Abrir bien los oídos para escucharlas a ellas, a las mujeres. Una vez hayamos interiorizado algunas de sus reivindicaciones, podremos dar paso al turno de preguntas: ¿Cómo os ayudamos?, ¿de qué manera puedo renunciar a mis privilegios?, ¿qué tipo de hombre se adaptaría al mundo en igualdad propuesto? Preguntar, escuchar, abrir vuestras mentes y perspectiva, comprender... Son algunas de las acciones más importantes por las que empezar.
- Una vez superada la primera fase, pasaríamos a la acción. A aplicarnos el cuento, hablando llanamente. Conviene puntualizar que lo de «superar la primera fase» no significa que dejemos de escuchar, en absoluto. La escucha y las preguntas nunca terminan —siempre seguirá quedando algo que aprender, como con todo en la vida—. Sin embargo, llegará un momento en que lo que hayamos recogido sea suficiente para ponerse a funcionar. Recorro a la sabiduría popular para respaldar mi tesis: «El movimiento se demuestra andando.» En mi caso particular empecé por mí mismo. Quise conocerme, analizarme, ver si durante mi bagaje vital había defendido la igualdad. ¿La respuesta? Por supuesto negativa. En muchos aspectos, de hecho, había sido machista — y algunos todavía lo sigo siendo —. Decidí no culparme por ello; me dije: «Álvaro, has cumplido con el patrón de conducta cultural. No es tu culpa. La cultura es machista y tú simplemente has sido socializado en ella». La verdad es que este pensamiento me hizo sentirme mejor. Nada, borrón y cuenta nueva — de nuevo existe un dicho que describe perfectamente la situación, como no podría ser de otra forma —. Y así lo hice. Empecé a renunciar a mis privilegios. Comencé a quitarme esa coraza que me impedía moverme con libertad. Decidí ponerme a leer sobre feminismo: primero obras más «light», para principiantes que acaban de pasar del gateo a la bipedestación. A día de hoy todavía camino con cierta inestabilidad, pero camino. De eso se trata.
- Digamos que ya hemos hecho autocrítica y estamos preparados para pasar del yo al vosotras y vosotros. En mi caso particular, empecé por mi familia. ¿Estoy siendo un buen marido?, ¿soy padre corresponsable?, ¿asumo mi responsabilidad en los cuidados?; fueron algunas de las preguntas que me hice. Tengo la suerte de compartir mi vida con una feminista: mi maestra. Por tanto, he de admitir que lo tuve realmente fácil. En mi casa la corresponsabilidad ya era una realidad. De ahí di el salto al plano público. Trabajo, familia no tan próxima, amigos... Poco a poco fui sacando el tema de la igualdad en distintos foros. Fui, como dije antes, aplicándome el cuento. Me pasé al activismo, a la reivindicación sin tapujos. Pronto me di cuenta de que la palabra feminista no era bien recibida. Por alguna razón, tanto entre hombres como entre mujeres, generaba rechazo. El

machismo ha hecho su campaña en contra como era de esperar. Ha intentado revestir de connotaciones negativas un concepto que lleva por bandera la justicia. Algo, por cierto, insostenible. Aún así, a pesar de este «rechazo», yo me defino como lo que soy: feminista. A quién no le guste que no mire. Hasta aquí el resumen de mi proceso. Espero que a muchos de vosotros os sea de utilidad y consigáis ser mejores personas. Yo, sin duda, soy mucho más feliz.

Toca concluir este personal análisis del feminismo actual. La lectura, no ha lugar a discusión, es positiva. Estamos en la senda de la igualdad; se está trabajando con intensidad para conseguir justicia. Sobre eso ya no ha lugar a discusión. En cuanto a los hombres en concreto, espero que después de leer estas líneas os animáis a uniros y podáis, como a mí me está pasando, ser mejores personas y sentirnos liberados de las cadenas del patriarcado. Porque como dice mi amigo Octavio Salazar en la sinopsis de su libro —*El hombre que no deberíamos ser*—: *Pretende colocarnos a los hombres delante del espejo para que reflexionemos sobre todo aquello que no deberíamos ser y para indicarnos el itinerario a seguir para construirnos de otra manera.* —

Referencias:

Página 41 (el problema del género) *Todos deberíamos ser feministas*.

Página 55 (hombres y mujeres feministas) *Todos deberíamos ser feministas*.

Sinopsis de *El hombre que no deberíamos ser*.

«En esta lucha social la mujer ha de llevar la voz cantante. No podemos perder de vista que el problema del género les afecta a ellas; y como colectivo oprimido, han de encabezar el movimiento. El hombre que ansíe portar el calificativo feminista ha de empezar por quitarse el traje de privilegios con el que el patriarcado lo ha revestido. Ha de deconstruirse para volver a edificarse; ha de desaprender lo que la cultura machista en él ha inculcado. Una vez consigamos esto, pasaremos a la segunda fase: la acción.»

Feminismo desde la periferia nacional

Inma López Silva

Escritora, crítica de teatro y profesora ESAD de Galicia

EL 8 DE MARZO DE 2018, MEDIA ESPAÑA que antes no lo era se hizo feminista. Quizá la cosa sucedió unos meses antes, cuando, como con tantas otras cosas, descubrimos causas y justicias a través de la voz visible de las artistas de Hollywood. El #MeToo logró revolver conciencias de un modo innegable y las españolas, ávidas de dar un auténtico golpe en la mesa contra la violencia que se cebaba con nosotras en un goteo constante de asesinadas, violadas y acosadas, supimos abrazar esa causa para hacerla crecer y, en fin, convertirla en otra cosa: en nuestro propio amanecer feminista.

No es que antes no lo fuéramos. Sería injusto no reconocer el arduo y especialmente difícil trabajo del movimiento feminista en España durante décadas, un movimiento que, a diferencia de otros países, aquí ha tenido que lidiar contra una asquerosa tradición nacionalcatólica, heredera del franquismo, que se vierte especialmente en el juicio moralizante sobre las mujeres y que ostenta con cariño y afectación la derechona rancia que no es precisamente anecdótica en este país. Además, el movimiento feminista en España se ha encontrado también con un debate identitario que lo ha excluido de su discurso, centrándose en el concepto de «identidad nacional» como fórmula que canalizaba la explicación conceptual de quiénes somos.

Resulta especialmente interesante esta reflexión ya que afecta directamente a cómo nuestros discursos culturales

se han ido forjando a través de intensas reflexiones sobre la relación entre la definición de nuestra identidad y los distintos elementos que la conformaban (la lengua, las tradiciones, la lectura de la Historia, los mitos y temas de la literatura y otras manifestaciones artísticas...) sin introducir las reflexiones que, desde el feminismo, venían realizándose alrededor del sujeto «mujer» y su definición. O, simplemente, haciendo caso omiso de la aportación sobre el concepto de identidad que el feminismo venía elaborando, como si las mujeres no fuésemos nación, o comunidad, o sociedad... ¡o algo!

Efectivamente, ese desprecio del discurso político tradicional daba cuenta de algo contra lo que, en realidad, escritoras de múltiples procedencias e identidades veníamos contando en nuestras ficciones: que era mejor encerrarnos a las mujeres en nuestra habitación propia (¡ay!, Virginia, no sabes el daño que nos ha hecho tu idea...) escribiendo unas para las otras, y sin que nuestros discursos revolucionarios salgan de nuestras cuatro paredes, no vaya a ser que destruyan el tinglado que han armado los patriarcas durante siglos.

Mi reflexión en este pequeño ensayo tiene que ver con esto, pues la literatura, como formación propia de la consideración «nacional» de la cultura, tiene capacidad para reformular el propio concepto de identidad desde los presupuestos verdaderamente revolucionarios y emancipadores del feminismo. La literatura es

portadora de mundos posibles, de realidades alternativas que permiten «imaginar» otras maneras de relacionarse y comportarse que, además, proceden de la libertad de la ficción para contradecir el orden establecido por los discursos dominantes en la realidad (y no olvidemos aquella vieja definición de Benedikt Anderson de la nación como «comunidad imaginada»). Pero para que la literatura tenga ese poder de un modo efectivo, es necesario bombardear desde el feminismo la base nacional del discurso patriarcal que justifica una utilidad para las artes al servicio de la nación como estructura de organización social. Ni que decir tiene que, tal como se define a día de hoy, la nación es una estructura patriarcal que, entre otras utilidades, fomenta la dominación de las mujeres, su consideración como objetos y no como sujetos sociales, y, sobre todo, su utilización como mano de obra gratuita para labores imprescindibles en el mantenimiento de la comunidad (nacional).

En un interesante artículo publicado *online* en eldiario.es por la filósofa Luisa Posada Kubbisa el 22 de octubre de 2018 y titulado *El sujeto político feminista en la 4ª ola*, la autora plantea la necesidad de reivindicar más que nunca una identidad de «mujer» que permita asumir el protagonismo en la política que se avecina, donde el feminismo está llamado a ser protagonista después del apoyo social conseguido por las movilizaciones del 8 de marzo. Enfrentándose abiertamente a las tesis de Judith Butler, Posada reniega de un feminismo de orden sexualizado y retoma aquella vieja, pero bonita, idea beauvoiriana de la identidad como construcción del concepto de mujer. Dice Posada: «¿Cómo pensar las identidades que se reconocen como diversas? ¿Cómo evaluar las diferencias? La teórica norteamericana Nancy Fraser advierte que no todas las diferencias deben ser reconocidas, que no todo vale y que hay que rechazar aquellas diferencias que fomentan la subordinación o que implican desigualdad. El debate abierto acerca de qué hacer con las identidades diversas, qué hacer si reconocemos las diferencias entre mujeres, abre

también el debate de qué hacemos con el sujeto político del feminismo, con el quiénes de esta nueva ola.»

Efectivamente, como señala Posada, es obvio que necesitamos un sujeto político que pueda llevar adelante la revolución feminista, pero los sujetos políticos en esta España de lo plurinacional siempre han ido por otro camino. ¿Cómo repensar ese sujeto político desde el rol que nos toca a las escritoras inmersas en el concepto de «literatura nacional» quizá más que nunca, pues mandan los criterios del marketing comercial que dominan el medio editorial? Más aun, ¿cómo hacerlo desde literaturas que han encontrado su razón de ser en la lógica nacional que justifica su esencia y su identidad sometiéndolo a la identidad como «mujer» a la identidad nacional? Y ahí estamos, con giros inesperados y vueltas de rosca añadidas, las escritoras que, en España, ni siquiera escribimos en español, sino en alguna de las (mal) llamadas lenguas periféricas, chocando de frente, a veces, con una realidad que parece ajena a nosotras cuando nos traducen, pero que no lo es si, con perspectiva de género, vemos la traducción como un medio y no como un símbolo del contacto entre literaturas nacionales distintas.

Partamos de la idea de que ser hombre o mujer es una construcción cultural y, por tanto, también social y política, incluso una construcción económica, exactamente igual que el concepto de nación.

Lo que ocurre es que, en el proceso de construcción de este concepto de «nación», las circunstancias de las mujeres han sido sistemáticamente olvidadas. Dejando aparte que la discriminación de la mujer es transnacional, que esa violencia contra la que nos hemos rebelado en la cuarta ola del feminismo es universal, ¿cómo es que el nacionalismo no ha sido capaz de elaborar un discurso que relacionase las causas nacionales (histórica, económica y sociológicamente determinadas por cuestiones de carácter local) con la discriminación de las mujeres, por

«Tal como se define a día de hoy, la nación es una estructura patriarcal que, entre otras utilidades, fomenta la dominación de las mujeres, su consideración como objetos y no como sujetos sociales, y, sobre todo, su utilización como mano de obra gratuita para labores imprescindibles en el mantenimiento de la comunidad (nacional).»

ejemplo, en Galicia o España? (Dos cosas. Una: pongo mi ejemplo porque es el que conozco, pero me atrevería a generalizar si fuese el objeto de este artículo, que no lo es, y si hubiese espacio suficiente, que no lo hay. Dos: en lo que llamamos «España» también hay un «nacionalismo español» que todavía cabe menos en estas páginas, pero que creo que cualquier española inteligente sabrá reconocer).

Escribo desde la experiencia. Cuando hice mis breves pero intensas incursiones en la política partidaria del nacionalismo gallego, en mi inocencia de simple escritora de novelas, yo solía pensar que, para cambiar nuestro concepto de nación, primero habría que cambiar la construcción cultural de los géneros. Y me di de bruces con las paredes del patriarcado nacionalista al que, en realidad, no le apetecía nada cambiar nuestro concepto de nación. Entonces comencé a preguntarme insistentemente qué implica ejercer el feminismo en espacios donde la identidad nacional lo aplasta todo. No me refiero sólo a Galicia, este verde lugar con un exceso identitario que a menudo se confunde con «saudade» o con «retranca». Me refiero también a España, donde todo es últimamente patriótico en exceso, «otrísimo», diferente a lo bestia, estremecedoramente español, arrastrándonos a las demás identidades en esta ola de españolidad que nos confunde y nos demuestra en el día a día quién manda quién no.

He escrito mal «últimamente» y bien «identidades».

No es «últimamente» cuando en España todo es patriótico. De un modo u otro, los

últimos doscientos años de la Historia de España se han construido desde la confrontación de identidades nacionales que han ido determinando quiénes somos, dónde estamos y hacia donde vamos, aunque ese camino casi siempre es incierto y, sobre todo, violento. El debate entre los nacionalismos en este Estado que me viene atribuido en el DNI existe, básicamente, desde que los Austrias deciden insistir en una idea de españolidad que arrasa con todo lo que encuentra en medio (aquí, en América...), y que pronto se dio de bruces con la particularidad cultural de portugueses, vascos, catalanes y gallegos (por este orden), y en menor medida otras sensibilidades que no lograron tener la intensidad de estas pero que también estaban, por supuesto. Y hablo de «identidades», en plural, porque no se trata sólo de la identidad nacional. Se trata también de la identidad de género que va enganchada a hombros de cualquier otro debate, ahí presente pero invisible porque es difícil mirarnos las espaldas. Pero en la mochila llevamos siempre los infortunios donde nos conducen nuestras construcciones sociales, llamémosles género o llamémosles nación.

El discurso nacionalista nos ha convencido durante décadas de que la identidad como pueblo atraviesa cuanto hacemos, olvidando que, para muchas de nosotras, es justamente al revés: es el feminismo como causa la que debe tejerse en todo cuanto discurso identitario seamos capaces de generar, pues el feminismo, internacional por definición, propone una verdadera revolución que va más allá de esa identidad como pueblo sin contradecirla (esto

es importante), una revolución de las formas de hacer, del modelo de relación que deseamos para el trato entre las personas en el que las relaciones de dominación se destruyen para redefinir el poder. Porque para el feminismo, sobre todo para este feminismo de cuarta generación que ha salido a las calles de este país en 2018 como nunca lo había hecho, poder no es sustantivo sino verbo.

Por eso el feminismo como discurso no tiene por qué contradecir el nacionalismo, pues está en otra dimensión. Lo cual no significa que no tenga que influirlo, o modificarlo o incluso destruirlo. La dimensión de los discursos feministas es envolvente porque se refiere a algo brutalmente general: media Humanidad (con sus identidades, sus preocupaciones, sus conceptos, sus cosillas) está sometida por la otra media, y ahí, el asunto de la nación, créanme, pasa a tener otra consideración. El feminismo, de hecho, pretende modificar las relaciones de poder y dominación que se derivan del discurso nacionalista exactamente igual que pretende modificar cualquier otra de nuestras actividades, espacios de relación, propuestas políticas y, en fin, la vida que, por supuesto, vendrá condicionada por aspectos de carácter local que, en cada caso, el feminismo tendrá que integrar en su discurso.

69

Muchas mujeres que defendemos nuestro derecho al reconocimiento y respeto por nuestra identidad nacional, incluso por el derecho de autodeterminación de los pueblos, tenemos que lidiar a menudo con que se nos exija escoger, poner delante una cosa de la otra, como si no pudiésemos ser nacionalistas y feministas igual que hemos decidido ser mujeres y gallegas. Europeas feministas, quizá. O mujeres españolas, españolas y mujeres. Esa decisión, además, afecta como ninguna otra cosa a nuestra literatura, pues resulta francamente difícil ver todo esto con el ruido del entorno, en medio de otros reflejos y luces que nos ciegan.

Por tanto, el discurso de la nación es un discurso patriarcal.

Incluso en Galicia, donde paradójicamente tenemos a Rosalía de Castro como referente simbólico nacional (originales que somos), aunque sólo de modo aparente, pues, en realidad, hemos hecho de ella una referencia nacional para no tener que utilizarla como referente de la mujer comprometida con el naciente feminismo que fue. El suyo es un ejemplo claro de cómo actúa el discurso aglutinante del nacionalismo para darle la vuelta al discurso feminista, reutilizarlo en su beneficio y finalmente sepultarlo bajo una montaña de palabras llenas de retórica. (Aclaro para quien no esté familiarizada con su figura: Rosalía de Castro fue tan incómoda en su propio tiempo, tenía tantas rarezas que, para poder reconocerle su innegable valor literario, llegó a ser calificada de «viriloide», pues para sus contemporáneos era una especie de hombre encerrado en un cuerpo de mujer, con toda una faceta útil para los intereses ideológicos de su entorno, los líderes galleguistas que elaboraban el discurso sobre la identidad gallega desde su orden patriarcal; así que, para integrar a nuestra principal referente cultural en el discurso ideológico del naciente nacionalismo gallego, hubo que adaptarla a la imagen de mujer que no era).

Hay que reconocer que los idearios nacionalistas en España deben su éxito (y su alta problematicidad) a su capacidad para imaginar espacios de convivencia alternativos. En eso nos llevan ventaja a las feministas, hay que reconocerlo. Ellos (¡ellos!) han logrado ofrecer un poderoso imaginario simbólico en el que las aportaciones añadidas son difícilísimas porque siempre son vistas como ataques así que son excluidas de forma automática (para eso tienen el canon). Así que, en ese marco, ¿qué podemos hacer nosotras para contrarrestar la hermosura de la nación como elemento de poder totalizador de la colectividad contra el individuo? Sólo someternos a sus conceptos y orden establecido, dada la imposibilidad de que nos permitan intervenir en su definición de la nación y en su construcción de la sociedad como artefacto colectivo.

«El feminismo, de hecho, pretende modificar las relaciones de poder y dominación que se derivan del discurso nacionalista exactamente igual que pretende modificar cualquier otra de nuestras actividades, espacios de relación, propuestas políticas y, en fin, la vida que, por supuesto, vendrá condicionada por aspectos de carácter local que, en cada caso, el feminismo tendrá que integrar en su discurso.»

Someternos.

Como siempre.

Ninguno de los nacionalismos que conozco ha dudado jamás de las relaciones de género tal como se han propuesto a lo largo de los siglos. Incluso el naciente feminismo de las mujeres galleguistas de los años veinte quedó aniquilado por el liderazgo masculino que las perpetuó en un orden patriarcal que las relegó a tareas «menores» en la conformación ideológica. A la cocina, vamos.

El discurso nacionalista tiende a realizar una interpretación de la historia colectiva vinculada con fórmulas patriarcales que limitan el protagonismo y la libertad de las mujeres (y también el de hombres que no responden al modelo ortodoxo de masculinidad, pero esa es otra historia), y para eso genera sus propios mitos, relatos y ficciones. Pongamos un ejemplo poco dudoso de españolidad: en la Biblia, texto fundacional de la cultura occidental, no hay un solo versículo en el que se diga el nombre de la mujer casada con Noé. Esa que se supone que a través de los tres hijos que tuvo con un señor de más de 600 años restituyó la especie humana después del Diluvio Universal;

esa que tuvo que recoger en un barco una pareja de cada especie de animal y que seguro que limpió la barca y cocinó para mantener vivos a todos los bichos, incluidos los humanos. Pues esa señora tan importante, fundadora de todos los pueblos y naciones según la Biblia, no tiene nombre.

En esa tradición se inscribe también la idea de la patria como familia, y también el rol reproductivo otorgado tradicionalmente a las mujeres como garantía de la perpetuidad de la nación y como transmisoras naturales de las esencias identitarias. Además, atribuyéndonos prácticamente en exclusiva la crianza, somos también las responsables de la transmisión de la memoria y los valores de la colectividad, pero sólo porque educamos a los hijos de la patria, no porque tengamos derecho de escribir nosotras mismas escribir o crear directamente los relatos de construcción de la nación. Pienso mucho, también, en la relación entre el nacionalismo español y la idea tradicional de familia (esa de los obispos manifestándose en las calles de Madrid).

No podría ser de otro modo: cualquier discurso nacionalista es un discurso de dominación que implica el control de la población y el reparto de tareas en la construcción de la nación para garantizar la convivencia bajo un paraguas cohesionador que facilita la vida de todas las personas que integran la comunidad. Hasta ahí, todo relativamente bien, si no fuera por el toque dominante y, llegado el caso, violento, como demuestra la Historia. Y si no fuera, además, porque, en ese reparto de responsabilidades, jamás se ha propuesto para las mujeres roles de poder y visibilidad.

Aun así, algunas creemos que es posible una definición de la nación que, aprovechando la ruptura discursiva a la que obliga el declive del «Estado-nación» en la era poscolonial, reformule tanto su relación con el feminismo como, en consecuencia, revise lo nacional como espacio discursivo donde ejercer

las relaciones de poder y dominación patriarcales. Y ahí, por supuesto, entra la literatura que escribimos. En definitiva, algunas creemos que, en una nueva definición de la nación, es posible practicar el ideal feminista de destrucción del sistema patriarcal.

irrupción en el canon. Y para eso sí que es útil esta cuarta ola feminista en la que, por fin, hemos logrado un apoyo social sin precedentes. —

71

De este modo, retomando la idea de Luisa Posada, la «mujer» como sujeto político del discurso feminista encuentra un lugar de acción real en un espacio cohesionado de relación política que es la identidad nacional, donde se aprovecharían en favor de un nuevo orden no patriarcal las antiguas formaciones discursivas tradicionalmente encargadas de proporcionar ideas, mitos y justificaciones a la identidad nacional, en especial la literatura como arte de generar ficciones o mundos alternativos. Porque lo cierto es que, desde el feminismo, ha sido imposible la toma de los partidos políticos tradicionales (nidos del más rancio machismo), con lo que parece más operativo obligarlos desde fuera a redefinirse o a disolverse en un nuevo concepto de las relaciones humanas. Esto implicará, sin ninguna duda, un nuevo concepto de organización política que redefina (o destruya) la vieja nación. Y por cierto, ya que no hemos conseguido nada de eso desde la elaboración de la ideología, quizá toque el trabajo más sutil de toma de los discursos cohesionadores por definición (las artes, las tradiciones) a través de nuestra

Entrevista a Laura Freixas

Por Cristina Consuegra

« La alianza entre mujeres es una condición *sine qua non* del pensamiento y la acción feministas»

LAURA FREIXAS ES UNO DE ESOS NOMBRES PROPIOS QUE HA CONTRIBUIDO a dibujar un entramado intelectual sólido y firme sobre el que se soporta el actual horizonte feminista, un horizonte equilibrado por el ejercicio de la palabra y la trascendencia de la acción ligada a la idea. En 2013, publicó *Una vida subterránea* (Errata Naturae), título con el que la catalana iniciara la publicación de sus diarios, al que le siguió *Todos llevan máscara* (Errata Naturae, 2018), punto de partida de esta conversación en la que repasamos algunos puntos clave de este título, su trayectoria o el feminismo contemporáneo.

En el relato oficial el varón ha ignorado nuestra subjetividad. ¿Reside en ello la importancia del diario en la vida de las mujeres creadoras? En efecto, creo que en la cultura dominante la subjetividad de las mujeres ha sido sobre todo un gran espacio en blanco en el que los hombres han proyectado sus fantasías. Recordemos la respuesta que da Freud, medio en broma, a la pregunta que él mismo se hace de «¿Qué quieren las mujeres?: Preguntad a los poetas. No a las mujeres...» Por eso la introspección, la confesión, el monólogo interior, la autobiografía, el diario... de mujeres es tan importante: porque rara vez llega al relato dominante. Para mí los diarios de escritoras han sido y son un inmenso tesoro. En los de Sylvia Plath, Rosa Chacel, Virginia Woolf, Katherine Mansfield, Anaïs Nin, la anónima autora de *Una mujer en Berlín...* encuentro explorada y revelada una intimidad que ha sido muy desconocida.

Publicas esta segunda entrega de tus diarios cuando tu proyección pública es incontestable; segunda entrega impúdica y descarada, en la que desmenuzas tu vida. En ese quitarte la máscara, ¿no temes mostrar toda tu vulnerabilidad en un tiempo en el que parece que no se puede hablar de fracaso, fragilidad y pérdida? Creo que tengo la suerte de estar, y sentirme, muy apoyada, reforzada, protegida, por muchos motivos: mi pertenencia, objetivamente, a una clase privilegiada (podría matizar esto pero dejémoslo así), el haber



73

[Laura Freixas](#)

tenido una excelente educación, el hecho de tener pareja e hijos, el sentirme arropada por una asociación (Clásicas y Modernas) en la que hay mujeres respetadas y poderosas... todo eso me permite mostrar, como tú dices, mi fragilidad, mi vulnerabilidad, sin por ello sentirme en peligro. Además, se trata de un estado que pertenece al pasado, ya que el diario que publico es de hace más de 20 años.

El deseo —su ejercicio, su aprobación, etc.— está muy presente en *Todos llevan máscara* y vinculado a una mirada con perspectiva de género. Aparece en diversos momentos del libro: en relación con un personaje de la novela que, entonces, escribías —*Último domingo en Londres*—; como impulso que el hombre ha aprendido a satisfacer mientras que la mujer reprime, como elemento

de autoanálisis, incluso, aparece Emma, de Madame Bovary,... En otro instante, afirmas «Tengo miedo a mi deseo». ¿Qué es el deseo para la mujer y qué papel desempeña en relación a la satisfacción?

Creo que la subjetividad masculina se construye fomentando, legitimando, el deseo (empezando por el deseo sexual, que es su expresión fundamental, su paradigma) mientras que a las mujeres se nos enseña el miedo (miedo a salir sola de noche, a viajar sola, a ser utilizada y despreciada si muestras tu erotismo, a resultar antipática si te muestras ambiciosa, etc.) y nuestro deseo se reprime y castiga identificándolo con el «egoísmo», porque la mujer sigue siendo vista como un «ser para otros». El psicoanálisis me resultó utilísimo para identificar, y corregir, en mí, ese miedo al deseo.

Uno de los asuntos que más poderosamente reclama la atención de lxs lectorxs es esa fiereza con la que te agarras al trabajo, potencia que, por otro lado, también te daña y hace vulnerable. ¿Cómo te ha condicionado tu género en el escenario cultural que describes en Todos llevan máscara?

Creo que tener una fuerte vocación, en mi caso literaria, es algo muy angustioso, pero también y sobre todo es una gran suerte. Ha dado y da un sentido a mi vida, salvándome de esa especie de maleabilidad, de identidad flotante, de disponibilidad, que es una característica socialmente atribuida a las mujeres que a mí no me gusta nada y que me resultaría muy frustrante. La escritura, y el trabajo en general, ha sido siempre mi timón. Me aplico una frase de Virginia Woolf en su diario: dice que en cuanto deja de trabajar *I sink in my great lake of melancholy*, me hundo en mi gran lago de melancolía; u otra frase, esta de Shakespeare, creo, que ella cita: *the joy is in the doing*, la alegría está en el hacer.

El peso de la amistad en la vida de las mujeres y la diferencia entre la amistad con hombres y mujeres es otro elemento de la poética del diario. Creo que cada vez somos más conscientes de que para echar abajo las murallas del patriarcado y asaltar el corazón del mismo precisamos de la sororidad. Desde luego, la amistad, la colaboración, la alianza, entre mujeres, es fundamental, es una condición *sine qua non* del pensamiento y la acción feministas. (Lo explica y demuestra muy bien Gerda Lerner en ese libro fundamental que es *The creation of the feminist consciousness*.) Por eso Clásicas y Modernas ha sido y es tan importante para mí.

«Las tres cosas que componen mi vida: amor, literatura, y vida profesional.» ¿Cómo conseguiste sacar adelante tu vida en ese tiempo en el que Wendy era una bebé y tú te abrías camino en un mundo de variables masculinas? La respuesta no se puede resumir en una frase: está en las 300 páginas de *Todos llevan máscara...*

¿Qué te ha concedido la maternidad? ¿Y la escritura? Escritura y maternidad me han concedido (o he conquistado a través de ellas) dos versiones de lo mismo: la inmensa satisfacción de crear. De haber creado algo/alguien que vive por sí solo, que te sobrevive. Ambas cosas me transmiten una consoladora sensación de que puedo morir tranquila.

«La amistad, la colaboración, la alianza, entre mujeres, es fundamental, es una condición *sine qua non* del pensamiento y la acción feministas.»

Para cerrar la conversación, como referente del feminismo patrio, ¿de qué temas debe ocuparse el feminismo en la actualidad?

Tenemos muchas batallas en curso, políticas, sociales, económicas..., que son importantísimas, pero creo que no debemos agotarnos en ellas, sino dejarnos tiempo y energías para analizar las representaciones culturales (literatura, cine, publicidad, arte, relatos históricos...), a través de las cuales podemos entender mejor la subjetividad de mujeres y hombres, que es un elemento crucial para explicar el patriarcado, cómo funciona y por qué se perpetúa, y, esperemos, para terminar con él. —

Morir de éxito: el feminismo en la encrucijada

Juana Gallego

Profesora en la Facultad de CC.CC. de la UAB.
Especialista en género y comunicación.

NUNCA SE HABÍA HABLADO TANTO DE feminismo como en el último año. Para bien y para mal. La palabra está en las redes sociales, en los debates de radio y televisión, en las columnas de opinión de periodistas y colaboradores de prensa, en las entrevistas a personajes diversos, hasta en los escenarios de las estrellas musicales, como en la pasada gira de Beyoncé, en una de cuyas canciones aparecía en las pantallas, en letras gigantescas, I AM FEMINIST. Si hasta hace poco las mujeres célebres tenían cierto reparo, e incluso reticencias, a declararse feministas, en los últimos meses no hay una figura pública que declare no serlo. ¿Está el feminismo de moda? ¿Se ha convertido en una tendencia que dejará de estar de actualidad el año que viene? ¿Qué significa en el 2018 ser feminista? ¿Qué está ocurriendo con el feminismo?

Gracias a la invitación de la revista *Paradigma*, voy a intentar hacer una breve reflexión en torno a estas cuestiones, en la seguridad de que no voy a poder responder a todas ellas, pues como dice Judith Butler en su obra *Deshacer el género* (2004) hay momentos —y este es uno de esos— en los que hay más preguntas que respuestas.

Cada generación cree que descubre los diferentes fenómenos por primera vez, y es de entender, pero yo soy de la opinión

de que hay que situar el feminismo actual en un proceso histórico que comienza en el siglo XVIII, con pioneras tan célebres como Mary Wollstonecraft, y su *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792), las sufragistas y las posteriores voces que reclamaban los derechos de las mujeres, que no hicieron más que amplificarse y extenderse por numerosos países. La reclamación del derecho al voto, y los siguientes que le siguieron, propició al mismo tiempo la reflexión intelectual, tan necesaria para dar legitimidad a un movimiento y comprender el problema que lo origina. El hito de *El Segundo Sexo*, de Simone de Beauvoir (1949) primero, y *La mística de la feminidad*, de Betty Friedan (1963) después, analizan teóricamente la subordinación de las mujeres, a las que seguirán una serie de obras que irán completando, desde posturas y ópticas diversas, las bases en las que se fundamenta el feminismo, cuyo objetivo no es otro que reconocer, analizar, comprender y superar la desigualdad existente entre hombres y las mujeres a lo largo de la historia. No reproduzco, por prolija, la larga lista de obras de referencia que han ido jalonando la historia del feminismo desde entonces.

Yo me declaro heredera de este pensamiento, y me defino como una feminista clásica de la segunda (o tercera) ola, según cómo se cuenten las diferentes oleadas de feminismo. Desde los años ochenta, en

que eclosiona el feminismo en España, pero también en otros países, han pasado casi cuarenta años y como es lógico se han producido cambios importantes, tanto legales, como sociales y culturales. El feminismo no podía quedar al margen de estos cambios, por lo que es necesario analizar dónde nos encontramos hoy, cuáles han sido los cambios más importantes que se han producido, cuáles los retos que se deberían afrontar, los debates fundamentales que no se deberían eludir, y la manera de romper los lastres que nos impiden seguir avanzando.

Letargo y vivacidad del feminismo

Una vez recuperada la democracia en España, el feminismo, como la mayor parte de los movimientos sociales, se aletarga: hay que construir muchas cosas, hay que elaborar muchas leyes, hay que ponerse al día. Las instituciones (Institutos de la Mujer y otras entidades) toman el relevo y empiezan a dar respuestas a las demandas sociales que se habían ido planteando: leyes de divorcio, de aborto, derechos laborales, ley contra la violencia, etc. Las mujeres acceden en masa a las universidades, se incorporan al mundo laboral, adquieren los derechos formales de igualdad. El feminismo pierde fuelle en las calles porque las instituciones han tomado el relevo... hasta que empieza a evidenciarse, parafraseando a Tancredi en *El Gatopardo*, que lo que ocurre es «que todo cambia para que todo siga igual». Es decir, pese a la modernización de nuestro marco legislativo, el reconocimiento de derechos y la equiparación entre hombres y mujeres, la desigualdad entre unos y otras sigue intacta, y lo que es peor, al evidente avance de los derechos de las mujeres (al principio apoyado o incluso alentado por muchos varones) sucede una resistencia soterrada o manifiesta que tiene su punto álgido en la actual reacción contra el feminismo que circula sobre todo a través de las redes sociales, pero también en columnas, debates y otros productos mediáticos.

Ha sido la constatación de que los avances legislativos no siempre van acompañados de los cambios sociales necesarios lo que ha hecho emerger la actual vivacidad del feminismo. Cuando las generaciones de mujeres jóvenes (las que tienen entre 20 y 40 años) se han percatado de que siguen teniendo los mismos, parecidos o incluso más problemas que sus madres o abuelas: siguen encargándose mayoritariamente de los trabajos de cuidado, siguen dedicando más tiempo a las tareas domésticas, ganan menos, están más preparadas académicamente pero tienen menos posibilidades de promoción, tener hijos puede significar perder el empleo, o dificultades para encontrarlo, los horarios siguen imposibilitando la conciliación familiar, la pobreza se feminiza en todo el mundo, a la vez que surgen nuevos desafíos, como la gestación subrogada; la industria de la moda y la belleza se sostiene a base de fomentar la insatisfacción femenina, los patrones estéticos impulsan a mantener la juventud a toda costa, la violencia contra las mujeres se intensifica a la vez que, con demasiada frecuencia, se las sigue responsabilizando de su existencia, entre otros muchos temas. En definitiva, la eclosión del feminismo actual es lógica en la medida en que los cambios que se han producido en la sociedad han sido sobre todo debidos a los esfuerzos realizados por las mujeres, no porque las estructuras políticas, sociales o económicas se hayan transformado. Las mujeres tienen la sensación de que cada vez se les pide más, tienen que hacer más pero cada vez obtienen menos.

Nuevos desafíos

A todo esto, en el aspecto teórico, pero también en el práctico, han aparecido nuevos colectivos, nuevos problemas, nuevas interpretaciones. Creo que hay tres grandes ejes temáticos que afectan al feminismo y que habría que discutir.

Por lo que respecta a las elaboraciones teóricas, la más importante es la irrupción

y popularización del concepto *género*, que está obligando a replantear la tradicional división sexual binaria y que sin duda plantea algunos interrogantes sobre cómo articular el feminismo —cuyo tradicional sujeto político son las mujeres— con la aparición de una teoría *queer* que cuestiona el binarismo y cuyos postulados podrían llevar a la desaparición de la noción de *mujer* (también la de *hombre*, en consecuencia), al ser el género una construcción performativa, una repetición de normas impuestas que de la misma manera que se construye, se puede deconstruir, y por tanto *elegir*. Llevado al extremo podría representar que dejaría de haber mujeres y hombres, en una proliferación de géneros e identidades múltiples, individualidades aisladas que colisionaría en principio con la idea de comunidad de intereses que ha dado solidez al movimiento feminista. ¿Siguen siendo las mujeres el sujeto político que debe impulsar la lucha feminista o hay otros sujetos políticos que han tomado el relevo? Y si es así ¿este nuevo sujeto político es representativo de todas las personas que hasta ahora *tenían aspecto femenino* y ocupaban una posición social subordinada precisamente por esta apariencia? ¿Es irrelevante la división sexual entre machos y hembras y su posterior conversión en hombres y mujeres? ¿Volveremos a aquello de que no importa si se es hombre o mujer porque todos somos personas? ¿Será verdad que como defienden las feministas de la diferencia el patriarcado ha desaparecido, y no por casualidad? (1996)

De todas formas, los cambios sociales son mucho más lentos de lo que algunas propuestas utópicas (o distópicas) presagian, y a mi me parece que hasta que los 7.500 millones de seres humanos que poblamos el mundo devengamos los *cyborgs* que vaticinó Donna Haraway (1984), aún faltan unos pocos años, igual que para que se disuelva el binarismo dominante y el mundo se llene de individuos con identidades de género flotantes (ni hombres, ni mujeres, sino todo lo contrario) cada cual según su elección, dependiendo del humor con que nos levantemos.

No hay espacio para profundizar en este tema, pero es sin duda uno de los aspectos que el feminismo debería debatir para clarificar posturas, ya que actualmente se empieza a encontrar con algunos problemas prácticos: ¿en las fiestas, charlas y encuentros entre feministas —que tradicionalmente eran espacios de mujeres— se aceptará a aquellos que se identifiquen como *trans*? ¿Habrán personas de aspecto masculino, otras de aspecto femenino, y otras con aspecto híbrido reunidas bajo la misma lucha? ¿Y cuál es el sujeto político que debe liderarla?

Otro tanto puede decirse del colectivo LGTBQ+, que va sumando letras detrás de las cuales subyacen problemáticas distintas. Claro que todas las personas que forman parte del colectivo tienen más presencia, fuerza y visibilidad juntas, pero ¿comparten objetivos similares? ¿Tienen los mismos intereses? A mi me parece que no, y mantener problemas diversos tras la ristra de letras creo que lo que hace es invisibilizar las *diferentes particularidades* que se ocultan tras ellas. Está muy bien poder hacer una manifestación unitaria el 17 de mayo o el 28 de junio, pero ¿no convendría debatir qué une y qué separa a todas las personas que se identifican con este colectivo tan heterogéneo? Y, por otra parte, si la contradicción principal para el feminismo era la desigualdad y la subordinación de las mujeres ¿cómo se puede articular la lucha feminista con la lucha del colectivo LGTBQ+? ¿Qué tienen en común ambos movimientos y en qué discrepan? Creo que no nos debería dar miedo abordar todas estas cuestiones que parece que están resueltas, pero que distan mucho de estarlo.

78

Feminismo, ¿uno o muchos?

El segundo bloque temático importante es la aparición de nuevas corrientes de feminismo que vienen a hacer más compleja, si cabe, la inicial división entre feminismo de la igualdad y feminismo de la diferencia. Partiendo del concepto

inicial de feminismo, se han ido añadiendo apellidos tales como feminismo decolonial, feminismo islámico, feminismo antiimperialista, feminismo negro, etc. Sería necesario clarificar si nos encontramos ante diferentes interpretaciones del feminismo, o si realmente estos diferentes feminismos proponen teorías excluyentes entre sí. El reparo fundamental que se hace al feminismo inicial es el de ser un feminismo burgués, blanco, exclusivo de mujeres europeas, de clase media y que no reconoce las diferencias culturales y las desigualdades específicas de las mujeres de otros contextos culturales. Nadie tiene la patente del feminismo, eso es indudable, pero en mi opinión, la atomización del feminismo es un error, pues el efecto es el de dividir y debilitar la lucha colectiva, ya que cada grupo puede enzarzarse en discusiones sobre qué feminismo tiene más legitimidad, cuando en mi opinión no hay diferentes feminismos, sino que en cada contexto cultural adopta unas características diferentes para afrontar problemas diferentes. Naturalmente no son los mismos problemas los que tienen las mujeres negras, latinas, musulmanas o asiáticas, pero en todas ellas es común la desigualdad con respecto a los hombres de sus respectivas comunidades, y también entre las mismas mujeres... ¿o es que no hay mujeres negras ricas, latinas o islámicas? ¿No tienen que encarar estos otros feminismos las mismas contradicciones que el feminismo *blanco*? Personalmente creo que tanta legitimidad tiene el feminismo blanco para plantear su lucha como las otras corrientes del feminismo, y que atribuir superioridad moral a unas corrientes en detrimento de otras es laminar la capacidad emancipadora del feminismo en su conjunto. Si proliferan tantas interpretaciones del feminismo, a veces excluyentes entre sí ¿no acabaremos por desactivar su capacidad transformadora al hacerlo irrelevante? ¿Si se atomiza en tantas tendencias no estaremos reduciendo su capacidad para incidir en los cambios políticos que hacen falta para luchar contra la desigualdad? ¿Es necesario que cada tribu luche por su

79

«Es decir, pese a la modernización de nuestro marco legislativo, el reconocimiento de derechos y la equiparación entre hombres y mujeres, la desigualdad entre unos y otras sigue intacta, y lo que es peor, al evidente avance de los derechos de las mujeres (al principio apoyado o incluso alentado por muchos varones) sucede una resistencia soterrada o manifiesta que tiene su punto álgido en la actual reacción contra el feminismo que circula sobre todo a través de las redes sociales, pero también en columnas, debates y otros productos mediáticos.»

cuenta, o que aúnen esfuerzos para conseguir objetivos comunes estableciendo alianzas y pactos para aquellos en que difieran?

Y el tercer bloque temático importante que se debería encarar es la división que en el feminismo ha producido la férrea oleada de neoliberalismo que atravesamos, que ha logrado reducir la mayor parte de los problemas colectivos a *elecciones individuales*. La noción de libre elección puede aplicarse a casi todos los ámbitos de la vida: la maternidad es una elección, la prostitución es otra, dedicarse al trabajo doméstico o al retribuido es otra elección, elegimos compartir el poder o quedarnos en casa, es una elección gestar una criatura para entregarla a otras personas que han decidido procrear por persona interpuesta, y así hasta el infinito. Parece ser que vivimos en una sociedad que nos permite elegir lo que queremos, y por tanto somos responsables de nuestras elecciones. Desde este punto de vista, embarcarse en una patera para cruzar el

«El reparo fundamental que se hace al feminismo inicial es el de ser un feminismo burgués, blanco, exclusivo de mujeres europeas, de clase media y que no reconoce las diferencias culturales y las desigualdades específicas de las mujeres de otros contextos culturales.»

Mediterráneo hacia Europa también es una elección, ya que nadie obliga con una pistola a nadie a emprender tan incierta travesía, pero ¿es una elección? Igual que lo debe ser estar 12 horas en una carretera a la espera de clientes. ¡Qué elección!

Si bien se entiende que esta postura sea el estandarte ideológico del individualismo a ultranza —el sujeto es un ente libre y autónomo capaz de tomar sus propias decisiones— sorprende que parte de la izquierda y dentro de ella un sector del feminismo lo haya adoptado como una actitud progresista y emancipadora, hasta el punto de convertir en conservadoras, puritanas y paternalistas a todas aquellas reacias a aceptar los presupuestos de la libre elección. ¿Si yo me quiero prostituir, quien es nadie para decirme lo que tengo que hacer? Si quiero alquilar mi útero para dar satisfacción al deseo de una pareja que me paga para que incube su criatura, ¿Quién tiene autoridad para que no lo haga? Si quiero ir por la calle con un *burka* como si quiero ir desnuda, ¿por qué tengo que dar explicaciones? Si quiero vender un riñón para comprarme una casa ¿por qué alguien me tiene que autorizar? Si me quiero tirar desde un quinto piso ¿Quién me lo puede impedir? Y así podríamos seguir hasta el infinito convirtiendo el mito de la libre elección en el santo y seña de cualquier decisión, muchas de las cuales lejos de ser *libres* vienen impuestas por los condicionantes de todo tipo a los que estamos sometidos: pobreza, exclusión, desesperación, presión social, ausencia de futuro, etc.

El neoliberalismo, unido al feroz individualismo de nuestras sociedades, al reducir los problemas colectivos a simples *decisiones personales* debilita los esfuerzos de los movimientos sociales, frena las luchas por los derechos humanos tan arduamente conseguidos, dispersa y atomiza los grupos hasta hacerlos irrelevantes, contrarresta la posibilidad de incidir en las instancias de poder, etc. Si todo lo reducimos a un «yo, mi, me conmigo» estamos haciendo un flaco favor a todas las mujeres que antes que nosotras empezaron a reclamar la condición de individuo, y más aún a todas aquellas que en muchas zonas del planeta aún no han conseguido tal reconocimiento. Y en lugar de un Nosotras que el feminismo había logrado construir, todo queda subsumido en un falso pero omnipotente Yo. Reducir los problemas sociales a cuestiones personales que se resuelven con la voluntad individual es la manera más eficaz de desactivarlos, pues entonces no hay que darle una solución colectiva, que por definición es lo que caracteriza a un problema social.

Eso sin entrar a debatir que no todo lo que es *posible* hacer es *deseable* que se haga. Hay que calibrar los bienes deseables que una actividad cualquiera puede aportar a la humanidad y los costos indeseables que implementar tal actividad puede representar.

Soy consciente de que nada de lo dicho anteriormente es original, y que hay muchas aportaciones teóricas y reflexiones de

intelectuales que lo han expresado con mayor rigor y profundidad, cuyas citas no reproduzco porque se me ha pedido un texto de opinión y no un ensayo académico. Pero esta es mi reflexión y las preguntas que formulo desde la humildad y la honestidad. Ni deseo atacar a nadie, ni está escrito contra persona o colectivo alguno por más que defienda una postura discrepante con la aquí expuesta. Me limito a aportar algunos elementos que creo se deberían debatir para que el feminismo internacionalista en el que creo no se estanque y pierda el espíritu crítico y la potencia que lo ha caracterizado desde sus inicios.

Como dijo Simone de Beauvoir, «el feminismo es una forma de vivir individualmente y de luchar colectivamente», y sin renunciar a ninguno hay que aunar ambos factores para que las mujeres de todo el mundo sigan avanzando hasta eliminar por completo la desigualdad que, ingenuas de nosotras, pensábamos que en el siglo XXI ya no iban a tener lugar.

El feminismo parece que está viviendo un momento especialmente dulce, pero a ver si de tanto éxito acaba feneciendo ante la atomización, la dispersión y la indefinición de lo que hasta ahora llamábamos feminismo. Si existen tantos feminismos como mujeres, el resultado final es que quizá no haya ningún feminismo. Quizá muchos se alegren de ello. —

Referencias:

Beauvoir, Simone: *El segundo sexo* (1977) Buenos Aires, Editorial Siglo XX

Butler, Judith: *El género en disputa* (1990) Barcelona, Paidós

Deshacer el género, (2004) Barcelona, Paidós

Friedan, Betty, *La mística de la feminidad* (1965) Barcelona, Ediciones Sagitario

Haraway, Donna, *Ciencia, Cyborgs y mujeres* (1991) Ediciones Cátedra

Sottosopra/Librería Mujeres de Milán, «(Ha ocurrido, y no por casualidad) El fin del patriarcado», Revista El Viejo Topo, número 916 mayo 1996.

Wollstonecraft, Mary, *Vindicación de los derechos de la mujer* (2014) Barcelona, Radom House.

«Las mujeres sin miedo»

Flor de Torres

Fiscal Delegada de Violencia a la Mujer de Andalucía
Fiscal Decana de Málaga

POCOS HOMBRES HAN HABLADO DEL SENTIMIENTO DE LAS MUJERES desde lo más íntimo. Pocos pero maravillosos y únicos. Como el Maestro **Eduardo Galeano** cuando nos refleja la cobardía indescriptible de los actos de Violencia de Genero que esconden los maltratadores.

«Hay criminales que proclaman tan campantes
‘la maté porque era mía’, así no más,
como si fuera cosa de sentido común y justo
de toda justicia y derecho de propiedad privada,
que hace al hombre dueño de la mujer.
Pero ninguno, ninguno, ni el más macho de los
súper machos tiene la valentía de confesar
‘la maté por miedo’, porque al fin y al cabo el miedo
de la mujer a la violencia del hombre es
el espejo del miedo del hombre a la mujer sin miedo.»

Eduardo Galeano, «*La mujer sin miedo*»
(El libro de los abrazos)

82

Un siglo antes, **Stuart Mill**, como precursor en el siglo XIX del movimiento liberador y Sufragista de la Mujer en Gran Bretaña en pleno Siglo XIX, se manifestó como un profundo conocedor de la situación de las víctimas de violencia de Genero que atraviesan procesos Judiciales largos, contradictorios y sometidos a las fluctuaciones de dependencia emocional y psicología a su agente estresor, de su maltratador.

«La mujer es la única persona (...) que, después de probado ante los jueces que ha sido víctima de una injusticia, se queda entregada al injusto, al reo. Por eso las mujeres apenas se atreven, ni aún después de malos tratamientos muy largos y odiosos, a reclamar la acción de las leyes que intentan protegerlas; y si en el colmo de la indignación o cediendo a algún consejo recurren a ellas, no tardan en hacer cuanto sea posible

por ocultar sus miserias, por interceder en favor de su tirano y evitarle el castigo que merece».

- Entre ambos el alma femenina fue acariciada por el Escritor, humanista y economista José Luis Sampedro y nos regaló frases de empoderamiento como esta:
- «Lo que domina a la gente es el miedo, y se trata de que el miedo cambie de bando».

Y es que han faltado en nuestra historia hombres Feministas. Hombres aliados de la lucha contra la desigualdad y la desnudez de derechos que han sufrido y sufrimos las mujeres. Hombres como Eduardo, Stuart y José Luis que unan sus voces a las nuestras reclamando un Derecho fundamental para la mujer como único e inajenable. El más hermoso Derecho fundamental por donde han de transitar todos los demás: El bello y combativo derecho de la igualdad.

Necesitamos Hombres que alcen la voz como lo hace la OMS hablando de Epidemia cuando reseña en su informe sobre violencia de género anual que cuatro de cada 10 asesinatos a mujeres los cometen sus parejas. Que un tercio de las mujeres ha sufrido o sufrirá esta violencia en su vida de pareja. Y que en la misma proporción han sido o serán agredidas sexualmente. Además, tendrán un 1,5% más de posibilidades de adquirir enfermedades de transmisión sexual o VIH y de presentar un aborto si son agredidas en el embarazo por su pareja.

Hombres sin miedo que entiendan que la violencia a la mujer afecta a la mitad de la humanidad, avergüenza a sus Estados, deja en absoluta indefensión a la mujer cuando no está protegida y se desarrolla en todos los países.

Hombres Aliados que sepan que el derecho a la igualdad será siempre relativo mientras no sea real y no comprometa a la integridad de la mujer, porque la igualdad es el eje donde se conectan y tienen sentido los demás derechos.

83

Y hombres Feministas que unan sus voces para difundir la idea de que no hay mayor desigualdad que la que atenta contra la igualdad. Cualquier Estado, cualquier ley, cualquier persona debe dignificar en cada acto que realice a la igualdad para que esta sea real y efectiva. Sin cuestionarla. Y que este es el único camino de la justicia y de la paz social.

Que distinta hubiera sido nuestra historia con aliados necesarios al Feminismo como los hombres. Pero ante ese vacío nos hemos ido empoderando unas a otras. Nos hicimos resilientes. Fuimos transmitiendo el digno derecho de igualdad de madres a hijas. Escuchamos a nuestras referentes y Maestras y nos convertimos en Herederas y Transmisoras de esas Maestras. Mujeres de Mujeres que nos describieron como era el poder de la Mujer. Ellas se convirtieron a su vez en las mujeres que nos hicieron. En ellas están reflejadas las inmensas palabras de Marcela Serrano en «Antigua vida mía» cuya novela es una lucha contra la desigualdad enredada en la violencia de género.

«Que distinta hubiera sido nuestra historia con aliados necesarios al Feminismo como los hombres. Pero ante ese vacío nos hemos ido empoderando unas a otras. Nos hicimos resilientes. Fuimos transmitiendo el digno derecho de igualdad de madres a hijas. Escuchamos a nuestras referentes y Maestras y nos convertimos en Herederas y Transmisoras de esas Maestras.»

«Una mujer es la historia de sus actos y pensamientos, de sus células y neuronas, de sus heridas y entusiasmos, de sus amores y desamores. Una mujer es inevitablemente la historia de su vientre, de las semillas que en él fecundaron, o no lo hicieron, o dejaron de hacerlo, y del momento aquél, el único en que se es diosa. Una mujer es la historia de lo pequeño, lo trivial, lo cotidiano, la suma de lo callado. Una mujer es siempre la historia de muchos hombres. Una mujer es la historia de su pueblo y de su raza. Y es la historia de sus raíces y de su origen, de cada mujer que fue alimentada por la anterior, para que ella naciera: una mujer es la historia de su sangre. Pero también es la historia de una conciencia y de sus luchas interiores. También una mujer es la historia de su utopía.»

Y solo la unión de Violeta y Josefa logra la fuerza de la liberación. Son sus voces las que se agregan a las de «nosotras, las otras» (madres, abuelas, bisabuelas), como testigos de esa la experiencia femenina a través de las generaciones.

Sí. Sus voces y palabras que son regalos constantes. Como los que recibimos de la comprometida y maravillosa escritora **Ángela Becerra**. Mujer premio planeta y creadora del Idealismo Mágico. Una de las más aclamadas escritoras contemporáneas y cuyo firme compromiso contra la violencia de género atraviesa sus libros y su vida. Mujer de Mujeres de cuya bellísima amistad y sabiduría me alimento y me honro. **«Memorias de un sinvergüenza de siete suelas»** es el cauce de su autora para alumbrar la violencia de género que esta ejercida por un *casanova* de nuestro tiempo: un auténtico sinvergüenza de siete suelas. Historia de vidas rotas por el *casanova* y reconstruidas en las voces de Alma y Morgana donde se encierran realidades de mujeres y conquista de sus libertades.

La de Morgana:

«A ver si de una vez por todas me libero, estoy en mi derecho... De tristezas, de odios, de frustraciones, y rabias, del maltrato sufrido... No cuestionarse, no mirar, no dudar, no buscar, no soñar. Obedecer, asentir, saludar, hablar de lo que hablan los demás. Callar. Simple y llanamente hacer lo que se espera de ti, sin saltarse ni una sola regla...»

O la de Alma:

«Mi existencia hubiera podido ser absolutamente diferente si desde el comienzo hubiera podido coger las riendas de mi vida y no se las hubiera dejado a nadie»

Mujeres reflejadas magistralmente en pinceladas literarias como las historias de nuestras madres, abuelas y bisabuelas. Ellas no vieron la luz de la igualdad, ni siquiera tuvieron la oportunidad de cuestionársela tal y como describe **Ángeles Caso** en **Contra el viento:**

«Mi madre llevaba la tristeza encima, igual que la piel, resignada y brillante. Pero yo la veía moverse de un lado para otro, revolver los pucheros, pelar las patatas, planchar cuidadosamente las camisas de mi padre y la ropa de mis hermanos y la mía, y aquella normalidad, aquel latido apaciguado de la vida, la propia melancolía que emanaba de ella, me hacían sentir algo que se parecía mucho a la felicidad. Allí, a su lado, en medio de las cosas comunes y luminosas, estaba a salvo.»

Mujeres reflejadas en la nostalgia de las ventanas hacia donde miran enclaustradas en esas maravillosas fotografías que son las palabras de la Maestra **Carmen Martín Gaité** reveladas en su maravilloso ensayo **De tu ventana a la mía:**

«Nadie puede enjaular los ojos de una mujer que se acerca a una ventana, ni prohibirles que surquen el mundo hasta confines ignotos. En todos los claustros, cocinas, estrados y gabinetes de la literatura universal donde viven mujeres existe una ventana fundamental para la narración ... Basta con eso para que se produzca a veces el prodigio: la mujer que leía una carta o que estaba guisando o hablando con una amiga mira de soslayo hacia los cristales, levanta una persiana o un visillo, y de sus ojos entumecidos empiezan a salir enloquecidos, rumbo al horizonte, pájaros en bandada que ningún ornitólogo podrá clasificar, cazar ningún arquero ni acariciar ningún enamorado y que levantan vuelo hacia el reino inconcreto del que sólo se sabe que está lejos.»

85

Mujeres que nos han hecho ser más mujeres. Nos hicieron lucidas a fuerza de leerlas pero también decididamente irreverentes. De la forma bella y combativa como refleja **Martha Rivera-Garrido** en su Fragmento de «**Los Amantes de Inbox de Papel**»

No te enamores de una mujer que lee, de una mujer que siente demasiado, de una mujer que escribe... No te enamores de una mujer culta, maga, delirante, loca. No te enamores de una mujer que piensa, que sabe lo que sabe y además sabe volar; una mujer segura de sí misma. No te enamores de una mujer que se ríe o llora haciendo el amor, que sabe convertir en espíritu su carne; y mucho menos de una que ame la poesía (esas son las más peligrosas), o que se quede media hora contemplando una pintura y no sepa vivir sin la música. No te enamores de una mujer a la que le interese la política y que sea rebelde y vertigue un inmenso horror por las injusticias. Una a la que le gusten los juegos de fútbol y de pelota y no le guste para nada ver televisión. Ni de una mujer que es bella sin importar las características de su cara y de su cuerpo. No te enamores

de una mujer intensa, lúdica y lúcida e irreverente. No quieras enamorarte de una mujer así. Porque cuando te enamoras de una mujer como esa, se quede ella contigo o no, te ame ella o no, de ella, de una mujer así, JAMÁS se regresa.

Todas ellas y las que nos hemos ido uniendo a nuestras maestras nos señalan el verdadero camino de la igualdad. El de la Mujer sin miedo. La que encierra nuestra historia, la historia de nuestras madres, nuestras abuelas y nuestras bisabuelas. Mujeres grandes y desnudas de derechos. Resignadas, brillantes y supervivientes de la desigualdad. Ellas vivieron enjauladas en los claustros de sus cocinas y fueron a su vez viajeras infatigables por las ventanas de sueños. Aquellos que nadie les pudo prohibir Y gracias a Marcela Serrano, Ángela Becerra, Carmen Martín Gaité o Martha Rivera-Garrido, entre otras, se nos han descrito nuestra propia historia como mujeres en lucha constante por la conquista de nuestros derechos. Y a las que sin duda hombres referentes como Stuart Mill, Eduardo Galeano y José Luis Sampedro han unido su voz por la lucha constante de algo tan íntimo de las mujeres: Nuestra ansiada igualdad. El mejor Tesoro del Feminismo y al que abrimos los brazos para que acudan hombres Feministas que no tienen miedo a las Mujeres sin miedo. —

**«Todas ellas y las que nos
hemos ido uniendo a nuestras
maestras nos señalan el
verdadero camino de la
igualdad. El de la Mujer sin
miedo. La que encierra
nuestra historia, la historia
de nuestras madres, nuestras
abuelas y nuestras bisabuelas.
Mujeres grandes y desnudas
de derechos. Resignadas,
brillantes y supervivientes de
la desigualdad.»**

Ab imo pectore

Manuela Caparrós

Profesora de Filosofía

«El mal no tiene límites pero no es infinito.
Sólo lo infinito limita a lo limitado»

Simone Weil

ES PÚBLICA Y NOTORIA LA ANIMADVERSIÓN que Nietzsche profesaba a los filósofos tradicionales, especialmente hacia la figura de Sócrates, al que acusaba de haber iniciado una tradición que pervertía el pensamiento occidental de raíz y que ha tenido como consecuencia el empobrecimiento de un mundo que podía haber sido rico, cambiante, diverso y auténtico, encerrándolo en conceptos escleróticos, definitivos y, por ende, estáticos y limitados.

Con la «mímica del sepulturero» —afirma el pensador alemán en *El crepúsculo de los ídolos*— los filósofos han enterrado lo real para proclamar como real aquello que no es más que la pura invención de su razón.

Dirán ustedes, y no sin cierta razón, que a qué viene todo esto y qué tiene que ver con la cuestión que nos ocupa. Siempre he huido de las etiquetas, precisamente por lo que de empobrecedor tiene su idea, por la aniquilación automática del cambio —entendido como devenir, crecimiento, paso de potencia a acto, en sentido aristotélico en suma—, de «salirse del tiesto», de disentir o de «romper la disciplina de partido». Me incomoda la posibilidad de «no estar a la altura» y me disgusta la obligación de «tener que estar a la altura»; pero también es cierto que necesitamos definir, conceptualizar, aún a riesgo de mermar, para saber de qué estamos hablando, a qué

causa nos estamos adhiriendo cuando hablamos de feminismo.

Ser feminista no es otra cosa, no tiene para mí otro sentido que el de pensar, sentir, vivir y vindicar la idea de que las mujeres somos personas, —no hay más, así de simple, o de complejo—, y que debemos ser reconocidas como tales de hecho y de derecho.

Puede que esto resulte algo evidente, redundante, obvio, pero no lo es en absoluto. El término «persona» no es sinónimo de individuo, ni de yo, ni de sujeto. La idea es mucho más rica y más amplia que todas las anteriores: proviene del término griego *prósopon*, vocablo que designaba las máscaras que en el teatro utilizaban los actores y que más adelante y por extensión pasó a nombrar al actor mismo —que no a la actriz, puesto que en la época clásica este oficio estaba vetado a las mujeres—; en latín éste derivó hacia el verbo *personare*, que ya implica una acción y que significa «sonar a través de algo», así que el concepto de persona procede del de la máscara que construía el personaje y del sonido que éste profería. Sin representación no hay persona, sin invención, sin espectáculo, sin imaginación y sin voz, la persona queda erradicada. Tanto en latín como en griego el término se transfirió al ámbito filosófico y al teológico, llegando después al jurídico para designar al ser

88

humano en oposición a las cosas y animales. Existe pues en el término «persona» una conciencia de su existencia como ser humano que busca su realización plena. Dicho esto, creo que es evidente que no es una obviedad ni una evidencia que las mujeres sean personas si no se las reconoce como ciudadanas.

Aclarado qué es ser feminista y qué ser persona, cabría pensar que nadie, ante una definición tan simple y tan sencilla, tan clara y tan radical, podrá proclamarse en contra de esta idea, podrá ser no feminista, no al menos en voz alta, pues no queda un resquicio por el que quepa una justificación digna para defender que es legítimo desposeer de sus derechos civiles, políticos, sociales, económicos, culturales y reproductivos a las mujeres. Eso sería deshumanizarla, considerar que efectivamente no es una persona, y negar esos derechos no es sino eso, negar la posibilidad de vivir dignamente, como un ser humano y no como un animal. Pero está claro que el feminismo es necesario, imprescindible, precisamente porque hemos forjado una humanidad basada en la discriminación de un sexo sobre otro, en la desigualdad, que no en la diferencia; de ahí la necesidad de un feminismo con trescientos años de historia al que hay que reconocerle unos logros extraordinarios en favor no sólo de la mujer, de ella fundamentalmente, pero también del hombre, de la vida genuinamente humana, cultivada y construida sobre la ética y no sobre la barbarie.

La primera ola del feminismo pelea para la mujer los derechos civiles y políticos, reconocidos como Derechos Humanos de primera generación, reivindicados en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano tras la Revolución Francesa y en la Carta de Derechos de los Estados Unidos de América, pero que dejaba fuera a la mitad de la población. Adivinen cuál, con toda su Libertad, Igualdad y Fraternidad; suerte que Olimpe de Gouges les enmendó la plana redactando la Declaración de los Derechos de

«Ser feminista no es otra cosa, no tiene para mí otro sentido que el de pensar, sentir, vivir y vindicar la idea de que las mujeres somos personas, —no hay más, así de simple, o de complejo—, y que debemos ser reconocidas como tales de hecho y de derecho.»

la Mujer y la Ciudadana, aunque este atrevimiento le costase subir al patíbulo sin haber logrado subir al estrado. Poco después, el Código de Napoleón —Código Civil Francés, pero que se va a extender por toda Europa— dejó a las mujeres sin derechos civiles y políticos, pero la mecha estaba prendida...

Elisabeth Cady Stanton se encargó de dar forma, poco después, en 1848, a la Declaración de Seneca Falls, en la que 68 mujeres y 32 hombres se enfrentaron a las restricciones políticas y económicas que sufrían las mujeres —blancas y burguesas, eso sí—, exigiendo el reconocimiento de los derechos civiles para las mismas. Esta segunda ola del feminismo consigue entre otros logros, y gracias al movimiento sufragista, el derecho al voto para las mujeres, que irá obteniéndose en distintos países y que aún no ha concluido, a pesar de que en 1948 se proclamara la Declaración Universal de los Derechos Humanos que reconoce, entre otros, el sufragio femenino como un derecho universal.

Los derechos humanos de segunda generación, relacionados con la equidad entre los seres humanos, son fundamentalmente sociales, económicos y culturales en su naturaleza, y comenzaron a ser reconocidos tras la Primera Guerra Mundial en algunos lugares, pero tampoco en todos y para todos. Constituyen una obligación de los Estados y se centran fundamentalmente en mejorar las condiciones de vida de las personas: salud, educación, trabajo digno, integración en la vida cultural... Creo que salta a la

vista la necesidad acuciante de una nueva actuación del feminismo que en esta ocasión ha de centrar sus reivindicaciones en la desigualdad no oficial entre hombres y mujeres, porque convendrán ustedes en que esta mejora de las condiciones de vida y este reconocimiento por parte de algunos Estados de determinados derechos sociales no se aplica de forma ecuánime a hombres y mujeres, entre otras cosas porque va íntimamente ligada a leyes no vinculantes. De poco sirve el reconocimiento de la libertad si no hay liberación.

Esta tercera ola del feminismo tiene como precedente la publicación en 1963 de *La mística de la feminidad* —aunque ya en 1949 Simone de Beauvoir había vuelto a remover conciencias con *El segundo sexo*—, donde Betty Friedan pone nombre al problema que no tiene nombre: las mujeres viven insatisfechas a pesar de los logros conseguidos. Aparece así el feminismo liberal, que describe la situación como una desigualdad, no como una opresión o explotación, y llama a luchar por esa igualdad también en el ámbito de lo privado. La inserción en el mercado laboral sigue distando mucho de ser paritaria, las mujeres se encuentran a años luz de ostentar puestos de poder y, aunque se han logrado derechos, ¿qué pasa en el ámbito de lo privado? Violencia de género, desigualdad en el reparto de tareas, explotación económica... Algo que no estamos viendo está minando los esfuerzos y está dando al traste con el proyecto. Surge también el feminismo radical, el que ahonda en la raíz del problema para intentar resolverlo, y esta raíz no es sino el patriarcado, ese sistema de dominación del hombre sobre la mujer que se produce en todos los ámbitos y que de forma tan sibilina se halla en la entraña misma de la sociedad.

Hemos llevado a cabo movilizaciones con grandes protestas públicas, el trabajo de sensibilización es cada vez mayor, se han creado espacios propios como centros de mujeres maltratadas, centros de defensa personal, centros ginecológicos

que atiendan a la salud de la mujer. Es indudable el trabajo que se ha hecho, podríamos seguir hablando y podíamos eternizarnos haciendo historia del feminismo, aunque ahora toca revisar lo trabajado, analizar los logros pero hacer una autocrítica que verdaderamente sea constructiva.

¿En qué punto estamos? ¿Qué frentes hay abiertos? ¿Podemos dar por concluida y superada alguna tarea? ¿Nos estamos convirtiendo en nuestro peor enemigo, perdiendo el norte en clasificaciones y soslayando lo verdaderamente importante? ¿No estaremos cayendo en la trampa maquiavélica que responde al aforismo «que todo cambie para que todo siga igual»? Quizá sería oportuno echar un vistazo a la historia y recordar que las grandes batallas, así, en general, ganadas por los tiranos, no las ganaron ellos realmente, sino que más bien las perdieron quienes se distrajeron del objetivo real y se enzarzaron en luchas internas por la razón y el liderazgo. Tenemos un feminismo liberal que habla del empoderamiento de la mujer, que busca la igualdad de derechos entre hombre y mujer y que se enfrenta a un feminismo radical que orienta su praxis hacia la ruptura del sistema patriarcal en que vivimos.

Estamos tomando conciencia del error cometido por el feminismo al homogeneizar a la mujer, como si hubiera un solo patrón, como si todas fuésemos iguales a pesar de ser diversas y múltiples las circunstancias y los condicionantes que modelan nuestras vidas y que nos hacen auténticas, como si todas compartiésemos y viviésemos de igual modo nuestra sexualidad, nuestra religiosidad, nuestra identidad nacional, nuestra manera de ser y estar en el mundo en definitiva. Surgen así infinidad de feminismos para corregir este error y dependiendo de las necesidades de cada tipo de mujer nos perdemos en Ecofeminismos, Transfeminismos radicales, Teorías Queer, Feminismos Utópicos, Feminismos Negros y tantos más...

«¿En qué punto estamos? ¿Qué frentes hay abiertos? ¿Podemos dar por concluida y superada alguna tarea? ¿Nos estamos convirtiendo en nuestro peor enemigo, perdiendo el norte en clasificaciones y soslayando lo verdaderamente importante? ¿No estaremos cayendo en la trampa maquiavélica que responde al aforismo «que todo cambie para que todo siga igual»?.»

91

Profesionalizar la ética no es el camino, y el feminismo es una cuestión ética, no podemos olvidarlo. No se trata de abrirse paso a codazos en un mundo que ha sido diseñado sin contar con nosotras y, por lo mismo, tremendamente injusto desde la raíz; no tiene sentido querer a toda costa formar parte de un proyecto que nos excluye precisamente por estar cimentado sobre la desigualdad y con el que no podemos ni debemos identificarnos. Ha llegado el momento de construir un nuevo sistema que esta vez sí integre a todos los seres humanos. El sistema que tenemos es el que es, pero como construcción humana y no natural es mutable, susceptible al cambio; no es la *Physis*, sino el *Nomos*. Y no, no es un deseo cándido, romántico ni ingenuo, con eso no vamos a ningún lugar y es necesario seguir avanzando, es posible. Caminando es como se construye, y de eso se trata. ¿Se han fijado ustedes en que las únicas palabras con sentido propio que no tienen género son los verbos? Aquellas que indican acción: actuar, exigir, formar, conocer, descubrir, acceder,

movilizar, compartir, volar, sentir, legislar, cualificar, mover, discernir, ampliar, crear... La clave es la acción, la acción y el reconocimiento efectivo y real de todos los seres humanos como personas, *ab imo pectore*, desde el fondo del pecho, del corazón, con toda franqueza y verdad. —

La construcción de los discursos sobre las mujeres en el pasado: las aportaciones de la arqueología feminista¹

Marga Sánchez

Arqueóloga y profesora titular del Departamento de Prehistoria y Arqueología en la Universidad de Granada

1 Este texto forma parte de la reflexión que se realizó para el discurso de ingreso de la autora como miembro numerario en la Real Academia de Nobles Artes de Antequera.

MUJERES Y HOMBRES HEMOS MANTENIDO A LO LARGO DE LA HISTORIA relaciones de desigualdad, específicamente, de desigual ejercicio del poder. Para convencernos de que el patriarcado es el mejor de los sistemas posibles se han utilizado distintas estrategias, entre ellas, la articulación del discurso histórico, ese relato que construimos sobre los hechos del pasado. La Historia no ha sido justa con las mujeres, nos ha minimizado y menospreciado, nos ha hecho invisibles, ha primado determinados valores que ha identificado como masculinos y ha utilizado los opuestos para definir a las mujeres. En esos discursos históricos se considera que las mujeres poseemos un escaso control de la tecnología compleja y que solo conocemos e innovamos en una tecnología secundaria; que poseemos capacidades limitadas para el pensamiento abstracto y la creatividad, explicando así la pretendida ausencia de genialidad o excepcionalidad de mujeres artistas, científicas o pensadoras...; que somos un grupo homogéneo con los mismos anhelos y deseos en todas partes del mundo; que tenemos un papel dependiente y pasivo en las formas de organización social, y nuestro cuerpo sólo se entiende bien a través de la reproducción o bien a través de la sexualidad. Durante mucho tiempo, la práctica ontológica y metodológica de la arqueología ha ayudado a mantener determinadas narraciones en las que los procesos históricos están definidos por las luchas políticas, las guerras y resolución violenta de conflictos, la jerarquización social, o el énfasis en determinadas tecnologías, y ha olvidado la importancia de la cotidianidad, de los procesos de mezcla e hibridación, de las tecnologías relacionadas con el mantenimiento de los grupos humanos, de los mecanismos de solidaridad, y por supuesto de todos los grupos que no han detentado el poder, a pesar de que esas estrategias y esas personas suponen el grueso de nuestro pasado.

Como arqueóloga pretendo rebelarme ante esta situación porque entiendo que no existe realmente una práctica científica desprovista de ideología, y que la arqueología es un poderosísimo instrumento de transformación social. Como señala el filósofo Vicent Martínez, la razón principal por la que hacemos ciencia debe ser «la transformación por medios pacíficos del sufrimiento humano» (Martínez 2005). Siguiendo las propuestas de Francisco Muñoz (Muñoz 2001) hemos de emprender un giro epistemológico en nuestra disciplina, la arqueología debe abrirse a otras formas de saber; debe superar las dicotomías hecho-valor, objetividad-subjetividad, razón-sentimientos, femenino-masculino, teoría y práctica y sobre todo, debe superar la falsa noción de neutralidad. No sólo debe pretender el conocimiento de los hechos del pasado, sino contribuir a conocer cómo esos hechos y sus interpretaciones tienen una repercusión real en las vidas de la gente en la actualidad.

En mi caso, ese intento de giro epistemológico se basa en una mirada distinta y un análisis exhaustivo del registro arqueológico desde el feminismo para, no sólo visibilizar a las mujeres, sino reconfigurar la manera de hacer arqueología, reconsiderar el papel que tenemos como profesionales ya sea desde la teoría o desde la práctica. Para ello, desde hace tiempo, desde la arqueología feminista trabajamos con el concepto de actividades de mantenimiento (González y Picazo 2005; Montón y Sánchez Romero 2008). La capacidad de los grupos humanos de perpetuarse a través del tiempo depende en gran parte tanto de la reproducción biológica, como de la práctica de una serie de actividades que facilitan su supervivencia y que se desarrollan dentro del marco de la vida cotidiana. Trabajos que requieren una serie de habilidades técnicas y un cúmulo de experiencias que producirán, como todas las tecnologías, innovaciones y cambios, y que no siempre han sido valoradas. Son los trabajos relativos a las prácticas relacionadas con el reemplazo generacional, incluyen la preparación de alimentos, su almacenamiento, su distribución y su consumo, implican el cuidado de los miembros infantiles de la comunidad y de aquellos individuos incapaces de cuidar de sí mismos, temporal o permanentemente, por razones de edad o enfermedad, implican la atención a las estructuras en las que se vive, en definitiva, se preocupan del bienestar físico y emocional de los grupos humanos.

93

Por simple translación con el pensamiento contemporáneo, estos trabajos han quedado relegados a la marginalidad y tratados como actividades de escasa importancia, apareciendo en la investigación histórica y arqueológica en un segundo plano tanto en su aportación social como económica, y limitados en la mayoría de las ocasiones a un tratamiento descriptivo y cuantitativo. Todo ello a pesar de que la capacidad de los grupos humanos de perpetuarse a través del tiempo depende de que estas actividades se lleven a cabo de manera eficaz y exitosa. Como señala la socióloga M^a Ángeles Durán (2012), hay más de 2000 millones de hogares en el mundo que dan servicio ininterrumpidamente, ningún otro sector productivo les supera en volumen o importancia económica; una actividad que no se considera cuando se habla del producto interior bruto de los países, un trabajo no remunerado pero que en contextos de crisis como los actuales resultan vitales para el sostenimiento de las sociedades.

«Las mujeres, que no han sido observadas como promotoras de cambios sociales o económicos, han sido excluidas del uso de tecnologías, se les ha negado el cúmulo de experiencias, conocimientos y prácticas necesarias para desarrollarlas exitosamente y no han sido observadas como productoras.»

La consideración negativa (o en todo caso la invisibilidad) que la historiografía ha dado a estos espacios y actividades ha terminado por impregnar la significación de quienes han sido las encargadas generalmente de realizarlas, las mujeres, que no han sido observadas como promotoras de cambios sociales o económicos, han sido excluidas del uso de tecnologías, se les ha negado el cúmulo de experiencias, conocimientos y prácticas necesarias para desarrollarlas exitosamente y no han sido observadas como productoras. Construcciones sobre el pasado que tienen su efecto en la contemporaneidad, un ejemplo extraordinario de la capacidad de influencia de este pensamiento patriarcal en la vida de las mujeres lo tenemos en la obra de Louise Bourgeois y su conocida serie *Femme Maison* (Nicoletta, 1992-93). En estas representaciones el torso y la cabeza de las mujeres han sido sustituidos por la imagen de una casa, las cuatro *Femme Maison* han sido interpretadas como un alegato feminista en contra del confinamiento tradicional de las mujeres en el espacio doméstico; pero poseen una carga de ambigüedad que permite otras consideraciones y que ponen de manifiesto la naturaleza ambivalente que ha tenido siempre el espacio doméstico en la historia de las mujeres. Por un lado, se trata del lugar por excelencia de la sociabilidad femenina, punto de partida de una red de saberes de mujeres; por otro lado, es un espacio de reclusión, emblema de la expulsión de las mujeres de los asuntos públicos, imagen de su identificación secular con un papel exclusivamente nutricional y reproductor. Estas mujeres sin cara, no poseen identidad, se expresan a través de la configuración de las casas, casas con puertas y ventanas y casas sin ellas, casas apacibles que denotan aceptación y casas distorsionadas que significan ansiedad.

94

Este asunto, esta contradicción permanente no ha pasado desapercibida para el feminismo. Como señala la economista Cristina Carrasco (2013), el trabajo doméstico es un tema central de debate en el movimiento feminista; y tanto desde la academia como desde el movimiento de mujeres se comienza a recuperar y a dar valor a las experiencias femeninas, a reconocer los valores propios de este trabajo como valores humanos fundamentales. Valores que han permanecido ocultos bajo el peso del mercado en nuestra sociedad capitalista. Estos trabajos de «cuidado» y la identificación de sus aspectos emocionales y relacionales, que tienen que ver directamente con la calidad de vida de las personas y el bienestar humano, plantean cada vez más la necesidad de valorar esta actividad por sí misma, de reconocerla como el trabajo fundamental para que la

vida continúe. Eso sí, no debemos caer en la denominada «mística del cuidado», entendida como el autosacrificio deseado por las mujeres, sino que debemos ejercer una mirada inclusiva que tenga en consideración las distintas actividades necesarias que posibilitan la reproducción social en condiciones aceptables, dignas y reconocidas para toda la población las haga quien las haga, mujeres u hombres.

Frente a este planteamiento, el concepto de actividades de manteniendo trabaja en dos sentidos; el primero, y como en su momento hizo el concepto de género, trata de eliminar la carga de esencialismo biológico con el que han sido calificadas las actividades y espacios domésticos, eliminando su vinculación imperativa con las mujeres; en segundo lugar trata de situar a estas actividades en el lugar que, por su relevancia e impacto social y por su capacidad de explicación de los procesos históricos, merece. Porque no se puede entender el espacio social de las poblaciones sin atender y entender estas prácticas cotidianas; las personas reproducen, negocian o desafían las reglas y las relaciones sociales en esos espacios y lo hacen transformando la materialidad que les rodea. Una materialidad que podemos leer desde la Arqueología.

Solo el pensamiento patriarcal ha hecho que el rol de las mujeres en el desarrollo de múltiples actividades, saberes y conocimientos haya quedado oculto y haya pasado desapercibido en la memoria colectiva. Este hecho ha perjudicado a las mujeres de todos los tiempos, incluidas las actuales, en la consideración que se tiene de nosotras tanto como colectivo, como individualmente; en cómo hemos construido nuestra identidad presente y en cómo se refleja en las maneras que tenemos de contar y difundir la historia. La arqueología, como disciplina científica, tiene un papel esencial en la deconstrucción de estereotipos y en la construcción de nuevas narraciones y en ello debe emplearse. —

Referencias:

- Carrasco, Cristina (2013) *El cuidado como eje vertebrador de una nueva economía*, Cuadernos de Relaciones Laborales 31(1), pp. 39-56.
- Durán, María Ángeles (2012) *El trabajo no remunerado en la economía global*, Bilbao, Fundación BBVA.
- González Marcén, Paloma y Picazo, Marina (2005) *Arqueología de la vida cotidiana*, en *Arqueología y género* (Sánchez Romero, Margarita ed.) Granada, Universidad de Granada, pp. 141-158.
- Martínez, Vicent (2005) *Podemos hacer las paces. Reflexiones éticas tras el 11-S y el 11-M*. Bilbao, Desclée.
- Montón-Subías, Sandra y Sánchez Romero, Margarita (eds) (2008) *Engendering social dynamics. The archaeology of maintenance activities*, Oxford, British Archaeological Report.
- Muñoz Muñoz, Francisco A. (2001) (ed.) *La Paz Imperfecta*. Granada, Universidad de Granada.
- Nicoletta, Julie (1992-93) *Louise Bourgeois' s Femmes Maison*. *Confronting Lacan*, Woman' s art journal, Fall 92/ Winter 93, pp. 21-26.

Reflexiones

María del Mar Castro

Miembro de Fórum de Política Feminista

CIUDADANAS DE PLENO DERECHO, YA VAN tres siglos buscando la igualdad social.

La maestra Amelia Valcárcel, nos señala muy bien las tres olas que ha vivido el feminismo.

La primera Ola, en la que gracias a mujeres como Olympia de Gouges y Mary Wollstonecraft accedimos a la educación. En la segunda Ola, El Sufragio universal conseguido por Las sufragistas como Emmeline Pankhurst, tras una larga lucha, desde siglo XIX hasta el final de la II Guerra Mundial, en pleno siglo XX. Y es en la tercera Ola, donde se acuña el término feminista,

Se habla de la lucha de los derechos humanos de las mujeres, haciendo ya referencia al patriarcado. Se considera a Simone de Beauvoir y a Betty Friedan, las referentes en esta tercera Ola.

Se plantean debates en torno al sexo, entran componentes como la teoría Queer y una visión positiva de la sexualidad, junto con la idea. «De somos muchas y diversas». Los ecofeminismos, también tienen un papel muy importante, pues hay una fuerte preocupación por el mundo que nos acoge.

En ese caminar siempre hacia adelante, entramos en esta ya cuarta Ola. Por la igualdad social real. Pero esta vez de forma muy diferente, la sociedad ha cambiado

radicalmente la forma de interactuar y relacionarse. Con la globalización, este se ha convertido en un movimiento de masas, reivindicando los derechos humanos como los derechos de las mujeres en todos los rincones del mundo.

Invita a reflexionar, debatir y proponer soluciones prácticas y sobre todo medidas legislativas que protejan a las mujeres para poder salvaguardar sus derechos fundamentalmente en todo momento y en todo lugar, erradicando de esta manera las violencias machistas en todas las sociedades.

Mencionar como símbolos la conocida marcha del Tren de la Libertad, por los derechos reproductivos de las mujeres y este 8 de Marzo, que ha dejado claro que es un movimiento Intergeneracional y de carácter global.

Queremos la plena ciudadanía en todos los ámbitos de la vida, el personal, familiar, social y profesional. En lo público y en lo privado. Para eso hay que redefinir lo político y lo ideológico, como ya dijo Kate Millet «Lo Personal es Político».

Todos los partidos políticos deben acuñar el término feminismo e implantarlo de forma transversal en todas sus áreas de actuación, creando leyes todas con perspectiva de género. Somos más de la mitad de la sociedad, por lo que es necesario asumir la conciliación de la vida laboral

«La voluntad es lo que debemos ver en vuestros Gobernantes, es el momento de no retroceder. Lo vamos a conseguir priorizando en lo que todas tenemos en común, que a pesar de nuestras diferentes convicciones ideológicas, nos unamos.»

y personal como la única forma de avanzar en esta nueva estructura social.

La coeducación por supuesto es la clave en los más pequeños y para la formación de los jóvenes con una mirada crítica.

La voluntad es lo que debemos ver en vuestros Gobernantes, es el momento de no retroceder. Lo vamos a conseguir priorizando en lo que todas tenemos en común, que a pesar de nuestras diferentes convicciones ideológicas, nos unamos. Hay obstáculos pero ya encontraremos la manera de salvarlos. La agenda de mínimos será el primer paso. Empezamos a visualizar una sociedad feminista en la que ponemos a las personas en el centro de la vida.

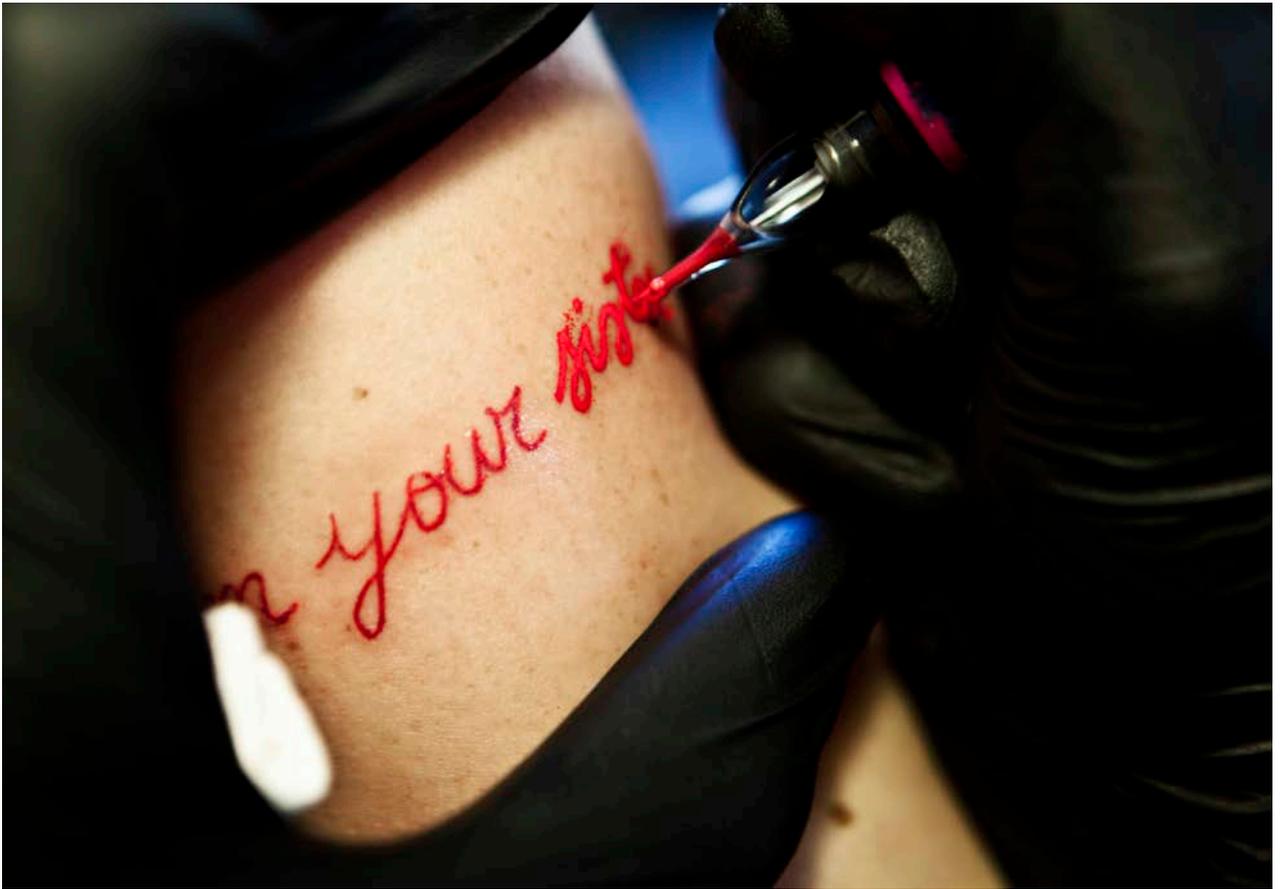
97

Estamos viviendo un momento realmente importante y nuestra clase política lo sabe. —

I am a woman
Verónica Ruth Frías











El tren de la Libertad. El Algoritmo. Crear nuevos relatos. Margarita Borja

Dramaturga, escritora y directora de escena.

LA DRAMATURGA ESPAÑOLA MARÍA LEJÁRRAGA, EN 1917, PENÚLTIMO año de la Gran Guerra cuyo centenario acaba de conmemorarse en medio de nuevas amenazas nacionalistas, xenófobas, homófobas y racistas, quiso saber qué opinaban del feminismo en nuestro católico país determinados hombres y mujeres de influyente voz en la cultura y en la política.

Para conseguirlo elaboró un cuestionario cuyas respuestas individuales recogió en su libro *Feminismo, Feminidad y Españolismo*¹, al que añadió un lúcido artículo, traducido del inglés por ella misma, en el que el escritor de HG Wells² reconocía que «la guerra había establecido con rapidez de derrumbamiento un estado de cosas para las cuales estaba ya maduro el mundo», aventurando además una opinión crítica y auto-crítica de la que cito voy como marco histórico desde el que reflexionar en perspectiva. Dice así:

«Antes de la guerra el movimiento feminista, tejido de múltiples movimientos diversos, parecía concentrarse en derredor del voto, pero no era posible saber a ciencia cierta qué le reclamaban las mujeres (...) lo esencial que no podía pasar inadvertido era el tremendo alarde de energía femenina. Lo que no todo el mundo supo ver porque no estaba tan en la superficie fue el tremendo desenvolvimiento del sentido de solidaridad entre ellas. Todas se habían unido, damas con título, criadas de servir, mujeres de comerciantes, trabajadoras profesionales, trabajaban de acuerdo por una causa común con capacidad sin precedentes y con desprecio de toda barrera social, también sin precedentes. No todo el mundo se dio cuenta del modo con que las mujeres se estaban acostumbrando a ideales de acción mucho más altos. (...) no

104

- 1 *Feminismo, Feminidad y Españolismo*, libro de autoría acreditada de la dramaturga MARÍA LEJÁRRAGA, Editorial Renacimiento, Madrid 1917, que como gran parte de la producción literaria y ensayística de esta autora fue firmado por GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA.
- 2 El artículo de HG WELLS fue escrito para una de las revista de mujeres feministas en Londres.

comprendimos que una generación entera de mujeres se estaba capacitando para el voto».

La libertad a la libre decisión, un ideal más alto

Durante el gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero se promulgó en 2010 la *Ley de Salud Sexual y Reproductiva y de Interrupción Voluntaria del Embarazo*. Cuatro años más tarde, sucesivas encuestas reflejaron, de amplio reconocimiento social obtenido por la norma. Gracias a la batería de presupuestos y medidas de que acompañaron su aplicación, la disminución de abortos cambió la tendencia.

Cocida a fuego lento en un tiempo de consultas exhaustivas en el que fueron escuchadas voces múltiples de organizaciones feministas y de individualidades y grupos profesionales de la salud y el bienestar social, la abogacía, la educación, la cultura, el texto del anteproyecto, sometido al consenso parlamentario y apoyado por el PSOE e IU, partió del estudio de fallos de otras leyes vigentes en Europa, entre los, destacaba como inconveniente severo la obligatoriedad de someter a las jóvenes que deseaban abortar a las decisiones materna y paterna, presuponiendo de manera ingenua relaciones familiares armoniosas o benignas y sin prever los conflictos insolubles que pueden derivarse de los autoritarismos familiares.

Cuatro años más tarde, Les Comadres de Gijón y de Barredos reunidas en su habitual tertulia³ estallaron indignadas al conocer sorpresivamente, en tiempo real por el telediario, el inmediato propósito del entonces ministro Alberto Ruiz Gallardón de derogar la ley vigente para sustituirla por otra que llegaría a las Cortes inspirada en la elaborada años atrás por «su» papá: una grosera manera de entender lo personal como político, aferrándose a criterios patriarcales ya contestados e ineficaces. Pero en aquel bar, un coro de gentes diversas también increparon al hablante en la pantalla en espontáneo unísono. Para las sagaces Comadres, el hecho de que otros se soliviantaran como ellas fue un indicio significativo. Por local y pequeño que fuere, aquel hecho podía ejemplificar que una masa crítica de hombres y mujeres manifestaba su acuerdo con la ley de 2010.

105

El origen asociativo de Les Comadres había sido unir fuerzas para apoyar el aborto libre y gratuito, dado que en su entorno existían casos graves. Y este despropósito no lo iban a tolerar. Sin pensarlo dos veces, las allí reunidas decidieron hacer un llamamiento a la movilización, que por iniciativa de la florista Begoña Piñero tomó de inmediato el nombre de Tren de la Libertad⁴. Parar a Gallardón sin perder un instante era el objetivo. Saquemos 100 billetes de tren a Madrid, acordaron. La única joven entre ellas se ofreció a resolver el trámite, y ya puesta, subió la compra a 150. En menos de una semana se multiplicó la venta de billetes y se añadieron vagones en todas las estaciones españolas.

3 Del relato transmitido por BEGOÑA PIÑERO y MARICUSA durante el XXIII Curso de Formación Feminista IAM, el 12 de noviembre 2018 en el Centro Carmen de Burgos de Baeza.

4 www.eltrendelalibertad.com

«El origen asociativo de Les Comadres había sido unir fuerzas para apoyar el aborto libre y gratuito, dado que en su entorno existían casos graves. Y este despropósito no lo iban a tolerar. Sin pensarlo dos veces, las allí reunidas decidieron hacer un llamamiento a la movilización, que por iniciativa de la florista Begoña Piñero tomó de inmediato el nombre de Tren de la Libertad.»

El 1 de febrero de 2014 largos y abarrotados convoyes de distintas procedencias llegaron a la estación de Atocha desde primeras horas de la mañana hasta la hora prevista para la salida del inicio de la marcha hacia el Congreso. Autobuses y coches particulares también enfilaron dibujaron colas en las carreteras. Supimos que el maquinista del primer tren sumó a la festividad en los andenes de Oviedo el olvidado y cinematográfico silbato del tren.

El Foro Feminista de Madrid, la Plataforma Estatal por el Derecho a Decidir algunos sindicatos y otras plataformas y coordinadoras españolas de las convocatorias del 8 de marzo y del 25 de noviembre que aglutinan a numerosas asociaciones, incluidas las estudiantiles, y que se interconectan a otras en Europa e Iberoamérica, habían respondieron con entrenada solvencia al llamamiento.

En la Revolución Francesa fueron las lavanderas, ramilleteras y modistillas de París las que decidieron marchar a pie hasta Versalles. La insoportable carestía y los abusos del poder real motivaron entonces su grito: «¡Queremos pan y al Rey!»... «Y consiguieron llevarse al Rey y a la Reina, pero no el pan»⁵. Al siguiente día un desbordado Alcalde de París, tildando de escandalosa la obra de Olimpia de Gouges, recién estrenada, ordenaba bajar de cartel en la Comédie Française *Zamor y Mirza o la esclavitud de los negros*. La autora había situaba en el punto de mira, ante un auditorio aristocrático, el floreciente y tapado comercio de esclavos de las colonias. A renglón seguido, calló la Bastilla.

La creatividad transgresora también se avivó en el Tren. Además de banderolas e ingeniosas pancartas, consignas, dibujos humorísticos y colorido alarde sobre el dominante violeta, vimos desfilar montajes teatralizados de raperas, teatreras, tamborileras y universitarias de distintas ciudades, agrupadas como guerrilla de protesta urbana. Las voces del Coro de mujeres de Sol sonaron frente al Ministerio de Sanidad después de la lectura pública del manifiesto *Yo Decido*. Y pulularon marionetas a nuestro alrededor, entre ellas un desgajado muñeco de considerable tamaño, semejante a Gallardón, que corría despavorido en

5 *Olimpia de Gouges o la pasión de existir*, obra escénica de M. Borja, D. Raznovich. Monólogo de La Revolucionaria: pp 101 a 105. Ed. Margarita Borja, Col-lecció Sendes UJI, Castellón 2011

volandas sobre un mar de cabezas de hombres y mujeres de toda edad.

Con tintes satíricos como en la Revolución Francesa, por vez primera en nuestro país la protesta feminista derribó a un ministro de un partido, el Popular, que ya había fracasado en su primer intento de prohibir la libertad de decisión de las jóvenes sobre su cuerpo y su futuro. La arrogancia de clase tal vez llevara a Gallardón a creer que su anclaje a la decadente jerarquía ultracatólica iba a servirle de escudo mágico. Pero el arzobispo de Madrid Rouco Varela iba a llevarse lo suyo. Al salir de su coche, cerca de la Iglesia de la calle Palma⁶ no tuvo otro remedio que inclinar la cerviz, tiara episcopal incluida, cuando cinco irreverentes Femen le gritaron «Toño, quita las manos de mi coño» al tiempo que lanzaban al aire livianas bragas manchadas de rojo. Un acto tan político, documental y estético, como los fusilamientos del 2 de mayo de Goya, de carácter dramático, que no trágico.

Ignoro por qué proyección del propio deseo, aquel día en Madrid imaginé que estábamos aportando imágenes inéditas a la casilla vacía del célebre algoritmo filosófico de Amelia Valcárcel⁷; el que Celia Amorós consideró «...ingenioso y sugerente (porque en su composición) se contrastaba la desigual explotación histórica de las posibilidades combinatorias de la matriz ilustrada»⁸.

El derecho a la libre opinión heredado del liberalismo, ayuda a desarrollar el inmenso infundio patriarcal, deshumanizador de la condición femenina, que el pensamiento feminista ha sacado a la luz estudiando paso a paso el escalofriante repertorio de conceptos, pactos y prácticas de esclavización, basados en la supuesta inferioridad mental y moral como algo intrínseco al sexo femenino. Clara Campoamor, recordemos, para conseguir el voto hubo de neutralizar propuestas como la del diputado que solicitaba el voto pasivo: el derecho a ser elegidas y no electoras, y la de otro que cacareó sin sonrojo que no se podía dar el voto a las mujeres hasta pasada la edad del climaterio⁹.

A la salida del registro del Congreso, el pequeño grupo de representantes de organizaciones y sindicatos que estuvimos con Begoña Piñero en la entrega del manifiesto *Yo Decido*¹⁰, asomábamos por el tramo alto de la Carrera de San Jerónimo, desalojado por la policía, cuando estallaron desde Neptuno olas de vítores. El resto de la cuesta abajo la recorrimos con los brazos entrecruzados por delante, como en la famosa imagen de las cráteras griegas. Estábamos viviendo una experiencia inédita de apoyo social a la causa feminista. Se alumbraba la Cuarta Ola, que en la impresionante manifestación mundial del 8 de marzo de 2018 acaba de mostrar su músculo organizativo y su potente determinación política.

6 <https://somosmalasana.elperiodico.com>

7 AMELIA VALCÁRCCEL, “Del miedo a la igualdad” *La Balsa de la Medusa*, p. 5-6, Madrid 1988

8 CELIA AMORÓS. *Tiempo de Feminismo* p. 137. Col. Feminismos. Ed. Cátedra. Madrid 1997

9 *El Debate sobre el voto femenino en la Constitución de 1931*. Publicaciones del Congreso de los Diputados, 2001.

10 Acudí en representación de *Clásicas y Modernas*

Decidir sobre el propio cuerpo y la propia vida ya no es una cuestión fácilmente reversible y el movimiento MeToo, a cuyo frente se alzan mujeres influyentes y adineradas, ha contribuido significativamente a ello¹¹. Importa además que se reconozca como valor la civilidad enérgica y satírica, pero desarmada, de las mayorías feministas que reclaman un mundo más inclusivo, bases educativas más democráticas y un reparto de las oportunidades y los bienes equitativo y justo. Pedimos un modelo no hegemónico sino cooperativo en todo tipo de relaciones y formas de convivir.

Sin duda, el nuevo paradigma viene construyéndose por transformación y de manera progresiva desde hace más de tres siglos afianzando un pie en el suelo con la fuerza del derecho a la libre opinión y decisión, y dibujando con el otro paisajes de la igualdad que marcan pauta en el sentido kantiano de la vida buena.

El ideal de crear relatos y lenguajes artísticos, en igualdad de oportunidades

El orden simbólico y cultural heredado está construido sobre relatos sesgados de gran distorsión estereotipada, ya cuestionados, cuyo proceso de revisión y reescritura creativa ha de ser atendido y protegido.

Por fijarme en un indicador de cambio, diré que descubrir libros destinados a la infancia y a la adolescencia de cuidada ilustración y relato supone comprobar que la orientación feminista avanza y tiene acogida editorial y lectora. Sin embargo los materiales que estudian en escuelas e institutos nuestras nieta.o.s, restringen espacio, con injustificable demora, a las contribuciones femeninas en la historia y en la contemporaneidad. Así lo demuestran una y otra vez nuestras compañeras en Clásicas y Modernas¹² Ana López Navajas y Victoria Cansinos Robles. El deslumbrante legado femenino, hoy disponible, ha de ser asumido de una vez por todas como «*Herencia Cultural*» común, y a resultas de la suma de *Matrimonio+Patrimonio*: una razonada apuesta de uso terminológico ideada por el Movimiento HF¹³ en Francia, y apoyada por nuestra asociación.

En CyM hicimos asimismo nuestro en 2014 el proyecto de HF Temporadas *Igualdad Hombres y Mujeres en las Artes Escénicas*, definido como colaboración civil con quienes dirigen y administran estructuras públicas de producción, difusión y comunicación de artes escénicas y han de cumplir con el art. 26 de la Ley de Igualdad 03/2007. La experiencia de aplicación de la hoja de ruta que proponemos para el acceso de las generaciones actuales de directoras de teatro y música, autoras, compositoras, coreógrafas, técnicas, gestoras... etc. se regula mediante un sistema paritario cuyo tope mínimo de contribuciones de un sexo es del 40% y el máximo del 60%, dejando una franja variable del 20%. Los esperanzadores resultados obtenidos dan la razón al diputado de la II República Luis de

108

11 En nuestro país lidera MeToo la activa Liga de Mujeres Profesional en el Teatro LMPTE.

12 www.clasicasymodernas.com (confundada en 2009 para impulsar el cumplimiento de la Ley de Igualdad)

13 Mouvement HF pour l'égalité dans les arts et la culture.

Zulueta en su respuesta al cuestionario elaborado por María Lejárraga¹⁴, «el mayor enemigo del feminismo es la inercia». A día de hoy, tenemos constancia de que la inclusión de autorías femeninas ha cambiado «inercias sesgadas» de programación y aumenta la afluencia de público de manera sobresaliente, también en teatros privados. El público descubre más diversidad de miradas y otros modos de ver, nombrar y personificar relatos en las composiciones artísticas de las mujeres, porque añaden espejos desde su pensamiento y experiencia a la sociedad de nuestro tiempo. Las Temporadas involucran ya a más de 60 espacios teatrales, 16 festivales, una feria de Teatro, y compromisos por la totalidad de programación anual de alcaldías, consejerías de cultura y diputaciones en Galicia, Andalucía, Cantabria, Extremadura y Comunidad Valenciana. Organizamos además encuentros y talleres en los Festivales de Sagunto a Escena en Valencia y en el Festival internacional de Teatro Clásico de Mérida. Y el próximo 26 de noviembre presentaremos en Valencia el proyecto *Bibliotecas en Igualdad*, complementario a la celebración puntual de *El día de las escritoras*¹⁵ de octubre, que nace con el mismo criterio de acción continuada de Temporadas para promover la lectura y la integración normalizada de libros escritos por mujeres.

Interrogantes del futuro. El Big Data

Neoliberalismo sexual. El mito de la libre elección de Ana de Miguel, *La prostitución en el corazón del capitalismo* de Rosa Cobo Bedia, y otros libros recientes analizan la pujante depredación de mafias del negocio de trata que maneja capitales mundiales sin control y alientan la sórdida violencia sexual de los prostituidores. La noticia de que en Suecia, a fuerza de educación adecuada, hayan conseguido que los jóvenes repudien el uso de la prostitución como rito de iniciación sexual, es sin duda una luz en el horizonte, un modelo. Pero el resurgir de líderes violentos a la cabeza de países de gran influencia como EE.UU., Rusia o Brasil y la opacidad del Big Data que la doctora en matemáticas Cathy O’Neil denuncia porque «aumenta la desigualdad y amenaza la democracia»¹⁶, es causa de desasosiego. Los gobiernos e instituciones carecen todavía de normas y de experiencia reguladora sobre este particular... ¿o de voluntad reguladora...? Pero ante tantas incertidumbres, me sirve saber que hay más feministas en los gobiernos y las instituciones, o que Yuval Noah Harari haya reconocido que el patriarcado está en descomposición, y rescate como valores estables de los siglos XX y XXI a los movimientos por los derechos humanos, feminista y ecologista. La sociedad se mueve siempre a distintas velocidades, espero que no perdamos la nuestra, ni el sentido de cooperación pausada y dispuesta al intercambio que nos ha distinguido. Por el camino hemos ganado complicidad intergeneracional, amistades y saberes. Una esperanzadora tendencia. —

109

14 Ver nota al pie nº 1 en la página de comienzo de este artículo.

15 Promovido en 2016 por FDEPE (federación de empresarias) y asumido por la Biblioteca Nacional y Clásicas y Modernas, que se celebra a mediados de octubre.

16 Art. de Ana Torres Menárquez “*Los privilegiados son analizados por personas, las masas por máquinas*” El País 21 nov 2018

Hasta que alcancemos la igualdad real

María Gámez

Subdelegada del Gobierno central en Málaga

SE HA ESCRITO BASTANTE SOBRE CÓMO la política nacional e internacional se ha visto últimamente marcada, afortunadamente y por fin, por temas relacionados con la igualdad de la mujer y el feminismo. Unas veces en sentido positivo, destacando medidas gubernamentales o propuestas políticas para avanzar en la igualdad de género; otras, denunciando casos flagrantes de machismo.

Esto significa que la igualdad de género se ha metido de lleno en la agenda política. En España, desde luego, la eclosión definitiva se ha producido con la llegada de Pedro Sánchez a la Presidencia del Gobierno y el nombramiento de más ministras que ministros, una fotografía pionera que no es una simple imagen o puesta en escena, sino toda una declaración de intenciones porque la senda del Ejecutivo ha estado marcada desde el principio por un buen puñado de medidas y propuestas de gobierno netamente feministas que llegan hasta hoy. Nunca en la historia de nuestro país se han tomado tantas medidas, en tan poco tiempo, con referencia e impacto directo en la igualdad de la mujer.

Desde hace meses, la cuestión de género es uno de los principales focos de interés. Y será así hasta que alcancemos la igualdad real. Las portadas de los periódicos en papel y digitales están copadas por el caso repugnante de la violación

grupal en San Fermín y la indignación por la incomprensible sentencia de «La Manada»; por el hecho de que por primera vez se convoque una «huelga de mujeres», un parón que secundaron cientos de miles de mujeres de este país y de todo el planeta echándose a la calle; y por debates relevantes como el de la diferencia salarial entre hombres y mujeres, las enfermedades profesionales de oficios netamente femeninos, como el de las *kellys*, los vientres de alquiler o el proxenetismo. Hasta el deporte femenino, con éxitos rotundos, empieza a ser más visible y tiene un espacio que los medios de comunicación hasta ahora le negaban. Como botón de muestra, la propuesta de si los productos de higiene femenina deben gravarse al tipo más bajo de IVA, presentada ya en 2002 por la diputada socialista por Málaga, Carmen Olmedo, vuelve a la palestra 16 años más tarde, tras el anuncio del Gobierno comprometiéndose a ello. La igualdad de la mujer no se ha conseguido, pero hablar de ello y de ellas, de nosotras, sí. Esperemos que no sea solo una moda pasajera.

Pero de lo que se habla menos, en el ámbito nacional e internacional, es de si las mujeres y hombres dedicados a la política, en cualquier nivel y, especialmente, en los partidos que más propugnan medidas de igualdad de género, han ejercido el feminismo en primera persona, es decir, si hemos predicado con el ejemplo. Me

he planteado esto muchas veces, porque la mujer del César (ya estamos, de nuevo, con ejemplos con roles de mujeres definidas por su posición respecto al hombre...) no sólo ha de serlo, sino parecerlo. Me refiero a que si las actitudes en política han sido visiblemente coherentes con los ideales feministas que se defienden desde los partidos más comprometidos con la igualdad.

Me vienen a la cabeza varias preguntas. Por ejemplo, si los hombres y mujeres feministas hemos adoptado un discurso propio o, por el contrario, hemos copiado un discurso y un tono masculinos. También me cuestiono si hemos ejercido la política con nuestros ritmos, horarios y con la conciliación que defendemos; si ante la maternidad y el reparto de responsabilidades familiares, hemos demostrado que las mujeres (y los hombres) hemos cambiado los esquemas o, en cambio, hemos copiado los que había, que eran, claramente, roles masculinos.

Son especialmente significativos los distintos comportamientos relativos a la conciliación familiar ante la maternidad o la paternidad y los permisos previstos para ello. Me voy a detener en esto porque es reflejo, a mi juicio, de esa posible contradicción entre discurso y postura personal. Y en este sentido, por desgracia, muy pocos de los políticos defensores de la conciliación han predicado con el ejemplo. Sin ir más lejos, yo misma me incorporé a un debate sobre el Estado de la Ciudad cuando era portavoz municipal del Grupo Socialista en el Ayuntamiento de Málaga apenas un mes después del nacimiento de mi hijo. No pocas mujeres políticas, en el afán de demostrar que la maternidad no es una enfermedad y para no perder el paso o la oportunidad, o incluso por no parecer que somos menos trabajadoras o responsables que los hombres, cometemos lo que hoy considero que es un error, soslayando derechos que nos corresponden y, en definitiva, dando un mal ejemplo respecto a lo que reclamamos para otras mujeres.

Por esa misma fecha a la que he aludido anteriormente, Soraya Sáenz de Santamaría, como vicepresidenta del Gobierno, decidió renunciar a las seis semanas de baja obligatoria, incorporándose al trabajo a los diez días de haber dado a luz a su primer hijo. Más recientemente, la alcaldesa de Barcelona, Ada Colau, adoptó otra posición, porque aunque asistió a algunos actos durante su baja, agotó las 16 semanas de permiso por maternidad. A medio camino están los ejemplos de Carmen Chacón o Susana Díaz, como ministra y presidenta andaluza, respectivamente, quienes tomaron solo las seis semanas obligatorias y cedieron el resto del descanso a sus parejas.

Más insólito aún es el caso de hombres políticos que se han beneficiado del permiso de paternidad para que sus compañeras pudieran incorporarse antes al trabajo. El alcalde de la localidad valenciana de Paterna, el socialista Juan Antonio Sagredo, lo hizo y por tan extraño comportamiento, fue objeto de noticia y protagonizó varios titulares. Lo justificó en que su pareja, abogada por cuenta propia, no podía disfrutar del permiso en las mismas condiciones de un asalariado y que él lo hacía por eso y por convicción. Como él mismo dijo, y no puedo estar más de acuerdo, los representantes públicos debemos «dar ejemplo» y ponernos al frente de esta lucha.

Una cosa distinta son los símbolos. Me refiero a llevar a los hijos de corta edad a las reuniones de trabajo o a las sedes parlamentarias e institucionales. En esto hemos encontrado algunos ejemplos que, al producirse solo como reclamo o con la intención de llamar la atención y acaparar los focos, tampoco han conseguido el efecto de normalizar la presencia de los bebés en estos espacios, más cuando mantienen lactancia materna. Fueron los casos de Carolina Bescansa, diputada en el Congreso de los Diputados que acudió a la sesión constitutiva de la Cámara Baja con su bebé; o el ocurrido hace pocas semanas, cuando por primera vez en la historia, un bebé entró en la sede de la

ONU en brazos de su madre, la presidenta del Gobierno de Nueva Zelanda. Son símbolos que pueden sumar, pero no transforman la realidad.

Quedan otros muchos aspectos que hay que analizar en el ejercicio personal de la política para evitar disonancias o incongruencias entre quienes defendemos la igualdad entre hombres y mujeres, empezando por el uso del lenguaje y terminando por el abandono de estereotipos masculinos en la vida pública que cuesta mucho dejar atrás. En esta batalla contamos, como dije al principio, con una corriente muy favorable en el escenario nacional e internacional (desde el *MeToo* al 8M y el resto de movilizaciones feministas), pero también con un preocupante resurgimiento del machismo feroz y sin tapujos que propugna, a un lado y otro del Atlántico y dentro de nuestro país, la involución en las posturas retrógradas en la libertad sexual y reproductiva, o con la negación y desprotección ante las víctimas de abusos sexuales.

Por eso conviene que a los hombres y mujeres que tenemos claro que la igualdad es incuestionable no nos pillen nunca en ningún renuncio. Somos el espejo en el que muchas y muchos se van a mirar. Como dice en su «Moranifesto» Caitlin Moran, periodista británica y simpatizante del Partido de Igualdad de las Mujeres, «hay una necesidad de que todos nos impliquemos socialmente y aportemos nuestro grano de arena en favor del género femenino para vivir en

un mundo más humano. Es un llamamiento a la responsabilidad social de los pequeños gestos para que la sociedad avance». Yo diría más. Quienes nos dedicamos a la política y creemos en ello, seamos hombres o mujeres, tenemos que aportar pequeños y grandes gestos. En lo público, por obvias razones; en lo privado, como ejemplo, puesto que somos el espejo en el que muchas y muchos se van a mirar. —

«La igualdad de género se ha metido de lleno en la agenda política. Nunca en la historia de nuestro país se han tomado tantas medidas, en tan poco tiempo, con referencia e impacto directo en la igualdad de la mujer.»

Por una desobediencia lectora

Noelia Pena

Escritora

«La tarea más difícil es decir nosotras.
Tañer en mi cuerpo la voz de las
mujeres que no soy.»

El agua que falta, 2014

La lectora resistente

PENSAR EL PASADO PARA PODER RESISTIR EN EL PRESENTE. ESA ES LA clave. Porque la historia no comienza en una misma, no es necesario pensarlo todo como si fuera la primera vez. Se impone que recordemos las luchas previas. Al hacerlo abrimos una distancia desde la cual podemos pensarnos a nosotras mismas y desde la cual hacemos pensable la experiencia de un «nosotras».

Una de las formas privilegiadas de relacionarnos con el pasado es a través de la lectura. Leer, leer, leer sigue siendo la consigna. Aprender a leer fue una de las primeras pruebas, cuya superación nos hizo ingresar en ese gran sistema de representación que es la cultura. Saber leer como carta de naturaleza. Pero leer es una operación compleja, un proceso mental dialógico en el que intervienen diversos estratos que involucran no únicamente lo textual sino lo autobiográfico, lo ideológico y lo meta-literario¹. El acto y la experiencia de la lectura no son inocuos. Desde que aprendemos a leer en nuestra infancia nos acompañan ciertas suposiciones que nos apretarán –sin llegar nunca a ahogarnos– durante el resto de nuestra biografía lectora. Y, llegado el momento, sobre la operación de leer planeará la sospecha de la existencia de un sesgo en los patrones de lectura, sospecha que conllevará un cuestionamiento de las propuestas de significado y los horizontes de expectativas que los textos nos ofrecen.

Si concebimos, como Constantino Bértolo, la literatura como el sistema de creación de imaginarios colectivos e individuales, que recoge y reproduce la mirada y las expectativas con que en cada momento histórico una sociedad se enfrenta al futuro, vemos claro que no podemos pasar por alto el papel que la mujer ha desempeñado tradicionalmente en

1 Se acepta aquí la diferenciación de los estratos que Constantino Bértolo distingue en el capítulo «La operación de leer» en su ensayo *La cena de los notables*, Ed. Periférica, 2008. Véanse p. 53 y ss.

«Como mujeres lectoras se nos ha sustraído el poder derivado de la experiencia de vernos como «sujeto» de la literatura y las pocas veces que sí hemos tenido espacio hemos sido interpretadas desde el punto de vista del hombre.»

ella. A este respecto, la crítica literaria feminista sigue llamándonos la atención sobre cómo el canon literario se ha constituido sobre la predominancia del poder masculino y la ausencia de la voz de las mujeres. Sabemos bien que el papel de la mujer ha sido infravalorado, cuando no ignorado. No en vano, en la sociedad patriarcal en que vivimos han sido los hombres quienes tradicionalmente han tenido el poder de definir y nombrar.

El canon no solo está escrito «por» hombres sino «para» hombres. Sin demasiado esfuerzo nos damos cuenta de que, en tanto lectoras, hemos sido educadas para identificarnos con el punto de vista masculino y con el sistema de valores patriarcales. Las mujeres hemos sido sistemáticamente asimiladas en el masculino genérico y, en consecuencia, se nos ha negado nuestra diferencia y obviado la experiencia que tenemos de nosotras mismas. Así, como mujeres lectoras se nos ha sustraído el poder derivado de la experiencia de vernos como «sujeto» de la literatura y las pocas veces que sí hemos tenido espacio hemos sido interpretadas desde el punto de vista del hombre.

Consciente de la dificultad que entraña en una mujer la lectura y convencida de que la experiencia de la lectura se estructura de manera diferente según cuál sea el género de la persona que se acerca a un texto, Judith Fetterley cuestionó en 1978, en *The Resisting Reader: A feminist approach to American fiction*, la existencia de un modelo ideal de lector pretendidamente agenérico. En su análisis de la tradición de la literatura clásica norteamericana, Fetterley cree que las mujeres han sido obligadas a leer contra la propia subjetividad de mujer y que, al identificarse con el punto de vista y el sistema de valores del hombre, en realidad lo han hecho con uno de sus principios más extendidos, la misoginia.

Fetterley acuña el término «lectora resistente» y formula la existencia de una lectora que, en su proceso de diálogo con el texto, muestra su resistencia a la intención que tienen los textos de dominarla y obligarla a aceptar una visión masculina. La llamada «lectora resistente», al mostrarse remisa, pretende desenmascarar las relaciones de complicidad que se dan entre personajes y autores para descifrar, a través de los distintos códigos narrativos, la ideología que subyace a los textos que la excluyen. Judith Fetterley nos propone una resistencia a la codificación tradicional y un rechazo a aceptar los parámetros que la estructura androcéntrica sienta de antemano. El concepto de «lectora resistente» implica, además, que se tenga en consideración la voluntad y la agencia lectoras, lo cual nos lleva a pensar en un «empoderamiento lector», que surgiría con nuestra toma de conciencia de haber sido educadas para

pensar como hombres e identificarnos con el punto de vista masculino. Leer, desde esta perspectiva feminista, consistiría en «resistir» y no en «asentir», lo que conduce a disputar la autoridad del texto; de otro modo, el cuestionamiento de Fetterley pone en duda la veracidad misma de la versión de los hechos que los textos nos proponen. Esta resistencia pasa por el esfuerzo de abandonar las ideas recibidas y las propuestas paradigmáticas de lectura que hemos asumido acríticamente durante buena parte de nuestra vida.

Podríamos afirmar que la crítica feminista pretende desmitificar y decodificar las preguntas y respuestas encubiertas en las obras que la tradición androcéntrica pone a nuestro alcance. Como afirma Deleuze, en referencia al sistema de binarización como sistema de legitimación y conformación de la realidad: «Las preguntas ya están calculadas de antemano en función de las posibles respuestas a tenor de las significaciones dominantes. Así es como se constituye un patrón tal que todo lo que no pase por él no puede materialmente ser oído².» También la tradición patriarcal, bajo cuyo abrigo se resguarda el canon, configura un espacio en el cual el hombre puede reconocerse (con independencia de sus características concretas, el hombre es llamado a mirarse en las obras literarias como en un espejo) y la mujer, en la medida en que se sustrae de la representación, es condenada al silencio.

Una nueva rebelión por el conocimiento

El control sobre el presente lo es a la vez sobre nuestra memoria, nuestro conocimiento y nuestra experiencia. En palabras de Foucault: «Puesto que la memoria es en realidad un factor muy importante de la lucha (reparad que de hecho los conflictos se desenvuelven en una suerte de movimiento consciente de la historia), si se tiene el control de la memoria de la gente, se controla su movimiento. Del mismo modo, se controla su experiencia y su conocimiento de las luchas previas³...» Por eso, pensándolo bien, quizás hoy no nos baste con ser únicamente lectoras, debemos ser también «relectoras resistentes», debemos asumir la tarea de renombrar la realidad propia sin partir de modelos preestablecidos y potenciar un diálogo abierto con el pasado a través de la lectura. De ese modo es cómo podremos entrever el rastro que han dejado las voces y los silencios de tantas mujeres en el lenguaje. Adrienne Rich expresa bien el sentido de esta voluntad de volver la mirada atrás: «Re-visión, el acto de mirar atrás, de mirar con ojos nuevos, de asimilar un viejo texto desde una nueva orientación crítica, esto es para las mujeres más que un capítulo de historia cultural; es un acto de supervivencia.»⁴

116

Según Rich, necesitamos conocer los escritos del pasado de una forma distinta a como nos han sido divulgados hasta el momento, para no

2 Guilles Deleuze y Claire Parnet: *Diálogos*, Pretextos, Valencia, 1980, p. 25

3 Michel Foucault: *Film in Popular Memory: An interview with Michel Foucault*, *Radical Philosophy*, 11, 1975, p. 26

4 Adrienne Rich: *Sobre mentiras, secretos y silencios*, Ed. Horas y Horas, Madrid, 2010, p. 48

reproducir una tradición errada sino para deshacernos de la influencia poderosa que sigue ejerciendo sobre nosotras. Ahora bien, la lectura de un texto comienza antes de abrir un libro, pues con anterioridad quien lee tiene unos conocimientos para descifrar e interpretar el lenguaje del texto literario, al igual que dispone de unas coordenadas ideológicas o de cierta experiencia de sí misma. Por todo eso, para abordar los problemas que afrontamos como lectoras debemos ahondar en el conocimiento de las cuestiones previas: cómo nos comprendemos a nosotras mismas, cómo nos han educado para ser quienes somos, en qué medida nuestra facultad de imaginar ha sido domesticada, cuándo y cómo nos distanciamos de las normas, qué relación establecen quienes escriben con el lenguaje o el estilo (de qué manera se hacen explícitas sus disidencias y cómo podemos rastrearlas) y un largo etcétera. Lo que está en juego es mucho: no se reduce al mero cuestionamiento de los privilegios de los hombres en el ámbito, esta vez, literario. No. Nuestra necesidad más viva es abrir nuevas y renovadas interpretaciones allí donde todo parece condenado al silencio, abrir espacios de enunciación que no sean los prefijados y hacer posible una interrelación de ideas desde un lugar que no sea el del subalterno. Se trata, en definitiva, de conseguir una verdadera rebelión por el conocimiento que no esté sometida a una lógica de la necesidad. —

¿Uno grande y libre? Las contradicciones del feminismo hegemónico español

María Reimondez

Doctora en Traducción e Interpretación
Investigadora independiente y escritora

SEGURAMENTE SI PREGUNTÁSEMOS A LA mayoría de feministas españolas sobre la relación entre los feminismos y el fascismo, directamente nos contestarían que son teorías y prácticas antagónicas. Definiré el fascismo en este breve artículo como una ideología totalitaria que se basa en la supresión de la diversidad desde la violencia tanto activa como simbólica mediante un discurso de exaltación «nacional» que sobre todo reactiva la visión imperialista del pasado donde las identidades hegemónicas se enorgullecen de la opresión ejercida sobre las demás.

Efectivamente, a simple vista podría pensarse que los feminismos son lo contrario de lo que acabo de describir. En mi definición breve, los feminismos aglutinan un abanico de teorías y prácticas políticas emancipatorias diversas que reflexionan sobre el poder en todas sus formas y que buscan erradicar las distintas formas de opresión que se derivan del/os patriarcado/s y sistemas de opresión afines.

Sin embargo, como intentaré demostrar a continuación, el antagonismo entre fascismo y feminismos solo es posible cuando existe una reflexión en los movimientos feministas que, por lo menos en el caso del estado español, está lejos de producirse. Son múltiples las ocasiones en las que el feminismo hegemónico español (definiré luego a qué me refiero con este término) se niega a aceptar la diversidad, en concreto la lingüística y nacional, como un elemento fundamental de su crítica al poder.

Mi objetivo en este artículo es desentrañar los significados de estas cuestiones para que podamos encontrar un lugar de relación interseccional productivo.

Feminismo hegemónico y la herida que sangra.

Aunque desde otras latitudes hemos oído hablar de un feminismo hegemónico blanco y/o heterosexual, en el estado español hay otros vectores añadidos a estos que son relevantes a la hora

de analizar este término. Defino hegemonía en el sentido en que lo hizo Gramsci, como la dominación de un grupo sobre otros mediante el discurso y las condiciones materiales.

La hegemonía se basa en una serie de silencios y en la creación de una serie de justificaciones por las cuales derechos que son aplicados a un grupo no deben ser accesibles a otros. El ejemplo más paradigmático de este proceso lo vemos en la colonización y los discursos que todavía perviven en nuestras sociedades. La representación que nuestros medios, literatura y cine hacen de nuestras otras reafirma la idea de las blancas salvadoras, las otras sumisas y todos los estereotipos que se siguen utilizando para justificar invasiones, bombardeos y expolio de los países en vías de desarrollo. Este discurso tiene también su versión dentro de las fronteras del estado en el racismo donde las mujeres racializadas son objeto de todo tipo de debates en los que rara vez se les da la voz y donde se ignoran las complejidades de sus posiciones diversas y la presión que la identidad hegemónica blanca (podemos añadir aquí también de base católica, de clase media, cisgénero, monolingüe y mayoritariamente heterosexual) ejerce sobre las demás.

119

Algo que a veces se olvida en este debate es que la herida colonial se inicia antes de la aberración expansiva que llevó a invadir continentes; empieza en la península ibérica y continúa aquí, en la erradicación, por lo menos desde la llegada al poder de los Reyes Católicos, de cualquier diversidad lingüística, religiosa o cultural. El estado español está fundado sobre esa herida primigenia y cada día exagera más sus manifestaciones.

También en los feminismos la herida sangra. Frente a un discurso superficial de valoración de las lenguas y culturas que se dio justo tras la muerte del dictador Francisco Franco, en época reciente vemos el rearme de un discurso centralista y unificador en el cual ciertas palabras (como «nación») provocan

reacciones de controversia y violencia simbólica y material.

El feminismo hegemónico español participa de forma demasiado generalizada de estos discursos. Algunas de sus manifestaciones más claras las vemos en el permanente silenciamiento de aquellas teóricas, activistas y pensadoras que no nos expresamos en castellano, como si nuestro pensamiento fuese secundario o irrelevante por el mero hecho de partir de otra lengua. Es el feminismo hegemónico el que nos convierte en «periféricas» porque sobre todo le incomoda lo que tenemos que decir a raíz de cuestiones vitales como el debate sobre la formulación del estado.

«[...] el antagonismo entre fascismo y feminismos solo es posible cuando existe una reflexión en los movimientos feministas que, por lo menos en el caso del estado español, está lejos de producirse.»

Obviamente el ejemplo más reciente y exacerbado de estas tensiones se ha dado en torno a la independencia de Cataluña, donde hemos asistido con bochorno al apoyo de algunas significadas feministas españolas a la agresión del estado a aquellas personas que de forma pacífica pretendían expresar su opinión y a la violencia desatada contra representantes e instituciones del pueblo catalán. Es importante recordar que esta violencia ahora mediática con respecto a Cataluña lleva produciéndose mucho más tiempo en Euskal Herria donde, con el alibi perfecto de ETA, las feministas españolas en general se negaron durante mucho tiempo a condenar la violencia sistemática del estado contra activistas feministas nacionalistas o simplemente contra mujeres (como las madres de presas y presos) de estos lugares. Tampoco se habla de las presas políticas gallegas o

«También en los feminismos la herida sangra. Frente a un discurso superficial de valoración de las lenguas y culturas que se dio justo tras la muerte del dictador Francisco Franco, en época reciente vemos el rearme de un discurso centralista y unificador en el cual ciertas palabras (como «nación») provocan reacciones de controversia y violencia simbólica y material.»

de la violencia que los cuerpos del estado ejercen contra nosotras en el día a día. Son temas que parecen no interesar de forma amplia al feminismo hegemónico español, sin duda porque desmontan un espacio de privilegio que prefiere no interrogar.

A menudo se argumenta, en el más puro estilo del discurso blanco al respecto de la sororidad que tanto critican las feministas decoloniales y negras, que no debemos «dividir» el feminismo o que estos aspectos son «secundarios» con respecto a otros. Estos comentarios, que escuchamos con demasiada frecuencia las feministas no hegemónicas, no castellano parlantes, en el estado español, ocultan en realidad la alianza estratégica del feminismo hegemónico con los discursos reunificadores y de origen fascista españoles.

La represión lingüística y cultural del estado no es algo secundario ni divisorio.

Es algo que afecta a la vida de muchas mujeres en su día a día, desde verse obligadas a abandonar su lengua materna para ser aceptadas socialmente, hasta acabar en la cárcel por sus ideas políticas. Afecta a la organización y distribución de la riqueza del estado y a cuestiones como la invisibilidad de movimientos de los que se podría aprender mucho si se hicieran visibles¹.

Lejos de constituir este artículo una lista de agravios, mi intención es poner énfasis en la necesidad de entender la diversidad cultural como piedra angular de un movimiento feminista con visos de transformación profunda de la opresión, y a esto dedicaré las siguientes líneas.

La importancia de romper con el feminismo uno, grande y libre.

Un movimiento feminista que se niega a analizar cuestiones como la configuración de los estados y sobre todo la diversidad

120

1 Por poner ejemplos solo de Galicia, pienso aquí en situaciones como toda la lucha anti-minera organizada en Galicia alrededor de las mujeres ya desde los años setenta con las movilizaciones de As Encrobas, las alianzas entre movimientos feministas, ambientales y anticapitalistas, la potencia de la cultura y literatura feminista para la transformación social y la creación de masa crítica, la infiltración real del pensamiento feminista en los partidos políticos de izquierdas en Galicia, iniciativas pioneras como la del Día das Galegas nas Letras de A Segá, además de, en general, un pensamiento más complejo sobre la dominación lingüística y cultural y los feminismos.

cultural y lingüística como valor, establece una alianza clara con las raíces del fascismo. Pretende construir epistemologías monolíticas donde solo unas cuantas tengan la palabra y el poder de decisión.

Si queremos articular un movimiento feminista complejo y útil, partir de la diversidad como riqueza es ahora más necesario que nunca. Para empezar, el discurso uno grande y libre provoca que las feministas de las culturas no hegemónicas, tanto en el estado español como en otros lugares, estemos sometidas a una doble presión (pertenecer a nuestra cultura y transformarla, algo que afecta de forma muy exacerbada en nuestro contexto, por ejemplo, a las activistas gitanas). El discurso uno-grande-libre del feminismo hegemónico pretende ponernos a algunas en la disyuntiva de transformar nuestras culturas propias o acceder a la ciudadanía.

Esta doble presión no debe verse con la condescendencia de aquellas que piensan que nuestros problemas se solucionarían si dejásemos de lado esa «tontería» de nuestras lenguas y culturas y nos amalgamásemos a la identidad hegemónica, sino como un lugar de denuncia y al mismo tiempo productivo y de visión más profunda y amplia de los conflictos. Desde este entendimiento, y como demuestran iniciativas pioneras como la ONG gallega Implicadas no Desenvolvimento, resulta más accesible entender las presiones que padecen nuestras compañeras de los países del sur y buscar alianzas en las que las occidentales desactivemos los discursos unificadores, coloniales y racistas como prioridad.

Las feministas que en el estado español no participamos de la hegemonía por nuestra cultura, lengua y nacionalidad, estamos de partida mejor posicionadas para enlazar con el contexto internacional de los feminismos donde la clave para enfrentarnos a los problemas que superan las fronteras de los estados no sea esa falsa visión de lo «transnacional» como un discurso de las que ya tienen la voz, sino

como la promesa de establecer relaciones donde las lenguas, la traducción y las polifonías estén en el centro del debate.

La falsa dicotomía entre «local» y «global» solo se entiende desde una óptica de hegemonía, de quien considera que hay un plano más irrelevante, aquel que afecta a pequeñas porciones de la población, frente a aquello que es importante. Sin embargo, para aquellas que defendemos un mundo polifónico, lo local es lo que nos apega a la tierra, lo que nos ayuda a entender a las que vienen de lejos y la importancia de encontrar lugares de empatía y encuentro con nuestras otras.

Es hora de que el feminismo hegemónico reflexione sobre sus incoherencias y alianzas con discursos totalitarios. Es hora de que dé pasos y deje de ser cómplice de discursos de corte totalitario porque el fascismo no es algo que afecte a otras o que nazca espontáneamente; es algo que estamos creando con los pequeños actos del día a día. En el tiempo del auge de Vox y Ciudadanos, de Modi, Duterte, Trump, Savianni y Bolsonaro es más vital que nunca forjar alianzas y para ello el sujeto hegemónico de los feminismos debe repensarse cada día desde todos los ángulos.

Es hora de empezar a poner en cuestión estos temas, es urgente sobre todo en el contexto de auge del fascismo en toda Europa (y más allá, pero esto sí lo hemos exportado nosotras). Es hora de dejar de mirar hacia otro lado y de mirar seriamente hacia adentro, cada una desmontando la parte de privilegio que le corresponda. Es hora de que la incomodidad que generan nuestros ejes de no-hegemonía se vuelva productiva y ayude a poner las bases de otros diálogos y alianzas en las que la polifonía impere frente al monolingüismo, y donde los feminismos sean múltiples y diversos como nuestros cuerpos, pequeños y acogedores como un refugio e interconectados y críticos como la propia vida. —

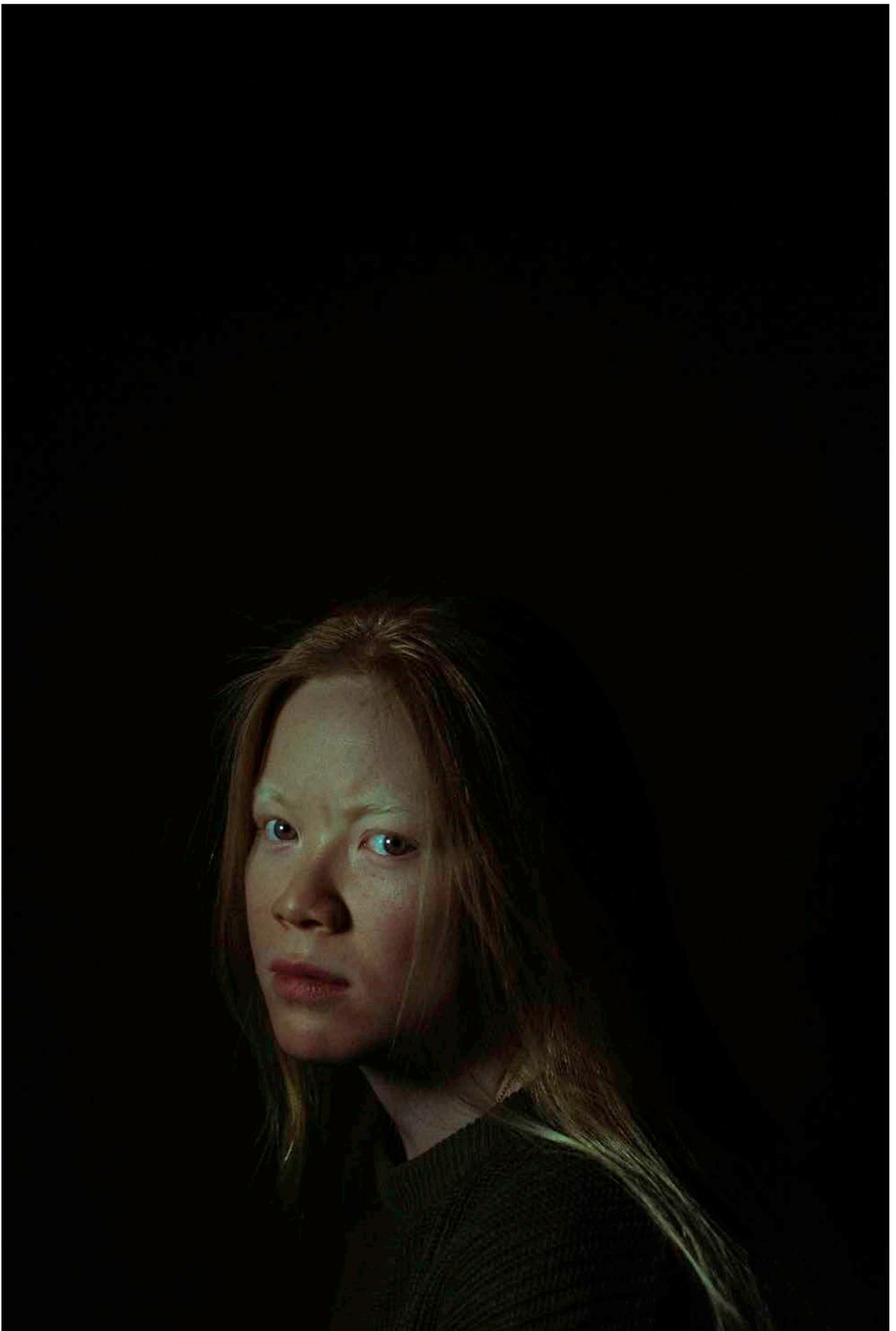
Virginia Rota
Fotógrafa











Debates, desafíos y certezas del feminismo actual

Pilar Aguilar

Crítica de cine y escritora

Preámbulo

ANTES DE ENTRAR EN EL TEMA DE ESTE ARTÍCULO, QUIERO EMPEZAR rindiendo homenaje al arrojo que tantas mujeres han desplegado y despliegan al comprometerse y luchar por la conquista de derechos para todas. No olvidemos que descubrir el feminismo perturba el mapa emocional, los marcos de referencia y los imaginarios, desestabiliza la propia identidad y el lugar que se ocupa en el mundo. El feminismo obliga a problematizar rasgos de pertenencia, a renegar de la educación recibida (y, en buena parte, interiorizada) a cuestionar certezas, perder asideros y apoyos que parecían estables y constituyentes del yo. Puede, además, generar enfrentamientos no solo con enemigos externos sino, a menudo, con personas del entorno más cercano y querido: familia, parejas, amistades.

Pero, al mismo tiempo, el feminismo abre puertas y ventanas mentales hacia la libertad y la inteligencia, agrandaba el campo de lo posible, crea lazos de solidaridad con otras mujeres y conecta a cada una con deseos muy profundos que —aunque reprimidos— siempre estuvieron ahí.

En resumen, haciendo balance, una vez superado un probable desconcierto inicial, ser feminista compensa aunque obligue a enfrentarse a la hostilidad, a buscar un nuevo territorio vital desde el que pensar y pensarse. Compensa porque supone la conquista de nuevos espacios de igualdad, justicia y libertad.

Un debate incesante

Después de este breve homenaje, paso al tema: el incesante debate interno y externo que, como rasgo consustancial, acompaña al feminismo desde su origen.

Debate tanto sobre prioridades de la agenda, tácticas y estrategias como sobre fundamentos, análisis y propuestas teóricas.

Esta característica resulta desconcertante -cuando no desagradable- para quienes se acercan por primera vez al feminismo e incluso, a veces, también para quienes llevamos tiempo militando. Y no solo por las asperezas que, en ciertos momentos, puede revestir la controversia en sí sino por las adherencias espurias generadas por la diversidad de temperamentos, de trayectorias vitales, de situaciones personales e incluso por el choque de egos (ya sabemos que ser feminista no consiste en presuponer el angelismo de las mujeres).

Pero, sea como fuere, hemos de aceptar que el debate ha sido y seguirá siendo inherente al feminismo.

La teoría feminista se ha construido y decantado al compás de los desafíos a los que se ha ido enfrentando. Constatamos que el feminismo ha desplegado una tremenda capacidad de conceptualización y, al cuestionar las estructuras en las que vivimos y analizar el entramado ideológico que las sustenta, ha levantado un sólido edificio crítico. Mediante investigaciones profundas, minuciosas y poliédricas de la realidad ha construido un completo y consistente corpus teórico. Y cuando digo poliédricas me refiero a que, actualmente, ya abarcan casi todos los aspectos de la vida personal y social: economía, sanidad, arquitectura, enseñanza, maternidad, relaciones de pareja, discapacidad, urbanismo, música, mundo rural, sindical etc. etc.

Esto es necesario tenerlo presente porque, a veces, se piensa que a una feminista le basta con sentir impulsos de rebeldía, de emoción. Y no, detrás tenemos generaciones de pensadoras y luchadoras y sus análisis, sus experiencias, sus conclusiones deben alimentarnos. O sea, no estamos ante una creación *ex novo*.

Entonces ¿por qué siguen tan vivas las polémicas? ¿por qué esa impresión (que no es solo una impresión) de que no cerramos un dossier cuando ya se nos abren siete más? Varias razones.

129

Los mismos perros con distintos collares

Si bien, y como acabo de decir, existe ese potente marco teórico, el feminismo carece de comité central, de estatutos, de estructura orgánica. no reparte títulos ni carnés. De modo que cualquiera puede autoproclamarse feminista para, acto seguido, soltar un despropósito cuando no una tremenda reaccionariedad patriarcal. Y de esto tenemos ejemplos diarios.

Cierto que algunas barbaries quedaron ya superadas por la historia. Baste recordar la encarnizada lucha que durante un siglo mantuvo el feminismo por la conquista de los derechos cívicos. ¿Quién los cuestiona hoy? Lo cual no significa que no puedan darse espeluznantes retrocesos. Pensemos en Brasil...y pensemos que siempre que los derechos democráticos se socavan, los primeros que peligran son los de las mujeres.

Hay prédicas patriarcales que ya «no cuelan» ni tienen predicamento en amplias capas de la población (las constituidas por aquellas personas que mantienen un pensamiento más activo, una mirada atenta sobre el mundo, una esperanza en el progreso humano). Ya nadie que merezca la pena defiende, por ejemplo, la virginidad de las mujeres, ni clama que nuestro destino en el mundo sea servir a los demás.

Lo cual no significa que no circulen propuestas que, en definitiva son los mismos perros con distintos collares. Así, por ejemplo, en estos días, me llegó vía Facebook un mensaje que, bajo la foto de una chica joven, dice: «Nuestra generación está tan preocupada por probar que una mujer puede hacer todo lo que un hombre, que está perdiendo lo que la hace única. La mujer no fue creada para hacer lo mismo que hace un hombre. La mujer fue creada para hacer todo lo que un hombre no puede hacer.»

Quienes ya estamos curtidas en el feminismo (y lo de estar curtidas no se presenta necesariamente ligado a la edad) detectamos inmediatamente las trampas. Así y para empezar ¿quién ha dicho que queramos hacer todo lo que hace un hombre? Queremos que no se nos coarte nuestro proyecto vital por ser mujeres, que no se nos vete ningún espacio real o simbólico, que no se nos someta. Las feministas ni siquiera queremos que los hombres sigan haciendo todo lo que hoy «hace un hombre» porque algunas de esas actuaciones las juzgamos nefastas. Pero, sobre todo, nos repugna el papel que el letrerito nos asigna de «hacer todo lo que un hombre no puede hacer». Cierto que solo nosotras podemos gestar, parir y amamantar, pero cierto también que la biología no es nuestro destino. No ser madre ni nos deprecia ni nos pervierte ni nos desfigura.

Rechazamos, pues y de modo radical, el esencialismo del mensaje que nos retrotrae a aquellas polémicas sobre «el feminismo de la igualdad y el de la diferencia» con el agravante del toque religioso destilado por ese «haber sido creados y creadas». Y sobre todo no aceptamos que el referente de lo que hagamos o dejemos de hacer sea el varón («todo lo que un hombre no puede hacer») ya que ese planteamiento conduce a la justificación de lo injustificable: el uso y abuso de nuestro cuerpo en función de los deseos de otros.

130

Viejos abusos, nueva virulencia

Hay usos y abusos cuya práctica se pierde en la noche del origen del patriarcado. Ocurre con la prostitución. Desde siempre, las voces feministas más cualificadas la consideraron consecuencia de la esclavitud femenina y del poder masculino sobre las mujeres y mostraron su rechazo ante tal atrocidad. Pero ahora el debate cobra nueva virulencia. Estamos ante una nueva fase. No solo porque la globalización ha convertido la prostitución —y el inherente tráfico de mujeres- en el segundo negocio del planeta, sino porque, simultáneamente -y esta es la buena noticia— el desarrollo y la potencia del movimiento feminista le permite enfrentarse sin más dilaciones a tal lacra y luchar en campo abierto contra ella. La batalla aún será larga y compleja pero nuestra victoria me parece innegable y creo que ocurrirá en esta generación.

Por otra parte, hay usos y abusos que, cierto, vienen de lejos, pero que nuevos factores actualizan. Es el caso de los vientres de alquiler. Atrás quedaron aquellas modalidades practicadas por los patriarcas bíblicos que consistían en embarazar esclavas. Y atrás quedaron (al menos en nuestro ámbito cultural) las modalidades de acumular esposas, renovar periódicamente el elenco y/o repudiar a las inservibles (modelo Shah de Irán) a fin de contar con una buena colección de herederos... Todas esas maneras de asegurar descendencia presentaban inconvenientes. Entre otros —y quizá en primer lugar— el hecho de que implicaban la existencia de una persona que, cierto, podía ser esclava —caso de Agar— pero no dejaba de ser madre del preciado hijo. Ahora la tecnología, aliada con el ultraliberalismo y con la explotación sin escrúpulos de lo que llaman «nuevos nichos de mercado», evacúan los restos de humanidad de esos procesos y construyen un imaginario que borra totalmente a la mujer-persona parcelando bestialmente su cuerpo y reduciéndola a container, a incubadora.

Cargas de mayor o menor profundidad

También surgen debates generados por las cargas —de mayor o menor profundidad— que constantemente se lanzan contra el feminismo a fin de debilitar su lucha y sus fundamentos, desviarlos y desvirtuarlos. Y no me refiero a esos ataques burdos, claramente agresivos e injuriosos que circulan en ambientes de abierta misoginia militante. Esos se descalifican por sí solos. Me refiero a manipulaciones y falsedades que se infiltran «desde dentro» y que consiguen engatusar a parte de las propias mujeres de buena voluntad y crear enfrentamientos artificiales...

Ejemplo: el intento de diluir el sujeto político del feminismo en un totum revolutum. Hacer del feminismo una especie de ONG omnímoda donde la lucha de liberación de las mujeres queda desleída en un algo donoso «heteropatriarcado» al que, además, se le pueden ir acolando prefijos ad infinitum (que yo sepa, ya hay quien dice «cisheterofalopatriarcado»). Y si solo fueran palabras... pero, más allá de las palabras subyace la propuesta de considerar el feminismo como un conglomerado de grupos que sufren y padecen diversas marginaciones. Entre las cuales destacan la lucha contra la opresión sexual poniendo el acento en los campos del deseo —cuando no circunscribiéndola a él—. Algunos equiparan la violencia que sufren las mujeres con la sufrida por aquellos hombres que no se ajustan al canon viril (violencia que no negamos y que, por supuesto, condenamos).

Quizá sea necesario aclarar que no se trata de minusvalorar otras luchas ni de quitar importancia a las alianzas con ellas. El feminismo siempre ha apoyado a quienes se rebelaban contra la opresión porque entiende que ninguna desigualdad y ni violencia le es ajena, pero el feminismo tiene su propio sujeto político (las mujeres) y tiene sus propios objetivos. No es, por tanto, una especie de «seno acogedor» (ese seno acogedor que se nos supone y exige a las mujeres tanto individualmente como colectivo) sin entidad ni fines propios que esté ahí para «socorrer», asistir y secundar a quienes sufren agresiones, acosos, ataques. No, el feminismo

no es un conglomerado heterogéneo de grupos sometidos y violentados por los poderes dominantes.

Quizá convenga puntualizar que el feminismo tampoco ignora las sobredosis de oprobio o explotación que sufren grupos específicos de mujeres: las pobres, las emigrantes, las negras, las que tienen alguna minusvalía, las que cargan con triples jornadas de trabajo (pienso en las cuidadoras de personas dependientes), etc. etc. Pero eso no significa que el movimiento feminista pueda (ni deba) sustituir a los sindicatos ni a los grupos LGTBI ni a las organizaciones antirracistas, por ejemplo. Debemos, por supuesto, interpelarnos e ilustrarnos recíprocamente a fin de enriquecer nuestras luchas, agrandar nuestros horizontes y evitar que movimientos que aspiran a un mundo mejor sigan olvidando a las mujeres y vivan con «naturalidad» el uso y abuso de nuestros cuerpos. Y, del mismo modo, es inconcebible que el feminismo desconozca el plus de opresión, oprobio y sufrimiento que padecen ciertos colectivos de mujeres.

Condiciones para un debate productivo

Y, en ningún caso, debemos rehuir la polémica con nuestros aliados (o posibles aliados) o entre nosotras mismas porque es lo que también nos hace avanzar. Pero, ante la magnitud y persistencia de algunos debates, y a fin de evitar el desgaste inútil, hemos de considerar dos aspectos:

1. La necesidad de tener claros cuáles y quiénes son nuestros referentes polémicos para no perdernos en batallas agotadoras, batallas que no tienen posibilidad alguna de originar cambios (o dicho de otro modo: hay personas o grupos con los que no debemos perder tiempo, son, claramente, el enemigo).

2. La necesidad de no obnubilarse con temáticas de moda que nos enfrentan artificialmente. Son árboles que impiden ver el bosque (es decir, que nos desvían de la lucha contra las opresiones que afectan a la inmensa mayoría de las mujeres) que nos manipulan y nos empantanán...

Con todo, sabemos que, aun teniendo esos dos principios claros, hemos de aceptar que el debate es perenne y arduo y que estamos obligadas a afrontarlo con denuedo e incansablemente. Así ocurre, como apunté, con la prostitución, los vientres de alquiler, los intentos de dilución de la lucha feminista y con otros muchos más que no cito aquí.

La buena noticia es que esto también ocurre porque el feminismo está en expansión, porque nuevas generaciones se acercan a él y traen sus propias temáticas y sus propias dudas. Ciertamente, a veces, son las de siempre vestidas con nuevos ropajes pero, en cualquier caso, eso no implica que debamos taponar el debate o mandar sin más a nuestras opositoras a que lean y estudien el acervo acumulado por la experiencia de la lucha y el pensamiento feministas. No. Sobre todo no debemos actuar así con las jóvenes. Pensemos que muchas de nosotras, a su edad, no solo no habíamos leído nada sino que ni siquiera sabíamos que existía el feminismo.

Optimismo

Para rebajar la tensión e incluso la angustia que esta realidad tan llena de polémica puede generar, conviene aclarar que, después de todas las batallas, siempre hemos llegado a acuerdos y que siempre esos acuerdos han hecho avanzar el movimiento feminista. Ya apunté antes lo que ocurrió con los derechos políticos de las mujeres. Sabemos que, en su momento, hubo destacadas figuras que se consideraban partidarias de las mujeres (no hablo, pues, de los misóginos patriarcales) y que, sin embargo, cuestionaron la oportunidad del derecho al voto femenino. Sostenían, por ejemplo, que primero era necesario educar a las mujeres e independizarlas de la estricta tutela masculina. Ahora, sus argumentos nos parecen peregrinos pues sabemos que, como decía la propia Clara Campoamor: «la única manera de madurarse para el ejercicio de la libertad y de hacerla accesible a todos, es caminar dentro de ella». Sabemos que los procesos se dan justamente así: que solo en la medida en la que se tiene acceso a la igualdad política y ciudadana se pueden conseguir medidas que favorecen el acceso a la cultura, a la independencia, al control de la propia vida.

Pues igual pasará con estos otros debates que ahora nos cercan (e incluso agobian): las propuestas que de verdad conllevan mayor igualdad, bienestar y libertad para las mujeres terminarán decantándose. —

La cuarta ola feminista y la violencia sexual

Rosa Cobo

Profesora titular de Sociología del Género de la Universidad de A Coruña

LAS MOVILIZACIONES QUE SE HAN DESARROLLADO en este último lustro en diversos países anuncian lo que ya, sin duda, puede ser definido como la cuarta ola feminista. La magnitud de algunas de estas movilizaciones y el hecho de que se hayan producido en distintos continentes casi al mismo tiempo han convertido al feminismo en un movimiento de masas por tercera vez en su historia. Solo dos veces, con el movimiento sufragista y con el feminismo radical de los años setenta del siglo XX, el feminismo ha llegado a ser un movimiento de masas.

Por primera vez en la historia no encontramos un solo país sin presencia de organizaciones feministas o asociaciones que defiendan los derechos de las mujeres. La globalización del feminismo pone de manifiesto tanto la fortaleza de las ideas feministas como el crecimiento de la conciencia social crítica frente a la desigualdad y la explotación económica y sexual de las mujeres. Y este hecho, la globalización del feminismo es, sin duda, una característica de la cuarta ola.

Cientos de miles de mujeres se han manifestado el 8 de Marzo de 2018 en las calles de ciudades y pueblos españoles tras una jornada pacífica de huelga. Hacía años que no se recordaban manifestaciones tan masivas ni tampoco tan intergeneracionales. Mujeres de todas las edades, con una presencia rotunda de jóvenes,

exigieron el fin del acoso sexual, de la brecha salarial o de la violencia patriarcal. Sin embargo, estas manifestaciones no tuvieron lugar solo en nuestro país. Mujeres de países tan diferentes como Argentina o Turquía, entre otros muchos, protagonizaron diversas acciones políticas y se movilizaron en defensa de sus derechos. Y las movilizaciones feministas prosiguen en distintas partes del mundo, como Israel...

Asimismo se ha podido observar la entrada masiva de mujeres jóvenes en el feminismo. El carácter intergeneracional de este movimiento pone de manifiesto la adhesión de mujeres no militantes, pero también de varones que se sienten identificados con las vindicaciones feministas. Cuando un movimiento social tiene tal capacidad de convocatoria es porque recoge simpatía de sectores significativos de la población. Y también porque ha sido capaz de colocar en el centro simbólico de la sociedad un significante, la necesidad de justicia para las mujeres, compartido por amplios sectores sociales. Muchas más mujeres que las que se autodefinen como feministas se han identificado con esta idea e, incluso, lo más sorprendente es que también colectivos de varones comparten la justicia de esta vindicación feminista. Esta identificación de sectores ajenos a los grupos y a los intereses feministas es un elemento de legitimación política que habrá que

gestionar políticamente y que se puede convertir en una fuente de presión política y electoral hacia el poder político, pero también hacia los partidos.

La explosión del feminismo en la segunda década del siglo XXI, como otros estallidos anteriores, ha sido largamente deseada. En el territorio español, miles de mujeres jóvenes han formado parte de ese estallido sin pasar previamente por las organizaciones feministas. El proceso se ha realizado al revés: se han movilizado primero, han conectado ideológicamente con las vindicaciones feministas, y ahora es cuando se están acercando a grupos feministas organizados en unos casos y en otros están formando sus propias asociaciones y/ asambleas. En todo caso, esta ola feminista ha fermentado también al calor de las redes sociales. Kira Cochrane explica el surgimiento de la cuarta ola feminista en el Reino Unido y el papel fundamental que ha jugado la red en este proceso¹.

Fin de la hegemonía de la reacción patriarcal

Esta cuarta ola feminista debe leerse como una advertencia a ese conjunto de fuerzas ideológicas que articularon la reacción patriarcal y que intentaron persuadir a las sociedades patriarcales de que el lugar natural de las mujeres era el de la subordinación a los varones. La reacción patriarcal fue la respuesta a los avances conseguidos por las mujeres tras la explosión feminista de los años setenta. El feminismo radical politizó a millones de mujeres en los países en que se desarrolló esa tercera ola feminista y su influencia alcanzó a grupos de mujeres de otras zonas del mundo.

La reacción patriarcal se inició a finales de la década de los ochenta y se consolidó en los noventa. Susan Faludi escribió

un magnífico libro, *Reacción*, en el que explicaba cómo se había creado y cómo funcionaba esa reacción política contra las mujeres cuya característica principal era, precisamente, su aparente carácter no político. Esta cuarta ola feminista no pone fin a la reacción patriarcal, pero interpela con fuerza el discurso patriarcal en muchas sociedades. Y al mismo tiempo también muestra el desplazamiento estratégico de las mujeres, pues mientras que en la época más sombría de la reacción patriarcal las mujeres estuvieron a la defensiva, ahora se han situado en algunas sociedades a la ofensiva: no solo impiden el recorte de derechos sino que politizan realidades sociales largo tiempo naturalizadas. Como advierte Celia Amorós, «en feminismo conceptualizar es politizar» y eso es, precisamente, lo que está haciendo la cuarta ola feminista: politizar los cuidados, el amor romántico, la maternidad, la sexualidad, la prostitución o la pornografía, de la misma forma que está politizando fenómenos patriarcales nuevos, como los vientres de alquiler.

Transformaciones en el imaginario feminista

Este movimiento que anuncia definitivamente que estamos en la cuarta ola feminista ha sido posible porque se ha producido una transformación ideológica en el interior del movimiento feminista. El feminismo, en sus tres siglos de historia, puso el foco en los privilegios masculinos —en las estructuras de poder patriarcales— hasta la década de los ochenta del siglo pasado en que un sector del movimiento desplazó el foco desde las estructuras y privilegios patriarcales hasta el interior de las mujeres como genérico subordinado y hacia el interior del propio movimiento feminista.

A partir de ese momento el imaginario

1 COCHRANE, KIRA, “La cuarta ola del feminismo”, 2013: <http://www.lrmcidii.org/tag/kira-cochrane/>

«La globalización del feminismo pone de manifiesto tanto la fortaleza de las ideas feministas como el crecimiento de la conciencia social crítica frente a la desigualdad y la explotación económica y sexual de las mujeres. Y este hecho, la globalización del feminismo es, sin duda, una característica de la cuarta ola.»

feminista se verá hegemonizado por la idea de la diversidad y las diferencias entre las mujeres hasta el punto de que se cuestionará la categoría de sujeto político feminista y el propio concepto de 'mujeres'. Y así, la diferencia entre las mujeres se convertirá en una de las ideas centrales del nuevo imaginario feminista. Esta transformación tendrá como correlato el surgimiento de un nuevo *corpus* teórico en el ámbito de la teoría feminista con el objetivo de afirmar y dar nombre a grupos de mujeres que no solo sentían el peso del poder patriarcal sobre sus vidas sino también el de otras opresiones. Las políticas del reconocimiento encontraron un suelo fértil en el que desarrollarse. Se resignificaron viejas categorías, como raza, diferencia o diversidad y se acuñaron nuevos conceptos como interseccionalidad, colonialidad del poder, agencia, mujeres racializadas o *queer*. Este nuevo *corpus* teórico colocará en la centralidad del feminismo los conflictos, tensiones y desigualdades entre las mujeres.

En este contexto, la sexualidad se convertirá en una de las preocupaciones fundamentales de este nuevo discurso.

En efecto, un sector del feminismo se había identificado con los análisis de Gayle Rubin en torno a la creación de una teoría radical de la sexualidad², en los que la propuesta de vivir la sexualidad desde el placer, y no desde el peligro, y la defensa de las minorías sexuales se convirtió en el corazón de esta reflexión. En 1990, con la publicación de *El género en disputa*, de la filósofa Judith Butler³, adquirirá más peso ideológico y más legitimidad política, gracias a las luchas de los grupos LGTB en diversas partes del mundo, sobre todo en EE.UU. A partir de estos dos discursos de exaltación de la libertad sexual, se instalará un análisis sobre la sexualidad en un sector del feminismo cuya principal característica es el significativo déficit normativo que hace que tengan el mismo valor en términos de libertad sexual los proxenetas que las mujeres prostituidas o que merezcan la misma defensa moral la homosexualidad que la pederastía.

Gènèviève Fraisse explica que el feminismo ha transitado históricamente entre el análisis y la lucha contra el dominio masculino y la creación de un

2 GAYLE RUBIN, "Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad", 1984: www.museo-etnografico.com/pdf/puntodefuga/150121gaylerubin.pdf

3 BUTLER, JUDITH, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Paidós, Barcelona, 2007

pensamiento y una estrategia de emancipación de las mujeres⁴. En efecto, el feminismo, hasta los años ochenta, ha centrado su estrategia y ha construido su discurso alrededor de la denuncia política de la opresión patriarcal. A partir de esa década se configurará otro discurso y otra estrategia política mucho más centrados en la complejidad, tensiones e incluso contradicciones del feminismo con otros pensamientos relativos a otras desigualdades.

El giro de un sector del feminismo hacia la idea de la diversidad de las mujeres a partir de mediados de los años ochenta estuvo acompañado por el abandono del imaginario de la redistribución y la adhesión por parte de esos sectores a las políticas del reconocimiento. Este desplazamiento ideológico, necesario para muchas mujeres, marcadas por opresiones singulares, se mostró insuficiente para transformar la realidad de millones de mujeres marcadas por la pobreza y la violencia.

Pues bien, ahora que el feminismo ha asumido la diversidad de las mujeres y se ha asentado esta idea en la configuración ideológica feminista, ya se ha podido desplazar el foco desde el interior del feminismo y de «las mujeres» hasta fuera, hasta los fenómenos sociales patriarcales más opresivos. Sin este lento, y aparentemente imperceptible, desplazamiento no hubiese sido posible esta cuarta ola.

Este cambio de mirada, de dentro hacia afuera, está muy bien representado en el texto que Chanda Mohanty publicó en 1984, *Bajo los ojos de Occidente* y que vuelve a reescribir en 2003, «De vuelta a *Bajo los ojos de Occidente*. La solidaridad feminista a través de las luchas anticapitalistas». En el primer texto, el

de 1984, la prioridad feminista, a juicio de Mohanty, está en mostrar las diferencias; sin embargo, en el de 2003, el interés de la autora es la conexión con lo universal: «Mi marco analítico hoy sigue siendo muy parecido a mi primera crítica al eurocentrismo. Sin embargo, actualmente veo la política y la economía del capitalismo como un espacio de lucha mucho más apremiante»⁵. La tesis de la autora es que el capital depende de y exaspera las relaciones de dominación racistas, patriarcales y heterosexistas⁶. El objetivo del feminismo hoy debe ser formar solidaridades informadas y auto-reflexivas entre nosotras.

Anticapitalismo y feminismo

Este movimiento que nos ha desbordado ha sido posible porque la mayoría del movimiento feminista entiende que el capitalismo neoliberal en este momento histórico articula y vehicula algunas demandas patriarcales fundamentales. La capacidad del capitalismo para convertir en un negocio internacional la industria del sexo o los vientres de alquiler explica el interés capitalista en la opresión de las mujeres. La plusvalía sexual es hoy tan imprescindible para el nuevo capitalismo como para los patriarcados contemporáneos. Las feministas hemos sabido identificar la política sexual del capitalismo neoliberal y a través de esa identificación hemos podido construir afinidades y convergencias políticas entre sectores feministas distintos. Este análisis político ha vuelto a poner el foco de nuevo en la distribución, sin abandonar el reconocimiento, y así el discurso feminista está volviendo a articularse en torno a lo que Celia Amorós ha

4 FRAISSE, GENEVIÈVE, *Los excesos del género. Concepto, imagen, desnudez*, Cátedra, col. Feminismos, Madrid, 2016; p. 77.

5 MOHANTY, CHANDRA TALPADE, en *Descolonizando el feminismo. Teorías y prácticas desde los márgenes*, Liliana Suárez Navaz y Rosalva Aída Hernández (Eds.), Cátedra, Madrid, 2008. Véase capítulos 3 y 10; p. 423.

6 MOHANTY, CHANDRA TALPADE, op. cit.; p. 424.

definido como *vindicación*⁷.

Sin volver la mirada hacia las estructuras patriarcales y a los privilegios masculinos, de un lado; y sin apuntar al capitalismo neoliberal como una de las fuentes fundamentales de las que mana la explotación económica y sexual para las mujeres, de otro, no hubiésemos leído correctamente la realidad y no hubiésemos logrado la identificación de millones de mujeres con las ideas feministas. Sin ambas operaciones hoy no podríamos estar hablando de la cuarta ola feminista. Y, sin embargo, la estamos protagonizando y con ello haciendo historia.

El cuerpo vindicativo de la cuarta ola feminista es, sin duda, la violencia sexual. La violencia es un problema crónico y global de las mujeres, que la padecen tanto las de los países periféricos como las de los centrales. La violencia sexual es un poderoso mecanismo de control social que impide a las mujeres tanto apropiarse del espacio público como hacer uso de su autonomía y libertad.

La lucha contra la violencia sexual ha calado tan hondo entre las mujeres de todas las edades y ha tomado tal fuerza que está ampliando el marco de la definición de violencia, incluso de aquellas que han estado más naturalizadas. Así, la pornografía y la prostitución se han convertido en objeto de estudio y de lucha política preferente para el

movimiento feminista de diversas partes del mundo. La politización de la prostitución nos devuelve la imagen no solo de la explotación sexual sino también de la explotación económica. En la prostitución se cruzan tres sistemas de poder: el patriarcal, el capitalista neoliberal y el racial. En la intersección de esos tres sistemas de dominio crece la prostitución. Las mujeres prostituidas son receptoras de violencia masculina, violencia económica y violencia racial. La propuesta política de la abolición de la prostitución se ha convertido en un nervio que recorre el movimiento feminista y que pone en tela de juicio tanto el sistema patriarcal como el capitalista neoliberal junto a las prácticas coloniales sobre las que se asientan ambos sistemas de poder.

Un feminismo transformador y eficaz políticamente tiene que construir un discurso y una praxis política equilibrada entre la lucha contra las estructuras patriarcales y la reflexión autocrítica. No debe descuidar la lucha contra el dominio masculino, pero tampoco debe rehuir los conflictos dentro del movimiento ni las contradicciones entre las condiciones materiales de los distintos grupos de mujeres. —

7 AMORÓS, CELIA, *Tiempo de feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*, Cátedra, col. Feminismos, Madrid, 1997.

«Pues bien, ahora que el feminismo ha asumido la diversidad de las mujeres y se ha asentado esta idea en la configuración ideológica feminista, ya se ha podido desplazar el foco desde el interior del feminismo y de «las mujeres» hasta fuera, hasta los fenómenos sociales patriarcales más opresivos. Sin este lento, y aparentemente imperceptible, desplazamiento no hubiese sido posible esta cuarta ola.»

El feminismo de hoy

María Luisa Balaguer

Catedrática de Derecho Constitucional y
Magistrada del Tribunal Constitucional
Universidad de Málaga

EL MOVIMIENTO FEMINISTA EN LOS MOMENTOS ACTUALES POR LA tendencia a la formulación de una teoría de la igualdad que cifra su pensamiento en la necesidad de acometer un cambio social total en extensión y en profundidad. En extensión en cuánto relacionan y amplían su conocimiento con aportaciones decisivas para su teoría en modelos contrastados de situaciones comparadas, y en profundidad, porque llegan a conclusiones que son exportables al campo científico de sectores del conocimiento que obtiene el respeto de la comunidad científica, y que no puede dejar de aceptar en estos sectores, estudios rigurosos y basados en datos homologables a cualquier estudio de su misma naturaleza. La estadística, el sistema de razonamiento por el que cabe concluir en diferencias puramente culturales, sin derivaciones de carácter biológico entre mujeres y hombres, la proscripción sistemática de las mujeres alentada por prejuicios en algunas profesiones, y la escasa presencia, consecuencia de esos prejuicios, alientan un cambio de mentalidad para el futuro, apoyado en los datos comparativos de sociedades de los países del norte de Europa, que ya venían consiguiendo porcentajes participativos de alcance, en sus respectivas políticas sectoriales y sin restricciones en ninguna actividad pública.

Si en las décadas de los ochenta y noventa, el feminismo en España coge vuelo, en el sentido más exacto de la expresión, las dos siguientes décadas, permiten en sus análisis conclusiones muy equivalentes, pero de mayor significación en lo que se refiere a sus formulaciones teóricas y a la expansión de su doctrina, auspiciadas ambas cuestiones, por el institucionalismo y la tutela al asociacionismo de las mujeres en sus diferentes aspectos.

La liberalización de las asociaciones, contribuye en una medida importante, a la expansión del feminismo en las décadas de los noventa del pasado siglo y la primera del siglo XXI, al permitir la formación de grupos estables de mujeres que se constituyen en el objetivo común de la igualdad. Esto ha permitido una importante labor de sensibilización y de concienciación mediante la difusión de contenidos, desde un ámbito, que se canalizaba a través de instituciones públicas, como los Institutos de la Mujer, en sus respectivas dimensiones territoriales.

Habr  de esperar sin embargo muchos años todavía para legitimar el discurso feminista, en términos de aceptación social. El feminismo en estas décadas es impugnado, no solamente por las estructuras patriarcales más reaccionarias, sino también desde posiciones más progresistas, y a menudo por las propias mujeres. No serán ajenos a esta legitimación, algunos de los problemas que plantea la implantación de un modelo de sustitución de un sistema, el patriarcal, cada vez más incapaz de solventar los problemas derivados de una sociedad tecnificada y modernizada, pero que se resiste a ser sustituido, ni tampoco la imposibilidad de modificar algunas pétreas ideologías que ese sistema ha generado, como las religiones o la  tica del consumo. Pero esta reflexión ha de detallarse mejor cuando hayamos concluido el estudio de la situación que hoy da el vuelco, con una importantísima modificación respecto de la legitimación de la doctrina feminista, no solo por la aceptación mayoritaria de las mujeres, sino por parte de un sector también mayoritario masculino de la izquierda. Para ello ha de analizarse cuales han sido los factores que lo han hecho posible.

«La liberalización de las asociaciones, contribuye en una medida importante, a la expansión del feminismo en las décadas de los noventa del pasado siglo y la primera del siglo XXI, al permitir la formación de grupos estables de mujeres que se constituyen en el objetivo común de la igualdad.»

El feminismo como manifestación social de lucha irrumpe en los primeros meses de este año, con una fuerza que sorprende al propio movimiento, relativizado en toda su presencia social, por una consideración de grupo minoritario, incapaz de movilizar a la opinión pública, mediatizado por una ideología trasnochada, escasamente práctica en la solución de los problemas reales de las mujeres, extremista y enfrentada a los hombres, y arrinconada, según algunas posiciones patriarcales muy extremas, pero de importante influencia intelectual, por provenir de intelectuales y escritores socialmente relevantes, a grupos minúsculos de feminazis, mujeres fracasadas en su feminidad, y que han encontrado en esta militancia un modo de vida. A esta consideración, t pica, pero ciertamente real, que deslegitimaba al feminismo en su práctica social, se le superponen unas circunstancias, que hacen aflorar, en un escasísimo margen temporal, una aceptación globalmente unánime, de las exigencias básicas de igualdad que la doctrina feminista pretende.

Las causas, como suele ocurrir en fenómenos complejos, son de muy variada extracción, y se corresponden con hechos igualmente coadyuvantes en su conjunto, con una cadencia temporal de diferente alcance. En primer lugar, la acción combinada que indicábamos en páginas anteriores, en referencia a la concienciación progresiva que operan los factores de legislación de la participación política, que sitúa a la mujer en un relativo equilibrio de género en las instituciones de representación

«Lo que desde ahora venga, cuenta con fuerza e inercia, es el movimiento que arrastra, así que, desde la izquierda a la derecha, parece que las mujeres, han decidido que quieren ser iguales.»

política, con un nivel de masa crítica, que aunque mediatizado todavía por muchas limitaciones, permite, desde los procesos electorales del año 2007, el acceso masivo de las mujeres a la política, con unos efectos limitados, pero de progresiva efectividad.

En segundo lugar, el factor internacional, que tiene lugar en el contexto de acontecimientos de la importancia de una entrega de premios de cobertura mundial, y referido a dos aspectos sustanciales de la desigualdad: el acoso sexual en el trabajo y la discriminación laboral de las mujeres en función de su edad o aspecto físico en el cine y el arte. Si analizamos el hecho que se produce con la irrupción en el escenario, (utilizada la palabra ahora en su más estricto sentido) de la entrega de los premios más importantes del cine, y auspiciada esa manifestación por personajes públicos que representan la admiración colectiva de sus seguidores, la acción no puede ser más performativa, desde el punto de vista iconográfico, pese a su contradicción. Mujeres de pasarela, que en el acto más glamuroso que produce el mundo anualmente, se reivindicque el fin de la discriminación por la belleza, el aspecto físico o la edad, vistiendo y posando en un alarde de lo que se impugna como impropio e injusto. Es quizás en esa contradicción donde adquiere mayor fuerza la exigencia, desde la realización del acto que se rechaza.

Y la dimensión que adquiere y el contagio ya a cada actuación, en cualquier punto del planeta, llega también a nuestro país e incorpora toda la simbología y el lenguaje moderno y mediático, para integrarse en el movimiento feminista que lo acoge y plantea, como continuación de convocatorias anteriores más limitadas en sus iniciativas, una huelga general, cuyo seguimiento sorprende a las propias convocantes. El 8 de marzo de 2018, parece ser irreversible, por lo que muestra: un nivel de coincidencias ideológicas fuera de la edad, de la clase social, del sexo, y aceptado institucionalmente al punto de concitar la adhesión de quienes no pueden hacer huelga por representar a las instituciones del estado, pero que entusiásticamente se unen para no sentirse desplazados. En esa huelga hay quienes ven pese a su edad avanzada, o por ello mismo, una ocasión de decirle al mundo lo que han sufrido y no quieren para sus hijas, hay hijas que no quieren verse en sus madres, amas de casa que sacan trapos lilas a las ventanas, hombres convencidos que pierden la vergüenza de decir lo que piensan, hombres que empiezan a pensar, políticos fuera del tiempo, políticos oportunistas, empresarias conversas, pero salvo los más tontos, nadie quiere ahora dejar de ser feminista.

Lo que de particular tiene el 8 de marzo de 2018, es la convocatoria, por primera vez de una huelga general de las mujeres, arrastrada por

un clima que viene de EE.UU. en la entrega de los Oscar, en donde se producen manifestaciones por parte de algunas mujeres, respecto de las situaciones de abuso y acoso sexual que han sufrido en sus trabajos, y que genera un movimiento crítico en relación con esos concretos hechos. La dialéctica se fomenta cuándo desde las feministas francesas se cuestiona la valoración de estos hechos, minimizándolos, y atribuyéndolos a una moral pacata y estrecha, incapaz de relativizarlos, e intenta contrarrestar esta valoración con la posibilidad de tolerar aquellas conductas, o relativizarlas. Pero definidos ya los objetivos, deja de tener recorrido esa consideración y los juicios sobre las manadas violadoras, sacan a la calle a mujeres de toda edad y condición.

A partir de aquí se ha producido un cambio de paradigma en el estado español, con respecto al movimiento feminista. Algunas de sus características, en relación con la situación anterior, podrían ser:

- deja de ser una ideología minoritaria, para convertirse en un pensamiento generalizado que entra masivamente en la sociedad, con una aceptación de sus supuestos metodológicos y su acción colectiva, como una cuestión de justicia social, de manera equivalente a otras conquistas sociales, como la de clase, o la de la solidaridad social.
- el feminismo deja de ser una cuestión minoritaria de grupos marginales, connotados a menudo muy negativamente, para pasar a justificarse en términos de justicia social, que permite su respaldo ahora en las exigencias de cambios sociales capaces de llegar a conseguir la igualdad entre mujeres y hombres.
- la universalización de las reivindicaciones, que consigue unir a todos los feminismos en una acción común, la de mantener una agenda social de mínimos, con independencia de las diferencias ideológicas que presenten las distintas formaciones feministas. Ha sido esta fuerza de la unidad de acción, al margen de los postulados ideológicos, la que ha permitido acciones colectivas, que se han seguido materializando de manera casi espontánea en movilizaciones masivas posteriores en torno a las violaciones o violencia de género, en meses sucesivos, exigiendo cambios legislativos en las normas penales.

Esta nueva situación es sustancial en el movimiento feminista, porque por primera vez se dan dos elementos muy importantes para la efectividad de sus reivindicaciones: el apoyo social y la unidad de acción.

Lo que desde ahora venga, cuenta con fuerza e inercia, es el movimiento que arrastra, así que, desde la izquierda a la derecha, parece que las mujeres, han decidido que quieren ser iguales. —

Carro de Heno
Ángelo Néstore

Carta a un padre

Me enseñaste que para vivir debería:

deglutir, apretar los dientes, morderme la lengua.

Dejaste la camisa tendida, la camisa tendida, papá.

Para ti todo era attrezzo, la corbata planchada,
mi nudo en la garganta.

La caricia. Esta mano de niño era una caricia:

ayer la palma abierta en la mejilla,

hoy el destierro dentro de las uñas.

Para curarse basta con leer el prospecto:

por si las náuseas, por si el temblor, por si el ojo cerrado.

Cuando lo tocas, un crisantemo tiene la textura de la carne humana.

Eso ya no importa.

Ahora me pongo tus camisas.

Ahora todo el peso de las pinzas

sobre mis hombros.

Ave y Eva

Me resisto a la idea de ser
aquel niño que vivió en mi boca: recuerdo caer al suelo,
hacerme mil pedazos.
La habitación, limpia solo para mí;
la habitación
y este trozo de carne,
estirpe nómada ante el espejo.
Me miro en el cristal
y hay un animal huyendo del fuego,
una jauría con principio de hombre
o un desastre con nombre de niño.
Por eso busqué en el incendio la excusa y en el aire el pretexto,
por eso me arranco la barba
con la mano que antes me besabas.
No hubo salvación para este pájaro,
juro que hice lo posible para domesticar la espera.
Ahora dejo que la tierra tape los huecos de la piel.
Digo casi no soy
mientras celebro los dos bultos de mi pecho.
Escribo la palabra ave, leo la palabra Eva.

Bajo este cielo ya no hay lengua que me nombre.

Eio chi sono?

Por la mañana abandono mi sexo.

Al atardecer vuelvo

cuando me desnudo para entrar en la ducha.

Mi madre siempre dice que tengo los hombros de mi padre.

Con el vaho en el espejo el contorno es más ancho, más generoso.

Dibujo una línea recta con los dedos, con la mano la deshago.

En los ojos guardo la tristeza de las muñecas

que jugaron a ser hijas

y que mis padres acabaron regalando.

El agua fría me trae a mi cuerpo,

escondo el pene entre las piernas.

Mamá, ¿a quién me parezco?

Tanatorio

«No es una mujer limpiando una lápida,
sino una madre bañando a su hijo.»

Javier Fernández

Cuando exhibís su vestido nuevo, recién lavado,
cuando habláis de su primera palabra, su primer diente,
o dudáis si es mejor darle el pecho o leche en polvo

yo os cogería a todos de la mano,
os llevaría en silencio al velatorio de mi cama,
donde mi hija juega eternamente a hacerse la muerta.

Os mostraría el color de sus ojos fingidos,
su cara hinchada de sueño acumulado,
los dedos arrugados, el pelo limpio,
tras bañarla cada noche con esmero.

Miradme. Yo también soy un buen padre.

